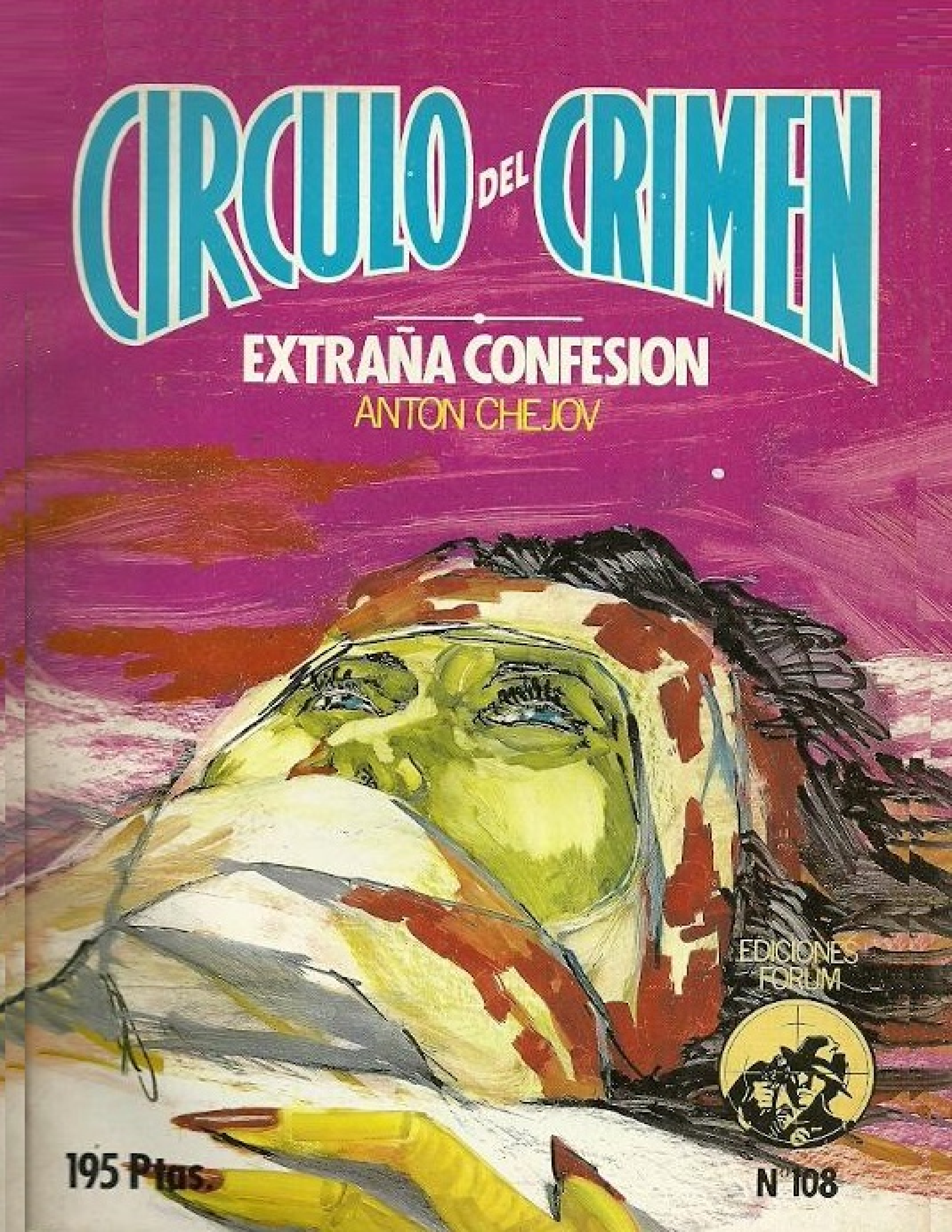

CIRCULO DEL CRIMEN
EXTRAÑA CONFESION
ANTON CHEJOV
EDICIONES FORUM
195 Ptas.
Nº 108

Un juez que en su juventud estuvo destinado en una remota provincia rusa entrega a un editor una novela sobre un crimen pasional, narrada en primera persona. En el libro se descubre la identidad del asesino, pero al editor no le encajan las piezas. Poco a poco, mediante el análisis del texto, va averiguando por él mismo que el crimen sigue impune, que la persona que acabó siendo condenada es inocente y que los hechos no ocurrieron tal y como los cuenta el autor del relato. Llevada al cine en 1944 por Douglas Sirk, con George Sanders y Linda Darnell como protagonistas, *Extraña confesión* es la primera novela larga publicada por Antón Chéjov y la única policíaca que escribió el gran autor ruso. Un paseo por el amor y la muerte, ambientado en la Rusia rural, que mantiene la intriga hasta la última página.

Lectulandia

Antón Chéjov

Extraña confesión

(Un drama en la cacería)

El séptimo círculo - 9

ePub r1.0
Titivillus 22.11.15

Título original: *Un drame à la chaise (Histoire vraie)*
Antón Chéjov, 1885
Traducción: Manuel Peyrou
Diseño de cubierta: José Bonomi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

LA NOVELA POLICIAL propone (en cuanto al crimen propiamente dicho) problemas de situación y de ejecución. Todo problema de situación implica otro de ejecución, pero la recíproca no es indispensable.

El más famoso entre los primeros es el del crimen cometido en un cuarto cerrado; sus ejemplos más conocidos son *The Big Bow mystery, de Zangwill*, y *El misterio del cuarto amarillo*, de Leroux. Problema del mismo estilo, pero inverso, es el del crimen cometido en medio de una multitud, o ante numerosos testigos (*El Dios de los Gongs*, de Chesterton; *Los anteojos negros*, de Dickson Carr).

La ejecución puede ser practicada por cualquiera de los personajes visibles de la novela. En 1884, en Rusia, Antón Chejov inventó a este respecto una sorprendente intriga, hallazgo tanto más llamativo cuanto que en esa época regían los relatos honradamente expositivos de Gaboriau, y Edgar Poe había inventado el género pero no sus complicaciones. Cincuenta o sesenta años después, la invención aparece utilizada por Agatha Christie, Milward Kennedy y otros.

Pero Chejov agrega a esta invención estrictamente policial, el orden secreto del género, diríamos, otro mérito no menos digno de recordar: ser el precursor de la novela policial de tipo psicológico, una de las formas más evolucionadas de esta clase de ficción (Agatha Christie, Anthony Berkeley, Nicholas Blake, Richard Hull, Milward Kennedy, Graham Greene). Acerca de esto, Roger Caillois

ha señalado el paralelismo existente entre este libro y el eximio cuento *El fin de un juez*, de Milward Kennedy (*Los mejores cuentos policiales*, Emecé Editores, 3.ª edición, 1946).

El revuelto fondo moral de los personajes, sus pasiones, sus flaquezas —aspectos de que prescinde la novela policial ordinaria—, no son en *Extraña confesión* una riqueza suplementaria. Constituyen la materia de un intenso relato, pero éste no interesa únicamente como descripción de caracteres. Un lector atento podría construir una hipótesis policial con los datos psicológicos que suministra Chejov, con el desenfreno del conde Karnieiev, con el de Petrovich, con la resignación de Urbenín…

Con sorprendente sencillez, con inesperados recursos, Chejov crea un mundo armonioso y complejo, donde aparece ya el estilo de sus grandes obras; *Extraña confesión* es un relato lleno de fuerza, de dramatismo ascendente y deliberado, de accidental poesía. Corre por él un torrente de vida rusa de fin de siglo, de ignorancia, de bestialidad, en un abismo de miseria física y moral. Brückner dice que nunca se consumió tanto alcohol como el que bebieron los personajes de Sologub, Kuprin y Chejov. Garantizo que en *Extraña confesión* beben el suficiente para justificar cualquier crimen, pero también que la justificación es sorprendentemente lúcida.

Extraña confesión (Un drama en la cacería) apareció en folletines populares en 1884 y 1885. El gobierno ruso encontró esta primera novela de Chejov y la incluyó en la edición completa de sus obras, comenzada en 1930 y terminada en 1933.

MANUEL PEYROU

Extraña confesión

—¿CUÁL ES EL TEMA de su obra? —pregunté, con displicencia, al señor elegante, extremadamente ágil y desenvuelto, llamado Iván Kamychov, que necesitado de fondos y declarándose un principiante, me proponía la publicación de un grueso manuscrito.

—¿Qué le puedo decir?… El tema no es nuevo… Amor…, asesinato… Lea, usted verá… Son las memorias de un juez de instrucción. —Sin duda fruncí las cejas, porque Kamychov pestañeó, se estremeció y agregó rápidamente—: Mi relato está en viejo estilo judicial, pero usted encontrará un hecho real…, la verdad… Todo lo que evoco pasó ante mi vista, de pe a pa; fui testigo y hasta participé en el hecho…

—Lo importante no es la verdad, y no es indispensable haber visto un hecho para describirlo. Nuestro público está harto de los Gaboriau y de los Chkliarevski. Harto de asesinatos misteriosos, de hábiles detectives y de jueces sagaces. Es verdad que hay público y público. Hablo del que lee nuestro diario. ¿Cuál es el título de su relato?

—Un drama en la cacería.

—Veamos, no es un título serio… y, en verdad, tengo tantos textos para publicar que me es prácticamente imposible aceptar otros, aunque sean meritorios.

—A pesar de todo, señor, guarde mi manuscrito… Usted dice: «No es serio», pero no puede calificarse así lo que no se ha leído…

¿Ypor qué no quiere usted admitir que hasta los jueces de instrucción sepan escribir seriamente?

Kamychov balbuceaba, hacía girar un lápiz entre sus dedos y se miraba la punta de sus zapatos. Terminó por conmoverme.

—Perfectamente, déjeme su manuscrito. Pero no le prometo leerlo en seguida. Tendrá que esperar…

—¿Mucho tiempo?

—No sé… Vuelva dentro de dos o tres meses…

—¡Oh, cuánto tiempo! Bueno, no me atrevo a insistir…, será como usted quiera.

Se levantó y tomó su gorra con escarapela, su gorra de funcionario.

—Gracias por haberme recibido —dijo—. Voy a alimentarme de esperanzas… Tres meses de esperanzas…, pero no quiero molestarlo más… Tengo el honor de saludarlo.

—¡Una palabra! —dije, hojeando su voluminoso infolio, escrito con letra muy fina—. Su relato está en primera persona; el juez de instrucción ¿es usted mismo?

—Sí, pero bajo otro nombre. Mi papel, en esa historia, fue bastante equívoco… Hubiera sido molesto figurar con mi propio nombre… ¿Habíamos dicho tres meses?

—Sí, por lo menos.

—Adiós; que siga usted bien.

El ex juez de instrucción saludó con elegante ademán, con gran cortesía, apretó suavemente el picaporte y desapareció, dejando su obra sobre mi escritorio. La guardé en un cajón y allí quedó dos meses. En ocasión de un viaje, me acordé y la llevé. En el tren comencé la lectura por la mitad y me interesó. Esa misma tarde, aunque no me sobraba el tiempo, leí todo el relato desde los primeros renglones hasta la palabra «Fin», escrita con grandes letras enérgicas. Por la noche lo releí, y ala madrugada me paseaba por la terraza frotándome las sienes como para borrar de mi espíritu un pensamiento inesperado y torturante… Era, en efecto, una idea dolorosa, insoportable… Sin ser juez de instrucción, y

mucho menos un psicólogo inveterado, creí haber descubierto el secreto atroz de un hombre, secreto ante el cual no sabía qué hacer. Agitado, recorrí una y otra vez la terraza, tratando de persuadirme de que no debía conceder importancia a mi descubrimiento. El relato no fue publicado en mi diario por razones que más adelante explicaré al lector. Por ahora le propongo, que lea la obra de Kamychov. No sale de lo común, no omite redundancias e imperfecciones… El autor se complace en las frases efectistas… Se ve que escribe por primera vez y que su pluma no es muy diestra. Pero su relato se lee con facilidad. Hay un tema, una idea, y, lo que es esencial, es un relato sui generis*. En suma, vale la pena leerlo. Aquí está.*

(EXTRACTO DE LAS MEMORIAS
DE UN JUEZ DE INSTRUCCIÓN)

1

«¡EL MARIDO ha matado a su mujer!… ¡Oh, qué tontos son ustedes!… ¡Alcánceme el azúcar!…»

El grito me despertó. Me estiré y sentí en todos los miembros pesadez, malestar… A uno puede dormírsele un brazo o una pierna, pero esta vez me parecía tener así todo el cuerpo, de la cabeza a los talones. Una siesta en una atmósfera sofocante, de estufa, en medio del zumbido de moscas y mosquitos, más bien debilita que repone.

Roto, bañado en sudor, me levanté y caminé hacia la ventana. El sol, aún alto, quemaba con el mismo ardor que tres horas antes. Y todavía faltaba bastante tiempo para que se ocultase y sobreviniese la frescura de la tarde.

«¡El marido ha matado a su mujer!»

—¡Iván Demianych! —grité, dando un ligero papirotazo sobre el pico del loro—. ¡Déjate de mentir!… Los maridos, querido, sólo matan en las novelas y en los trópicos, donde hierven pasiones africanas. A nosotros nos bastan horrores como el robo con fractura o la falsa identidad.

«¡Robo con fractura! —repitió Iván Demianych con su pico ganchudo—. ¡Oh, qué tontos son ustedes!»

—¿Qué hacer, amigo? ¿Qué culpa tenemos si nuestro cerebro es limitado? No es un delito, Iván Demianych, ser tonto con una temperatura semejante. Eres ingenioso, mi buen amigo, y, sin embargo, tu cerebro se licúa; el calor te idiotiza.

Todos llaman a mi loro Iván Demianych. Adquirió ese nombre por casualidad, un día en que mi sirviente Policarpo, limpiando la jaula, hizo un hallazgo sin el cual mi noble pájaro hubiera continuado llamándose simplemente: el loro… Policarpo descubrió de pronto que el pico del pájaro se parecía asombrosamente a la nariz de Iván Demianych, el tendero del pueblo.

Y a partir de ese día, el nombre y el patronímico del comerciante de larga nariz quedaron para siempre unidos al loro. La ocurrencia de Policarpo incorporó el pájaro al género humano, en tanto que el tendero, al perder su nombre, se convirtió, en boca de la gente, en «el loro del juez de instrucción».

Compré a Iván Demianych a la madre de mi predecesor, el juez de instrucción Pospielov. Lo compré con los viejos muebles de roble, la batería de cocina y todos los bártulos del difunto, fallecido poco antes de mi nombramiento. Aun ahora, mis paredes están ornadas con fotografías de sus parientes, y encima de mi cama está suspendido el retrato del anterior propietario. No me quita los ojos cuando estoy en la cama… En fin, no quité de las paredes ninguna fotografía; dejé el departamento tal como lo tomé. Soy demasiado perezoso para ocuparme del «confort», y no me interesa negar ni a los muertos ni a los vivos, si tal es su voluntad, el privilegio de estar colgados de mis paredes.

Mi loro, pues, se ahogaba tanto como yo. Esponjaba las plumas, abría las alas y repetía las frases que le habían enseñado mi predecesor y Policarpo. Como pasatiempo de sobremesa, me dediqué a observar los movimientos del loro; trataba, bien o mal, de evitar el tormento del calor y el de los insectos que poblaban sus plumas. Parecía muy desdichado.

Desde la antesala llegó una voz profunda:

—¿A qué hora se despierta?

—Según —contestó Policarpo—. A veces a las cinco; a veces duerme hasta la mañana… Es natural: no tiene nada que hacer.

—¿Usted es su ayuda de cámara?

—Su criado… Pero basta de charla; me incomodas… ¿No ves que estoy leyendo?

Me asomé a la antesala. Sobre el gran arcón rojo estaba tendido Policarpo; como de costumbre, leía un libro. Pegado a las páginas, los ojos semicerrados, Policarpo movía los labios y fruncía las cejas. La presencia de un extraño, un *mujik*[1] barbudo, de elevada estatura, que trataba en vano de prolongar la conversación, lo molestaba, evidentemente. Ante mi aparición, el rústico se apartó del arcón y se cuadró. Policarpo, con aire descontento, sin quitar los ojos del libro, se incorporó.

—¿Qué se te ofrece? —pregunté al paisano.

—Vengo de parte del conde, Excelencia. El conde se ha dignado enviarle sus saludos y la orden de que se presente inmediatamente en su casa.

—¿El conde ha llegado? —pregunté, sorprendido.

—Justamente, Excelencia… Llegó ayer por la noche. Traigo una carta, señor.

—¡Otra vez lo trae el diablo! —gruñó Policarpo—. Sin él, hemos pasado dos veranos tranquilos. Ahora reabre su zahúrda en el distrito. ¡Qué vergüenza!

—¡Cállate! ¡Nadie te pregunta nada!

—¡Aun sin preguntarme… lo digo igual! ¡Otra vez las borracheras! ¡Otra vez los baños en el lago con la ropa puesta!… Y después: «¡Policarpo, limpia!». No basta con tres días de trabajo…

—¿Qué hace hoy el conde? —pregunté al paisano.

—Estaba en la mesa cuando me mandó aquí. Y antes de comer, el señor pescaba con caña, sentado en el pabellón de baños… ¿Qué me ordena usted contestarle?

Abrí la carta y leí:

«Querido Lecoq: si aún estás vivo y con salud, y si no has olvidado a tu sediento amigo, abandona tu claustro y corre a mi casa. Llegué esta noche y ya muero de hastío. La impaciencia con que te espero no tiene límites. Quería ir a buscarte y traerte a mi cubil, pero el calor me aniquila. Sufro y me abanico. ¿Cómo está tu ingenioso Iván Demianych? ¿Batallas siempre con tu irascible Policarpo? Ven en seguida para contarme. Tu A. K.».

No había necesidad de mirar la firma para reconocer en la gruesa y fea escritura la mano borracha y poco hecha a escribir de mi amigo el conde Alexey Karnieiev. La brevedad de la carta, su supuesta jovialidad, hacían pensar que mi poco inteligente amigo había roto muchas hojas antes de lograr la misiva. Con astucia había eludido las formas gramaticales y las palabras no logradas de primera intención.

—¿Qué me ordena contestar? —insistió el paisano.

Pensé un instante; en mi lugar, todo hombre correcto hubiera vacilado.

El conde me quería y buscaba sinceramente mi amistad; yo no le correspondía. Hubiera sido, por consiguiente, más honesto rechazar de una vez por todas su amistad, en lugar de continuar en un juego hipócrita. Visitarlo equivalía, en fin, a hundirme de nuevo en esa vida que Policarpo calificaba de «zahúrda», la cual había, antes del viaje del conde a Petersburgo, quebrantado mi robusta salud y debilitado mi cerebro.

Esta vida desordenada e insólita, sin arruinar definitivamente mi organismo, me había, por lo menos, hecho célebre en la región. Mi conciencia me decía la verdad, y recordando lo pasado, enrojecí de vergüenza. Sin embargo, mi vacilación duró poco.

—Saluda al conde y agradécele en mi nombre que se haya acordado de mí —contesté—. Dile que estoy muy ocupado, pero que… Dile…

En el momento en que mi boca debía formular un «no» categórico, un sentimiento penoso me asaltó: el sentimiento de la

angustia y de la soledad en un hombre joven y lleno de vida, que la suerte ha enterrado en un rincón del campo.

Recordé los jardines del conde con sus invernaderos suntuosos y sus estrechos y poéticos senderos. Conocía bien esos senderos, protegidos del sol por una bóveda de viejos tilos de hojas entrelazadas. Conocía también algunas mujeres que habían buscado mi amor en la penumbra…

Recordé asimismo un lujoso salón y la deliciosa blandura de sus sofás de terciopelo, los pesados estores y una alfombra, suave como el plumón; recordé todo esto con la languidez de los animales jóvenes y sanos; recordé mi osadía en la embriaguez, mi soberbia satánica y mi desprecio por la vida.

Y mi cuerpo, fatigado de dormir, anheló de nuevo la agitación…

—¡Dile que iré a verlo!

El campesino se inclinó y salió.

—¡Si lo hubiera sabido —refunfuñó Policarpo, hojeando precipitadamente su libro— no hubiera dejado entrar a ese diablo!

—¡Deja ese libro y ensilla a Zorka! —ordené, con tono severo—. ¡Y rápido!

—¿Rápido? ¡Ya lo creo! ¡Voy a ponerme a correr! ¡Si fuera para algo útil!

Esto fue murmurado para que yo lo escuchara. Mi criado, después de articular su insolencia, se levantó sonriendo, esperando con desdén una respuesta vigorosa. Pero yo simulé no haber oído. El silencio es, en mis escaramuzas con Policarpo, mi arma más cortante y la mejor. Eso lo castiga más eficazmente que un golpe en la nuca o que un alud de palabras injuriosas.

Mientras Policarpo salía para ensillar mi yegua, eché una mirada sobre el libro que mi urgencia le impedía leer. Era *El Conde de Montecristo*, la terrible novela de Dumas…

Este idiota civilizado lee todo, desde los letreros de los negocios hasta Augusto Comte, que guardo en mi baúl entre los libros que no he leído y que he renunciado a leer. Entre todo ese fárrago escrito e impreso, Policarpo no admite sino las novelas de acción vigorosa y

terrible, con señores distinguidos, con venenos, con subterráneos…; el resto le inspira desprecio… Pero es el momento de partir…

Un cuarto de hora después, las patas de Zorka levantaban el polvo del camino que une mi pueblo con la casa del conde. El sol se ponía, pero el pesado calor dominaba aún. El aire en ignición estaba seco, aunque el camino costeaba un gran lago. A la derecha estaba el agua; a la izquierda, el follaje primaveral de un bosque de encinas y, sin embargo, mis mejillas atravesaban el Sahara.

«Se aproxima una tormenta», me dije, pensando con delicia en una buena lluvia.

El lago dormía dulcemente. Ningún ruido respondía al resonar de los cascos de Zorka. Sólo de vez en cuando el grito agudo de una becada rompía el fúnebre silencio del gigante inmóvil.

A veces Zorka me llevaba a través de una espesa nube de mosquitos y, a lo lejos, apenas se movían los tres barquitos del viejo Michey, concesionario de la pesca del lago.

Yo seguía la curva de la orilla. Sólo en barco se podía ir en línea recta. Los que van por tierra tienen que hacer un enorme desvío, que los aleja unas ocho verstas[2]. Sin perder de vista el lago, veía todo mi camino: la blanca arcilla de la orilla opuesta, los cerezos en flor y, más allá, el palomar del conde, lleno de palomas de múltiples colores; veía también la mancha blanca del pequeño campanario de la iglesia.

Durante el viaje pensé en mis extrañas relaciones con el conde. Hubiera querido analizarlas y poner en orden mis ideas pero, desgraciadamente, éste era un problema que superaba mi pensamiento.

La gente que nos conocía explicaba de diferentes maneras mis relaciones con Alexey Karnieiev.

Los espíritus estrechos afirmaban que el ilustre conde veía, en la persona de un pobre juez de instrucción de humilde origen, un simple compañero de borracheras. Según ellos, yo me arrastraba hacia la mesa de mi huésped en busca de huesos que roer y de migajas. Pensaban que ese ricacho de categoría, terror y envidia del distrito,

era muy ingenioso y liberal. Nunca hubieran comprendido, sin eso, su graciosa condescendencia hacia un juez pobre, o su magnanimidad al aceptar mi trato familiar.

Las personas más sensatas explicaban nuestra amistad por nuestros «intereses intelectuales».

Somos de la misma edad y habíamos estudiado en la misma Universidad. Ambos estudiamos derecho, materia en la cual nuestros conocimientos son más bien escasos. Los míos son mediocres; el conde ha olvidado todo, o ha ahogado en alcohol lo que pudo haber sabido. Ambos somos orgullosos, y, por razones que sólo nosotros sabemos, evitamos, como salvajes, la sociedad. No nos importa la opinión de la gente, es decir, la de los habitantes del distrito de S. Somos inmorales y terminaremos mal.

Tales son los «intereses intelectuales» que nos unen. Eso es todo lo que pueden decir las personas que nos conocen.

Habrían dicho algo más si hubieran sabido cómo es de suave, débil y sumisa la naturaleza de mi amigo el conde, y cómo soy yo de fuerte y obstinado. Y habrían agregado mucho más si estuviesen enterados de cómo me quería este hombre endeble, y cuán escasa era mi simpatía. El conde me había propuesto su amistad y yo fui el primero en tutearlo; pero ¡qué diferencia de tono! Él, en una efusión de buenos sentimientos, me abrazó y me pidió tímidamente mi amistad; yo, un día, saturado de desprecio y de asco, le dije:

—¡Déjate de decir burradas!

Recibió mi trato como la expresión de mi amistad, y aprovechó para pagarme con un honesto y fraternal «tú».

Sí; hubiera sido más honesto volver grupas y retornar junto a Policarpo y a mi loro; hubiera sido mucho mejor.

Después lo pensé muchas veces. ¡De cuántas desgracias me hubiera librado y cuánto bien hubiese hecho a mi amigo si esa tarde hubiera tenido el valor de volver, o si mi Zorka, espantada, me hubiera llevado lejos del terrible lago! ¡Cuántos recuerdos dolorosos no me asaltarían ahora, forzándome, en todo momento, a dejar la pluma y a oprimirme la frente!…

Pero no quiero anticiparme; ya tendré ocasión de detenerme en cosas dolorosas y amargas.

Por ahora hablemos de cosas alegres.

2

ZORKA ME LLEVÓ hasta la puerta cochera de la casa del conde. Al llegar tropezó y, perdiendo los estribos, estuve a punto de caer.

—¡Mala señal, caballero! —me gritó un paisano que estaba cerca de las caballerizas.

Yo creo que un hombre que se cae del caballo puede desnucarse, pero no creo en las supersticiones. Di las riendas al *mujik*, sacudí con la fusta el polvo de mis botas, y me dirigí a la casa.

Nadie vino a mi encuentro. Las ventanas y las puertas estaban abiertas de par en par y, sin embargo, un pesado y extraño olor flotaba en el aire. Era el tufo de viejos aposentos abandonados mezclados a un agradable pero fuerte y narcótico aroma de plantas de invernadero recién cortadas.

En el gran salón, sobre uno de los divanes, cubierto de seda celeste, había dos almohadones arrugados y, sobre una mesa redonda, un vaso contenía algunas gotas de un líquido con el fuerte olor del licor de Riga.

Todo esto anunciaba que la casa estaba habitada. Sin embargo, recorrí las once piezas y no encontré ni un alma viviente. La casa se hallaba tan desierta como las orillas del lago.

La gran puerta de vidrio del salón —«el salón de los mosaicos»— daba al jardín. La abrí con ruido y bajé a la terraza de mármol. Había andado unos pocos pasos cuando encontré en uno de los senderos a la anciana Nastasia, ama de cría del conde. Viendo a esta viejecita,

arrugada, olvidada por la muerte, calva, de ojos penetrantes, me acordé involuntariamente del sobrenombre que le daba el servicio: *Sychija* (lechuza). Al verme, la Lechuza tembló y casi derramó un vaso de crema que sostenía con las dos manos.

—Buenos días, Sychija —le dije.

La vieja me miró de reojo y, sin decir palabra, siguió su camino. La así de un hombro.

—No temas, tonta —le dije—. ¿Dónde está el conde?

Sychija hizo un gesto de incomprensión.

—¿Eres sorda? ¿Desde cuándo?

La vieja, a pesar de su edad, ve y oye muy bien. Pero en caso necesario prefiere calumniar a sus cinco sentidos.

La amenacé con el índice y la dejé. Caminé unos pasos más y oí voces masculinas. En el lugar donde el sendero se ensancha en un terraplén, rodeada de bancos de hierro, bajo la sombra de grandes acacias, había una mesa donde resplandecía un samovar. Los hombres, alrededor de la mesa, hablaban. Me acerqué despacio y, escondido tras un macizo de lilas, busqué con la vista al conde.

El conde Karnieiev tomaba el té, sentado sobre almohadones, vestido con una bata abigarrada —que yo le conocía desde tiempo atrás—, y cubierta la cabeza con un sombrero de paja de Italia. Su semblante, contraído, demostraba inquietud, de tal modo que quien no lo conociera podía creer a Karnieiev atormentado por una idea fija o una preocupación.

El conde no había cambiado en absoluto. El mismo cuerpo fino, seco y enjuto. Los mismos hombros estrechos, de tísico, con su cabecita pelirroja. Como antes, la nariz rosada y las mejillas flácidas como trapos… Nada, en su apariencia, de osado, de fuerte, de varonil… Todo débil, apático, blando. A lo sumo, podía encontrarse ligeramente sugestivo su gran bigote caído. Le habían dicho que le sentaba bien. Lo había creído y todas las mañanas medía cuánto había crecido la vegetación que sombreaba sus pálidos labios. Parecía un gato joven, bigotudo, pero demasiado joven y enfermo.

Cerca del conde estaba sentado un personaje obeso, desconocido para mí, de gran cabeza rapada, con cejas negras. Su cabeza grasosa relucía como un melón maduro. Su bigote era más largo que el del conde. Frente estrecha, labios apretados. Miraba el cielo indolentemente. Sus facciones, a pesar de ser flojas, eran ásperas, con la aspereza de la piel reseca. No parecía ruso. Sin chaqueta ni chaleco, el obeso individuo estaba en mangas de camisa, traspasado de sudor. En lugar de té, bebía soda.

A respetuosa distancia se mantenía un hombre encorvado, de orejas separadas y nuca roja Era Urbenín, administrador del conde. Se había puesto, en homenaje a la llegada de Su Excelencia, una chaqueta nueva, negra, que lo atormentaba. El sudor corría en olas por su rostro curtido. Cerca de él estaba el paisano que me había llevado el mensaje del conde. Sólo en ese momento me percaté de que era tuerto. Como una estatua, tieso como un cable, esperaba que lo interrogaran.

—¡Kuzma! ¡Tendría que zurrarte con tu propio látigo! —decía el mayordomo, con energía persuasiva—. ¿Así cumples las órdenes de tu patrón? Debiste pedirle que viniera inmediatamente o averiguar, por lo menos, cuándo podría venir.

—Sí, sí… —dijo nerviosamente el conde—, había que averiguar eso. Te ha contestado que vendrá, pero eso no basta. Lo necesito en seguida. Se lo has pedido, pero él no ha comprendido. Lo necesito en seguida, inmediatamente.

—¿Qué necesidad tan urgente es ésa? —preguntó el señor obeso.

—¡Necesito verlo!

—¿Nada más que eso? Lo que es por mí, Alexis, ese juez haría bien quedándose en su casa. No me interesan las visitas.

Quedé atónito. ¿Qué significaba ese «no me interesan las visitas», autoritario y patronal?

—¡Pero si no es una visita! —exclamó con voz suplicante mi amigo—. No te impedirá descansar de tu viaje. Tampoco tienes que

hacer ceremonias con él; ya verás qué hombre es… Estoy seguro de que serán amigos.

Salí de entre las lilas y me acerqué a la mesa. El conde me vio, me reconoció, y en su rostro brilló una sonrisa.

—¡Helo aquí! —gritó, rojo de placer y levantándose de la mesa—. Has sido muy amable en venir.

Corrió hacia mí, a saltos, me abrazó, y sus largos bigotes rozaron mis mejillas. Prolongados apretones de manos y profundas miradas en los ojos siguieron a los abrazos.

—¡Sergio! ¡No has cambiado nada! ¡Siempre el mismo buen mozo! Te agradezco haberme hecho caso…

Libre ya de sus efusiones, saludé al administrador, a quien conocía desde tiempo atrás, y me senté.

—¡Ah, querido! —continuó el conde, emocionado y satisfecho—, si supieras qué agradable me resulta ver tu ceñudo rostro. Pero ¿no conoces al señor? Te presento a mi amigo Gaitán Casimirovich Chejosky. —Y él continuó, mostrándome al obeso señor—: Es mi viejo amigo Sergio Petrovich Zinoviev, juez de instrucción de este distrito.

El señor grueso, de las cejas negras, se incorporó apenas y me tendió su enorme mano, muy sudorosa.

—Encantado —refunfuñó, examinándome de arriba abajo—; me alegro de conocerlo.

Terminadas sus expansiones, el conde me sirvió un vaso de té frío, rojizo, y me tendió una lata de bizcochos.

—Pruébalos, los compré en Einem, de paso a Moscú. Estoy enojado contigo, Serioja; tanto que no quería volver a verte. No solamente en dos años no me has escrito ni una línea, sino que no me has contestado una sola de mis cartas.

—No sé escribir cartas —respondí—. Y además, ¿qué escribirte?

—¿Cómo qué escribirme?

—Sí; yo no admito sino tres clases de cartas: las cartas de amor, las de felicitación y las cartas de negocios. Las primeras no te las

puedo escribir porque no eres una mujer y no estoy enamorado de ti; las segundas no las necesitas; y las terceras podemos evitarlas porque no tenemos negocios comunes.

—En el fondo tienes razón —dijo el conde, que siempre compartía la opinión de los demás—; sin embargo, podías haberme escrito tres palabras. Y, además, como dice Piotre Iegorych, en dos años no has pasado nunca por aquí, como si vivieras a mil verstas o desdeñaras mi propiedad. Podrías haber venido a cazar…

El conde habló largo rato. Una vez lanzado sobre un tema cualquiera, era tan infatigable para emitir sonidos como mi loro Iván Demianych. Yo soportaba con impaciencia su aptitud oratoria.

Pero esta vez lo hizo callar la presencia de Ilya, el criado, alto y delgado, con su librea vieja y manchada, que traía una bandeja de plata con una copita de vodka y un vaso de agua. El conde bebió el vodka de un trago, hizo lo mismo con el agua y luego meneó la cabeza como si se estuviera quemando.

—¿Aún no has perdido la costumbre de impregnarte de alcohol? —le pregunté.

—Todavía no, Serioja.

—Evita por lo menos esos ademanes de borracho cuando bebes. ¡Das asco!

—Dejaré todo eso, querido. Los médicos me han prohibido la bebida. Bebo ahora porque es malo cortar de golpe… Hay que proceder progresivamente.

Miré el rostro ajado y enfermo del conde, la copita vacía, el criado, con zapatos amarillos, el polaco de las cejas negras —que a primera vista me pareció, sin saber por qué, un canalla, un estafador —, y finalmente el *mujik* tuerto, duro y silencioso, y experimenté una profunda ansiedad. Me asaltó de pronto el deseo de abandonar ese ambiente crapuloso, declarando al conde mi aversión sin límites. Estuve a punto de levantarme y partir…

Pero no partí; quizá por simple pereza física, y ahora me avergüenzo de decirlo.

—Dame vodka a mí también —dije al criado.

Largas sombras se extendían ya sobre el sendero y el terraplén. El croar de las ranas, el graznido del cuervo, y el silbido de la oropéndola anunciaban la puesta del sol. Era una tarde de primavera…

—Haz sentar a Urbenín —dije al conde—; está ahí de pie como una estatua.

—¡Ah!, no me había fijado; Piotre Iegorych, siéntate si gustas. Ya has estado bastante tiempo de plantón.

Urbenín se sentó, dirigiéndome una mirada de gratitud. Habitualmente sano y contento, me pareció ese día enfermo y disgustado. Sus rasgos parecían ajados y sus ojos dormidos miraban con pereza.

—¿Qué hay de nuevo en el lugar? —preguntó Karnieiev—. ¿No hay nada que salga de lo común?

—Ninguna novedad, Excelencia.

—¡Hum!… ¿Ninguna muchacha nueva?

El administrador, avergonzado, enrojeció.

—Lo ignoro, Excelencia…, yo no me ocupo de esas cosas.

—Hay, Excelencia —dijo con su gruesa voz y hablando por primera vez el paisano tuerto—; y hasta algunas que valen la pena.

—¿Guapas?

—De todas clases, Excelencia, al gusto de cada uno, morenas, rubias y otras…

—Espera, espera… ahora me acuerdo de ti, mi viejo Leporello, secretario para determinados menesteres… ¿Te llamas Kuzma, verdad?

—Sí.

—Eso es. Ahora me acuerdo. ¿Qué tienes en vista? ¿Paisanas, seguramente?

—Sobre todo, paisanas. Pero hay también algo mejor.

—¿Dónde descubriste eso? —preguntó Ilya, volviendo los ojos hacia Kuzma.

—Para Pascua llegó la cuñada del guardabosque, Nastasia Ivanna. Una muchacha bien formada. Me hubiera gustado, pero hace

falta dinero. Sus mejillas rojas, y el resto… Pero hay algo mejor aún. Y puede decirse que está esperando a su Excelencia. Joven, aterciopelada, viva. Ni siquiera en Petersburgo encontraría usted una belleza igual.

—¿Quién es?

—Olennka, la hija del guardabosque Skvorsov.

La silla de Urbenín crujió. Con las manos apoyadas en la mesa y el rostro purpúreo, el administrador se levantó despacio y miró hacia el tuerto. Su cólera aumentaba por momentos.

—¡Cállate, asqueroso! —gritó—. ¡Habla lo que quieras, pero no te metas con la gente honesta!

—No hablo de usted, Piotre Iegorych —respondió Kuzma, impasible.

—¡No se trata de mí, imbécil! —continuó Urbenín y luego—: Suplico a su Excelencia que prohíba a su Leporello, como se ha dignado llamarlo, ejercer su actividad sobre personas dignas de toda estimación.

—Yo no digo nada —murmuró ingenuamente el conde—. No ha dicho nada de particular.

Agitado y ofendido en extremo, Urbenín se alejó de la mesa. Con los brazos cruzados y los ojos bajos escondió detrás de unas ramas su roja cara. ¿Sospecharía que muy pronto su sentido moral iba a sufrir injurias mil veces más acerbas?

—No comprendo por qué se ha ofendido —murmuró el conde—. ¡Qué hombre raro! No se ha dicho nada hiriente.

Después de dos años de sobriedad el vaso de vodka me mareó ligeramente. Un sentimiento de bienestar y de placer se insinuó en mi cerebro y en mi cuerpo. Al mismo tiempo sentí la brisa fresca que, poco a poco, reemplazaba al calor del día. Propuse un paseo. Trajeron de la casa la chaqueta del conde y la de su nuevo amigo el polaco, y partimos. Urbenín nos siguió.

El jardín es tan hermoso que merece una descripción particular. Es, desde todos los puntos de vista, el más rico y el más grandioso de los jardines que he visto. Hay grutas semidestruidas y cubiertas

de musgo, fuentes, pequeños lagos llenos de peces, montanas rusas, bosquecillos, invernaderos… Construido por los abuelos y los padres del conde, esta rara profusión de rosales enormes, de poéticas grutas e interminables senderos, fue poco a poco abandonada e invadida por la maleza, destruida por el hacha de los ladrones, y por los cuervos, que forman sus nidos sobre árboles exóticos.

El legítimo propietario de este jardín caminaba a mi lado sin que ningún músculo de su cara se moviera ante la vista de ese lamentable abandono.

Una sola vez, por decir algo, observó a Urbenín que sería bueno echar arena en los caminos. Notaba la falta de arena y no veía los árboles secos, muertos durante el invierno, ni las vacas que erraban por el jardín.

Ante las palabras del conde, Urbenín respondió que para cuidar el jardín hacía falta una docena de hombres y que, como el señor no habitaba el lugar, el gasto sería un lujo improductivo.

Naturalmente, el conde estuvo de acuerdo.

—Además —agregó Urbenín, con ademán de importancia—, no tengo tiempo para esto. El verano en el campo, el invierno en la ciudad para vender el trigo; no me queda tiempo para nada.

La calle principal del jardín, bordeada de altos y viejos tilos y masas de magnolias, terminaba, a lo lejos, en una mancha amarilla. Era una glorieta de piedra, donde antes había habido un *buffet* y un billar, un juego de bolos y un juego chino.

Sin propósito fijo nos dirigimos a la glorieta. A la entrada nos recibió algo que estremeció a mis no muy valientes amigos.

—¡Una víbora! —gritó el conde, tirándome de un brazo—. Mira.

El polaco retrocedió un paso y se quedó helado, agitando los brazos como si espantara un fantasma. En lo alto de una de las gradas de piedras semidestruidas había una viborita. Al vernos, levantó la cabeza e hizo un movimiento. El conde lanzó otro grito y se escondió detrás de mí.

—No tema, Excelencia —dijo Urbenín, indolente, poniendo el pie sobre el primer escalón de la glorieta.

—¿Y si nos pica?

—No nos picará. Además, se ha exagerado el peligro de estas picaduras. A mí me picó un día una serpiente vieja, y como usted ve, no morí. El aguijón humano es más temible que el de la serpiente —moralizó Urbenín.

En efecto, apenas el administrador llegó al segundo o tercer escalón, la serpiente se estiró y desapareció, como un rayo, entre dos piedras. Pero al entrar en la glorieta encontramos a alguien más.

Sobre un viejo billar gastado, con el paño roto, estaba acostado un viejecito de blusa azul, pantalón a rayas y gorra de *jockey*. Dormía suave, apaciblemente. Las moscas revoloteaban alrededor de su boca desdentada, parecida al agujero de un árbol, y sobre su nariz puntiaguda. De una flacura esquelética, daba la impresión de ser un cadáver listo para la autopsia.

Urbenín lo tocó en el codo:

—¡Franz! ¡Franz!

Al quinto o sexto golpe, Franz cerró la boca, se levantó, nos miró y se volvió a acostar. Al minuto, su boca se abrió y las moscas errantes sobre su nariz volvieron a ser espantadas por la trepidación que producían sus ronquidos.

—¡Cómo duerme este puerco depravado! —exclamó Urbenín.

—¿Es el jardinero Trischer? —preguntó el conde.

—El mismo; está todo el día durmiendo; por la noche juega a las cartas. Anoche debe de haber jugado hasta la madrugada.

—¿A qué juegan?

—Juegan por dinero. Generalmente al *stoss*[3].

—¿Así que estos señores trabajan poco o nada y cobran puntualmente sus salarios?

—No lo dije por quejarme, Excelencia —contestó vivamente Urbenín—. Compruebo un hecho, veo con pena a este hombre, esclavo de una pasión tan fuerte. Sin embargo, trabaja; no roba su salario.

Miramos nuevamente al jugador y salimos. Desde la glorieta nos dirigimos hacia la puerta del jardín.

Casi no hay novela donde la puertecita del jardín no tenga un papel importante. Si ustedes no lo han notado, pregunten a Policarpo, que tantas novelas, terribles o no, ha devorado en su vida; y él les confirmará seguramente este hecho característico.

Mi novela tampoco prescinde de la puertecilla. Pero ésta se diferenciará de las otras en el hecho de que mi pluma, al contrario de lo que sucede en otras novelas, deberá hacer pasar por ella mucha desgracia y poca dicha. Y lo peor es que yo no la describiré como un novelista, sino como juez de instrucción. Esta puerta será franqueada por más criminales que enamorados.

3

APOYÁNDONOS en nuestros bastones, llegamos, al cabo de un cuarto de hora, a una colina llamada la «Tumba de piedra».

El montículo, solitario en medio del campo, parece un bonete invertido. Desde allí vimos el lago, en toda su indescriptible belleza. El sol se había puesto, pero dejaba tras de sí una cinta purpúrea que teñía el cielo y el agua de un agradable color naranja.

Sólo el conde y yo habíamos trepado a la colina. Urbenín y el polaco, más pesados, prefirieron esperarnos en el camino.

—¿Quién es ese cataplasma? —pregunté al conde, señalando al polaco—. ¿De dónde lo sacaste?

—Serioja —me contestó el conde con alarma—: es un hombre muy amable; pronto serán amigos.

—Lo dudo. ¿Por qué habla tan poco?

—Es callado por naturaleza; pero tiene un gran espíritu.

—En fin, ¿quién es?

—Lo conocí en Moscú. Más adelante sabrás todo, Serioja. Por el momento no preguntes nada. ¿Bajamos?

Bajamos y caminamos hacia el bosque. La tarde había caído. El grito de un cuclillo y el tembloroso canto de un joven ruiseñor extenuado llegaban del bosque.

Al acercarnos, escuchamos una voz aguda de niño que gritaba:

—¡A que no! ¡A que no me alcanzas!

Una niña como de cinco años, con el pelo del color del lino y un vestido azul claro, salió del bosque. Al vernos, corrió hacia Urbenín y le abrazó las rodillas, riéndose a carcajadas. Urbenín la levantó y la besó en las mejillas.

—Es mi pequeña Sacha —dijo, presentándola.

Un colegial de once años, hijo del administrador, perseguía a su hermana. Al vernos, vaciló, se quitó la gorra, volvió a ponérsela y nuevamente se la quitó. Detrás del colegial apareció, andando con lentitud, una figura roja que atrajo en seguida nuestra atención.

El conde me tomó del brazo.

—¡Qué magnífica aparición! ¡Mira! —gritó—. ¡Qué maravilla! ¿Quién es esa muchacha? Ignoraba que hubiera en mi bosque tales náyades.

Miré a Urbenín para preguntarle quién era la muchacha y sólo entonces noté que estaba totalmente ebrio. Rojo como un cangrejo, lanzó un bufido y me tomó del codo.

—Sergio Petrovich, le suplico —me murmuró al oído, cubriéndome de vahos de alcohol—: impida que su amigo haga otras reflexiones sobre esta muchacha. Es una persona digna de estimación; no quiero que escuche inconveniencias.

La persona digna de estimación tenía unos dieciocho años, una deliciosa cabeza rubia, bondadosos ojos azules y largo cabello ondulado. Entre niña y adolescente, llevaba un vestido escarlata. Sus pies, agudos como agujas, estaban calzados con medias rojas y zapatos casi infantiles. Miré sus hombros redondos y ella los contrajo con coquetería, como si sintiera frío y como si mi mirada los mordiera.

—¡Qué contraste! —exclamó el conde—. Cara tan joven y formas tan definidas.

Había perdido desde joven la facultad de mirar a las mujeres desde otro punto de vista que el de una bestia sensual.

Por el contrario, un sentimiento de ternura, recuerdo, embargó mi alma. Aún era poeta y, en medio de un bosque, en una tarde de mayo, bajo el tímido brillar de las estrellas, no podía contemplar a

una mujer sino como poeta. Miré a la muchacha con la misma piedad con que solía mirar los bosques, las montañas, el azul del cielo. Me quedaban aún vestigios de sentimentalismo heredados de mi madre alemana.

—¿Quién es? —preguntó el conde.

—Excelencia —dijo Urbenín—, es la hija del guardabosque Skvorsov.

—¿Ésta es la Olennka de quien hablaba el tuerto?

—Sí —contestó el administrador, mirándome con ojos de súplica.

La muchacha de rojo nos dejó pasar cerca de ella sin concedernos la menor atención. Sus ojos miraban hacia otro lado, pero yo, que conozco a las mujeres, sentí que me observaba, furtiva.

Oí que detrás de nosotros murmuró:

—¿Cuál de ellos es el conde?

—El del bigote largo —respondió el colegial.

Escuché una risa sonora, una risa de decepción.

Sin duda, la muchacha había creído que el conde, el propietario de esos inmensos bosques y del gran lago era yo, y no el pigmeo de rasgos alcohólicos y bigote caído.

Del pecho de Urbenín salió un profundo suspiro. El hombre apenas se movió.

—Despacha al administrador —dije al conde—; está enfermo o ebrio.

—¿Estás enfermo, Piotre Iegorych? —preguntó el conde—. No te necesito; puedes retirarte.

—No se inquiete, Excelencia. Gracias por la intención, pero no estoy enfermo.

Miré hacia atrás. La figura roja, inmóvil, nos seguía con la mirada.

¡Pobre cabecita rubia! ¿Podía yo sospechar, en esa suave y tranquila noche de mayo, que sería ella la protagonista de mi atormentado relato?

Estoy escribiendo estas líneas mientras la lluvia golpea los vidrios y el viento aúlla. Miro la negra ventana y, sobre un fondo de tinieblas, me esfuerzo en evocar imaginativamente a mi heroína. Veo su rostro

infantil, ingenuo, y sus ojos amantes. Me entran deseos de dejar la pluma y de quemar todo lo escrito. ¿Para qué sirven los recuerdos?

Cerca del tintero, tengo la fotografía de Olennka. Veo su hermoso rostro en toda la frívola grandeza de la mujer caída. Sus ojos languidecidos, pero orgullosos de perversidad, están inmóviles. Es la serpiente cuya ponzoña despreciaba Urbenín. Provocó la tempestad y el huracán destrozó la flor; recibió mucho, pero lo pagó caro. El lector la perdonará.

4

MARCHÁBAMOS en la silenciosa monotonía del bosque de pinos.

—¿Y si… volviéramos? —propuso el conde.

Nadie contestó. Al polaco le era indiferente estar allí o en otra parte; Urbenín sabía que su voz no contaba; y, en cuanto a mí, la frescura y los olores del bosque me cautivaban demasiado para desear volver. De todos modos, había que matar el tiempo hasta la noche.

La idea de una salvaje noche de borrachera me enervaba deliciosamente. Me avergüenzo de confesarlo: gustaba el placer por anticipado. El conde, impaciente, miraba el reloj continuamente, pues la misma urgencia atormentaba sus sentidos; creo que en ese instante ambos nos comprendimos íntimamente.

Cerca de la casa del guardabosque, levantada en un espacio cuadrado y rodeada de pinos, nos recibieron los ladridos agudos de dos perros de color amarillo rojizo, de raza desconocida para mí; pero ágiles y relucientes como anguilas. Comprendí que Urbenín visitaba la casa con frecuencia, pues los perros saltaron a su alrededor ladrando alegremente. Cerca del mismo lugar encontramos un muchachón descalzo, con cara de asombro y llena de pecas. Nos miró un instante en silencio; luego, habiendo reconocido seguramente al conde, lanzó una exclamación y salió corriendo hacia la casa.

—Yo sé por qué corre —dijo el conde—; me acuerdo de él: es Mitka.

El conde no se equivocaba. Antes de un minuto, el muchacho reapareció trayendo una bandeja con un vaso de vodka y otro de agua.

—A vuestra salud, Excelencia —dijo, sonriendo con toda su cara.

El conde apuró el vodka y se enjuagó con el agua. Esta vez reprimió su mueca habitual.

A un centenar de pasos de la casa había un banco de hierro tan viejo como los pinos. Nos sentamos y contemplamos la tranquila belleza de esa tarde de mayo. Aun en las tardes de primavera, en las que la voz humana es lo menos agradable que existe, el conde no puede guardar silencio.

—No sé si te gustará —dijo—: he ordenado sopa y liebre. Después, para acompañar al vodka, esturión frío y lechón con rábanos.

Los pinos, como ofendidos por esta prosa, se agitaron, y un sordo murmullo corrió por todo el bosque. Un viento fresco se levantó y jugueteó con las hojas del suelo y con las ramas de los árboles.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó Urbenín a los perros que con sus caricias le impedían encender su cigarrillo—. Me parece que va a llover. Viene bien para el trigo.

«¿Qué necesidad tiene de trigo —pensé yo—, si el conde lo gasta en bebidas? La lluvia se equivoca.»

Un aire más vivo corrió por el bosque. Los pinos y la hierba aumentaron su murmullo.

—Volvamos.

Nos levantamos y marchamos, indolentemente, hacia la casa.

—Es mejor ser la rubia Olennka —dije a Urbenín— y vivir aquí entre animales, que ser juez de instrucción y vivir entre hombres. Es más tranquilo. ¿No es verdad, Piotre Iegorych?

—Todo está bien cuando se tiene el alma tranquila, Sergio Petrovich.

—¿El alma de la hermosa Olennka está tranquila?

—Sólo Dios ve en el alma de los otros, pero me parece que ella no tiene ningún motivo para inquietarse. Pocas penas, los pecados

de un niño. Es una muchacha buena… En fin, el cielo anuncia lluvia.

Se oyó algo como el rodar de un carro o el ruido de un juego de bolos. El trueno retumbó detrás de los árboles. Mitka, que no nos quitaba ojo, tembló e hizo rápidamente la señal de la cruz.

—¡La tormenta! —gritó el conde—. Nos va a pillar la lluvia en el camino; yo te hablaba de volver, pero te empeñaste en venir hasta aquí.

—Esperemos en la casa a que pase la lluvia —propuse.

—¿Para qué? —dijo Urbenín, parpadeando extrañamente—. Lloverá toda la noche y no la podrán pasar aquí. Pero no se inquieten. Continúen el paseo; Mitka irá delante y mandará un coche.

—No hay necesidad —contesté—; no lloverá fuertemente toda la noche. Habitualmente las nubes de tormenta pasan pronto. A propósito, no conozco al nuevo guardabosque y me gustaría también conversar con Olennka, indagar su temperamento.

—De acuerdo —dijo el conde.

—¡Cómo! ¿Nos quedamos? —balbució Urbenín, en el colmo de la inquietud—. Para qué va a quedarse en un ambiente sofocante, Excelencia, cuando en su casa puede estar bien. No sé qué agrado encontrarán. Y, además, venir a visitar al guardabosque precisamente cuando está enfermo.

Era evidente que Urbenín no quería de ningún modo que entráramos en la casa. Llegó hasta a extender los brazos, como para cerrarnos el paso. Comprendí que tenía sus razones para querer alejarnos. Yo respeto las razones y los secretos de los demás, pero una fuerte curiosidad me azuzaba; por lo tanto entramos en la casa.

—Pasen a la sala —dijo tartamudeando de placer el muchachón descalzo.

Imaginen la más pequeña «sala» posible, con tabiques de madera sin pintar, ornados de fotografías en marcos hechos con caracoles y conchas, certificados y cromos de la revista *Niva.* Uno de los certificados manifestaba la gratitud de un barón por no sé qué servicio. Los otros se referían a caballos. Aquí y allá, en los

tabiques, se enredaba la hiedra. Una pequeña llama azul ardía suavemente delante de un icono, y se reflejaba débilmente en uno de los marcos plateados.

Unas sillas, aparentemente nuevas, estaban adosadas a los muros en cantidad excesiva para el tamaño del cuarto; en apretado conjunto, también se veían varios sillones y un canapé con fundas blancas adornadas con volantes y puntillas. También había una mesa redonda, bien lustrada. Sobre el canapé dormía una liebre domesticada. El cuarto era confortable, muy limpio, tibio. En todo se notaba la presencia de una mujer. Hasta un estante con libros daba la impresión de algo inocente, femenino, como si no contuviera más que novelas sencillas y poesía intrascendente.

Mitka frotó con vigor un fósforo y encendió dos velas que colocó con gran cuidado frente a nosotros, sobre la mesa.

Nos sentamos en los sillones y, al mirarnos mutuamente, no pudimos contener la risa.

—Nicolás Efimych está en cama, enfermo, y su hija ha ido seguramente a llevar a los niños —dijo Urbenín, como para explicar la situación.

Desde la pieza vecina llegó una voz débil:

—Mitka, ¿están cerradas las puertas?

—Sí; están cerradas, Nicolás Efimych —contestó Mitka con voz ronca, corriendo hacia la pieza de su padre.

—Está bien —dijo la voz—. Ocúpate de que estén cerradas con llave. Si los ladrones quieren entrar, los recibiremos a tiros.

—Está bien, Nicolás Efimych.

Reímos y miramos a Urbenín con aire de interrogación. Se sonrojó y, para disimular su molestia, se acercó a la ventana. Nos miramos con perplejidad. Pero no estuvimos mucho tiempo perplejos. Llegó desde fuera un rumor de pasos ágiles y rápidos, y se escuchó el ruido de la puerta. La muchacha de rojo entró bruscamente. Venía cantando, y al vernos, se interrumpió, con una sonrisa. Cohibida, tímida como una gacela, entró en el cuarto desde donde había llegado la voz de su padre.

—¡La sorprendimos! —dijo Urbenín, sonriendo.

Después de algún tiempo, la muchacha reapareció en silencio, se sentó en la silla más cercana a la puerta y se puso a examinarnos. Y nos miró con atrevimiento insistente, como si no fuéramos gente nueva, sino ejemplares del jardín zoológico. Por un instante, también nosotros la miramos en silencio.

Estaba tan hermosa, aquella tarde, que yo hubiera querido mirarla un año entero. Su piel tenía una frescura de agua o de brisa, su garganta se agitaba suavemente, sus cabellos, ondulados en la frente y en la espalda, caían sobre la mano con que arreglaba el cuello de su vestido; sus grandes ojos brillaban. Y todo eso en un animoso cuerpo que yo apreciaba de una sola mirada. La muchacha me observaba de arriba abajo, con aire serio y avizor, pero cuando su vista se dirigía al polaco, no podía contener una sonrisa.

Yo fui el primero en hablar.

—Me presento —dije acercándome—. Mi nombre es Zinoviev. Le presento a mi amigo el conde Karnieiev. Excúsenos por habernos introducido en su bonita casa sin invitación. No lo hubiéramos hecho si la tormenta no nos hubiese obligado…

—Nuestra casa no va a venirse abajo por eso —contestó ella, tendiéndome la mano.

Sonrió y mostró sus admirables dientes. Me senté cerca de ella. Comienzo de todos los comienzos, el tiempo fue nuestro primer tema. Mientras hablábamos, Mitka sirvió nuevamente vodka, y mi amigo, aprovechando que yo no lo miraba, efectuó después de cada trago su mueca preferida.

—¿Quiere tomar algo? —me preguntó Olennka, y desapareció sin esperar respuesta.

Las primeras gotas golpearon los vidrios. Me acerqué a la ventana y sólo pude ver el agua que resbalaba por el vidrio y el reflejo de mi nariz. Un relámpago brilló, iluminando los pinos más cercanos.

—¿Están cerradas las puertas? —volvió a preguntar la voz del hombre enfermo—. ¡Mitka, bandido, cierra las puertas! ¡Ah, Señor,

qué calamidad!

Una paisana muy ventruda, de cara de idiota y preocupada, entró en el cuarto. Saludó bajito al conde y extendió sobre la mesa un mantel blanco. Detrás de ella, Mitka traía con precaución varios platos. En un minuto hubo en la mesa vodka, ron, queso y no sé qué ave asada.

El conde bebió un vaso de vodka, sin reparar en la comida. El polaco, en cambio, empezó a cortar el ave.

—Ya está lloviendo —dije a Olennka, que volvía—. Vea.

Se acercó a la ventana y, en el mismo instante, un resplandor azul nos iluminó. Un trueno retumbó y tuve la impresión de que algo enorme y pesado se había desprendido del cielo y rodaba por la tierra. Los vidrios y los vasos temblaron, con cristalino rumor.

—¿No la asusta la tormenta? —pregunté a Olennka.

Ladeó la cabeza y me miró con aire infantil y confiado:

—Tengo miedo —murmuró después de un instante—. Mi madre murió durante una tormenta. Salió en los diarios… Cruzaba un campo y lloraba: era muy desgraciada; Dios le tuvo mucha lástima, y la mató con la electricidad del cielo.

—¿Cómo sabe que en el cielo hay electricidad?

—Yo lo sé… Los muertos por una tormenta o en la guerra, y las mujeres que mueren al dar a luz, van al paraíso. No está escrito en los libros, pero es verdad. Mi madre está en el paraíso. Y me parece que a mí también me matará una tormenta y que iré al paraíso. ¿Usted ha leído libros?

—Sí.

—Entonces no se ría. ¿Sabe cómo me gustaría morir? Vestida con el traje más hermoso y más caro, como el que he visto a la señora Sheffer, la millonaria, ¿sabe?, y tener buenas pulseras y estar en lo alto de la «Tumba de piedra» y que un rayo me mate y todos me vean. Un enorme trueno y nada más…

—¡Qué extraña fantasía! —dije sonriendo y mirando los ojos de la muchacha, llenos de horror sagrado ante la idea de una muerte atroz —. Pero ¿no le gustaría morir con un vestido ordinario?

—No —dijo Olennka, obstinada—; y me gustaría que todo el mundo me viera.

—Su vestido de hoy es más hermoso que todos los vestidos del mundo. Y le queda maravillosamente bien. La hace parecer una roja flor del bosque…

—No; no es verdad. Un vestido barato no puede quedar hermoso.

Con el visible deseo de hablar con Olennka, el conde se acercó. Aunque habla tres idiomas, nunca sabe qué decir a las mujeres. Torpemente de pie cerca de nosotros, esbozó una tonta sonrisa y mugió: «¡Hola!». Luego volvió a la botella de vodka.

—Cuando entró usted cantaba algo sobre la tormenta y el verano. ¿Hay una música con esas palabras?

—No —contestó ella—. Yo les invento música a todos los versos que conozco.

Volví la cabeza y vi a Urbenín, que nos miraba fijamente. Leí en sus ojos un resentimiento, un odio, que contrastaba con su plácido rostro. «Estará celoso», pensé.

Al verse sorprendido, se levantó y salió al vestíbulo, agitado. Los truenos eran más frecuentes y profundos. Los relámpagos blanqueaban el cielo, los pinos y la tierra mojada. Había lluvia para rato. Frente al estante de los libros eché un vistazo a la biblioteca de Olennka. «Dime lo que lees»… Pero de lo que vi no pude sacar ninguna conclusión sobre el nivel mental de la muchacha.

En el momento en que tomaba uno de los libros, la puerta del cuarto vecino se abrió y apareció un individuo singular. Era un hombre alto, descarnado, con una bata de algodón y pantuflas agujereadas; tenía bigotes y patillas y aire de pájaro. La cabeza, pequeña, se balanceaba en el extremo de un largo cuello, en el que se destacaba la nuez. El extraño personaje nos miró con ojos turbiamente verdes.

—¿Están cerradas las puertas? —preguntó, suplicante.

El conde me miró, desentendiéndose.

—Papá, no te inquietes —dijo Olennka—; todo está cerrado. Vuelve a tu cuarto.

—¿Está… cerrado el cobertizo?

—A veces anda un poco chiflado —murmuró Urbenín, volviendo del vestíbulo—. Tiene miedo de los ladrones y vive obsesionado por las puertas. ¡Nicolás Efimych, vuelve a tu cuarto, acuéstate! No tengas miedo. Todo está cerrado.

—¿Y las ventanas también?

El hombre registró todas las ventanas, examinó las cerraduras y, sin mirarnos, desapareció en su cuarto.

—Es una lástima —explicó Urbenín—: es un excelente hombre, pero casi todos los veranos su espíritu se oscurece.

Olennka escondió la cara y se dedicó a arreglar los libros; la locura de su padre la avergonzaba.

—Excelencia —dijo Urbenín—: el coche ha llegado. Puede partir en seguida.

—¿De dónde ha venido el coche? —pregunté.

—Yo lo mandé buscar.

Momentos después, sentado con mi amigo en el coche, escuchaba, renegando, el bramido de la tormenta.

—¡Nos ha desalojado tranquilamente este Piotre Iegorych! ¡Que se lo lleve el diablo! —protesté, con ardor—. No nos dejó casi tiempo de examinar a Olennka. ¡No se la íbamos a comer, de seguro! Ardía de celos; creo que está enamorado de ella.

—Sí, sí, ya me di cuenta. Por celos no nos dejaba entrar y por celos nos hizo salir. ¡Ja! ¡Ja!

La barba ya canosa y el diablo en el cuerpo. Por otra parte, no es difícil entusiasmarse con esta muchacha viéndola todos los días, como nosotros la hemos visto hoy. ¡Extremadamente hermosa! Pero no es para ese asqueroso. Y él debería comprenderlo. Que la adore de lejos, está bien; pero que no impida que los demás la admiren. Sobre todo, debe saber que no es para él. ¡Qué viejo imbécil!

—Acuérdate —dijo el conde, con una risita burlona— cómo se enfureció cuando Kuzma habló de ella. Parecía que iba a golpearnos. No se toma así la defensa de una mujer que nos es indiferente…

—Sí; se la defiende; pero lo importante no es eso. Si hoy gritaba de ese modo, ¿qué no hará con los pobres tipos que tiene bajo su

mando? El amor y los celos nos hacen injustos y misántropos. Apuesto que a causa de Olennka ha hecho la vida imposible a gran cantidad de gente. Sería bueno que tomaras a beneficio de inventario sus quejas contra tus servidores. Modera su poder, aunque sea por un tiempo. Se le pasará el entusiasmo, y las cosas mejorarán. Al fin y al cabo, es un buen hombre.

—Y el padre de la muchacha, ¿qué te parece?

—Un loco cuyo lugar es el manicomio y no la casa del guardabosque. Deberías poner un letrero en tu casa: «Manicomio». No falta nadie: el guardabosque, la Lechuza, el jugador Franz, un viejo enamorado, una muchacha exaltada y tú, perdido por el alcohol.

—Pero el guardabosque gana un sueldo. ¿Para qué sirve si está loco?

—Urbenín lo conserva por su hija, sin duda. Dice que el hombre sólo tiene las crisis en el verano. Es poco probable. El guardabosque está enfermo todo el tiempo, seguramente. Tu Piotre Iegorych, felizmente, no miente muy seguido, porque se traiciona cuando lo hace.

El coche entró en el patio y se detuvo en la puerta. Bajamos. La lluvia había cesado. Las nubes, iluminadas por los relámpagos, corrían hacia el nordeste, descubriendo un espacio cada vez más grande de cielo estrellado. Entramos en la casa; allí nos esperaba otro género de «poesía».

5

—ME ALEGRO de que no hayas comido en casa del guardabosque —me dijo el conde, entrando—; te hubiera quitado el apetito. Hoy comeremos magníficamente, como en otros tiempos. Puedes servir, Ilya —ordenó al sirviente, mientras éste le quitaba la chaqueta y lo ayudaba a ponerse la bata.

Entramos en el comedor. Sobre la mesa, alineadas como en un *buffet* de teatro, botellas de todos los tamaños y colores reflejaban la luz de la lámpara. Entremeses salados, escabechados y de muchas otras clases esperaban en una segunda mesa con una botella de vodka y una de aguardiente inglés. Cerca de las botellas había dos platos con el lechón y el esturión fríos.

—Señores —dijo el conde sirviendo tres copitas con un ligero temblor—, ¡a vuestra salud! Toma tu vaso, Gaitán Casimirovich.

Yo bebí, pero el polaco volvió la cabeza. Acercó la nariz al pescado, aspiró su olor y empezó a comer.

Pido perdón al lector; describiré ahora algunas cosas poco románticas.

—Vamos —dijo el conde—, cumplamos con el verso:

Y bebieron el segundo…

Sirviendo por segunda vez, agregó:

—¡Toma, Lecoq!

Tomé mi vaso, lo miré y volví a dejarlo en la mesa.

—Que me lleve el diablo —dije—; hace mucho tiempo que no bebo. Hagamos como en otros tiempos.

Y sin reflexionar bebí cinco copitas, una tras otra. No sabía beber de otra manera. Los escolares aprenden de sus mayores a fumar los primeros cigarrillos; el conde, como un escolar, se sirvió cinco copitas y, doblado como un arco, frunciendo las cejas y sacudiendo la cabeza, se las bebió. Mis cinco copitas le parecían una bravata, pero estaba errado: yo no bebía por vanidad de bebedor, sino porque quería emborracharme, tomar una buena y fuerte borrachera, como las de otros tiempos.

Después de haber bebido, me senté a la mesa y comencé a comer el lechón. El alcohol no tardó en producir sus efectos. Pronto sentí un ligero vértigo. Mi pecho experimentó una agradable frescura, preludio de un estado expansivo y feliz. Sin transición me sentí de pronto extremadamente eufórico. Una sensación de completa alegría reemplazó los sentimientos de vacío y de tedio. Sonreí. Tuve, de pronto, ganas de conversar, de reír, de ver gente. Comiendo y bebiendo, experimenté la plenitud de la vida, casi la alegría de vivir, casi la felicidad.

—¿Por qué no bebe? —pregunté al polaco.

—Nunca bebe —dijo el conde—; no lo obligues.

—¡Beba algo por lo menos!

El polaco, masticando un enorme bocado de esturión, hizo un gesto negativo.

Su silencio me molestó.

—Escúcheme, Gaitán —le dije—; disculpe que no me acuerde de su apellido. ¿Por qué está callado? No he tenido hasta ahora la suerte de oír su voz.

Sus cejas, como una golondrina que levanta el vuelo, se alzaron; el polaco me miró.

—¿Usted quiere que yo hable? —preguntó, con fuerte acento polaco.

—Sí.

—¿Qué necesidad tiene usted de que yo hable?

—¡Pero es lógico! En los barcos, cuando uno se sienta a la mesa, entabla conversación con los extranjeros, con los desconocidos. Nosotros, que nos conocemos hace varias horas y que estuvimos examinándonos todo el tiempo, no nos hemos dicho una palabra. ¿Qué significa eso?

El polaco guardó silencio.

—¿Por qué se calla? —pregunté después de un instante—. Conteste algo.

—No quiero contestarle. Advierto que usted se burla y eso no me gusta.

—No se burla, Gaitán —dijo el conde, asustado—. ¿De dónde sacas eso? Te habla amistosamente.

—Ni condes, ni príncipes —contestó Gaitán frunciendo las cejas— me han hablado con ese tono. No me gusta ese tono.

—¿De manera que usted me niega el honor de su conversación? —continué yo, azuzándolo.

—¿Sabes por qué regresé? —me dijo el conde, tratando de cambiar la conversación—. Aún no te lo he contado. Visité a mi médico, en Petersburgo; me auscultó, me revisó todo el cuerpo y me dijo: «¿Es usted cobarde?». Aunque no lo soy, palidecí y le contesté: «No, no lo soy».

—Abrevia, hermano, estás aburriendo.

—Me anuncia una muerte rápida si no salgo de Petersburgo… Tengo el hígado destrozado. ¿Sabes? La bebida… Era estúpido quedarse allí. Tengo esta hermosa propiedad, en un clima bueno. Y además, puedo ocuparme de algo. El trabajo es el mejor remedio. ¿No te parece, Gaitán? Me ocuparé de mis tierras y dejaré de beber. El doctor me ha prohibido que tome ni siquiera un vasito.

—¡Bueno, no bebas!

—¡Pero si no bebo! Hoy es la última vez, y eso, a causa de tu visita… —dijo el conde, al tiempo que se arrastraba hacia mí y me besaba una mejilla—: …a causa de tu visita, mi querido y buen amigo. ¡Pero mañana ni una gota! Le doy vacaciones a Baco hasta la eternidad. Bueno, vamos a despedirlo con coñac, Serioja, ¿quieres?

Bebimos coñac.

—Me curaré, Serioja, y me ocuparé de los campos. ¡Cultivos racionales! Urbenín es bueno, amable, comprende todo, pero es tonto. Es rutinario. Hay que abonarse a revistas agrícolas, preocuparse de todo, concurrir a exposiciones rurales; él no sirve para eso. Pero, está Olennka… Es probable que esté enamorado. ¡Ja! ¡Ja! Me voy a ocupar yo mismo de todo. Tomaré parte en las elecciones, daré fiestas. Me parece que aquí puedo ser feliz… ¿En qué piensas? ¡Ah! Te estás riendo. Siempre estás riendo. Realmente, no puedo hablarte de nada serio.

Me sentía alegre, de buen humor. Todo me hacía reír: el conde, las lámparas, las botellas, las liebres y los platos esculpidos que ornaban los muros del comedor. Sólo me entristecía la sobria cara de Gaitán Casimirovich. La presencia de este hombre me irritaba.

—¿No podríamos mandar al diablo a tu pequeño aristócrata polaco? —susurré al conde.

—¿Qué te pasa? ¡En nombre de Dios! —murmuró, colgándose de mis dos brazos, como si yo tuviera la intención de agredir al polaco—. Déjalo tranquilo.

—No puedo verlo. ¡Escuche! —dije a Chejosky—: usted ha rehusado hablarme, pero yo no he perdido la esperanza de trabar amplio conocimiento con sus facultades verbales.

—Déjalo —suplicó el conde, tirándome del brazo.

—Me voy a prender a usted —proseguí— hasta que me conteste. ¿Por qué frunce las cejas? ¿Todavía siente algo burlón en mi voz?

—Si hubiera bebido como usted, podríamos hablar —refunfuñó el polaco—; pero ahora no estamos en igualdad de condiciones.

—¡Eso es! Eso es lo que yo quería demostrar. Un ganso no puede ser compañero de un cerdo; un borracho no puede andar con un hombre fresco. El borracho molesta al hombre fresco y el hombre fresco molesta al borracho. ¡Vea! En el salón hay unos canapés magníficos para tirarse después de haberse llenado de esturión con rábano. Desde allí no se oye mi voz. ¿No quiere usted pasar?

El conde, estupefacto, alzó los brazos, pestañeó y se puso a andar de un lado a otro. Cobarde, teme las discusiones agitadas… Yo, cuando estoy borracho, me complazco en los altercados y en las confusiones.

—No te comprendo —gimió, no sabiendo qué decir ni qué hacer —. No te comprendo.

Sabía que era muy difícil calmarme.

—Aún lo conozco a usted poco —continué yo—; pero es posible que usted sea una excelente persona. He aquí por qué no me gustaría disgustarme ahora con usted. Y no lo hago. Me limito a hacerle comprender que, entre borrachos, los hombres frescos están de más. Un hombre sobrio irrita el organismo de un borracho. Comprenda eso.

—Hable de todo lo que quiera, joven —suspiró Chejosky—; nada me hará salir de mi reserva.

—¿De veras? ¿Nada? Y si lo llamara a usted un cerdo obstinado, ¿no se ofendería?

El polaco enrojeció, y eso fue todo. El conde, pálido, se acercó a mí con ademán de plegaria y abrió los brazos:

—Te lo suplico; modera tu lenguaje.

Posesionado de mi papel de borracho, hubiera continuado mis ataques al polaco; por suerte para él y para el conde se oyeron pasos, y Urbenín entró.

—Buen provecho —dijo—. ¿Su Excelencia no tiene ninguna orden que darme?

—Por el momento, ninguna; pero me alegro de que haya venido, Piotre Iegorych. Siéntese. Comeremos juntos y hablaremos de agricultura.

El administrador se sentó. Su patrón, mientras comía y bebía coñac, se dedicó a exponerle sus planes de cultivo racional. Hablaba en forma fatigosa, repitiéndose, saltando de una idea a otra. Urbenín lo escuchaba con una atención indolente, del mismo modo que las personas mayores escuchan la charla de un niño. Tomaba el caldo y miraba con tristeza el plato.

—He traído unos proyectos magníficos —dijo el conde—; ¿quiere verlos?

Karnieiev se levantó de un salto y corrió a buscarlos. Urbenín aprovechó su ausencia para servirse vodka en un vaso de té, y lo bebió rápidamente.

—¡Asqueroso alcohol! —dijo, mirando con horror el botellón.

—¿Por qué no bebe delante del conde? —le pregunté—. ¿Le tiene usted miedo?

—Es mejor, Sergio Petrovich, pasar por hipócrita y beber a escondidas que beber delante de él. El conde tiene un carácter muy raro. Si yo le robara abiertamente veinte mil rublos no diría nada, por indolencia; pero si me olvido de rendirle cuenta de un gasto de diez *kopeks*[4], o si bebo delante de él, me llama ratero.

Urbenín se sirvió un segundo vaso y lo bebió.

—Me parece que antes usted no bebía, Urbenín.

—Así es. Y ahora bebo terriblemente. Nunca el conde ha bebido más de lo que yo bebo ahora. Siempre lo he estimado, Sergio Petrovich, y le seré franco: me ahorcaría con placer.

—Pero ¿por qué?

—Por mi propia tontería. No solamente los niños son tontos. Hay imbéciles de cincuenta años que… Por favor, no me pregunte nada.

La entrada del conde puso fin a las efusiones de Urbenín.

—Un excelente licor —dijo, poniendo en la mesa, en lugar de los «magníficos» proyectos, una botella ventruda, con el lacre de los Benedictinos. La compré en casa de Després, en Moscú. ¿Quieres, Serioja?

—Pero ¿no habías ido a buscar los proyectos? —le dije.

—¿Yo? ¿Qué proyectos? ¡Ah! Sí… Pero no los encontré. Busqué por todas partes y terminé por renunciar… Muy buen licor. ¿No quieres?

Urbenín pidió permiso para retirarse y salió. Nos pusimos a beber más vino tinto. Ese vino acabó conmigo. Vi llegar la borrachera que había deseado. Me sentí muy animoso y extraordinariamente alegre. Experimenté el deseo de hacer algo extraordinario, grotesco,

asombroso. Se me ocurre, en esos momentos, que puedo cruzar nadando el lago, resolver el asunto más complicado, subyugar a cualquier mujer… Tenía deseos de tomar a alguien y envenenarlo a insultos, de hundir con dicterios al polaco y al conde, de reducirlos a polvo.

—¿Por qué se callan? —empecé—. Hablen; yo los escucho. ¡Ja! ¡Ja! Adoro las personas que dicen disparates con cara muy seria. ¡Qué irrisión de la inteligencia! ¡Caras que no corresponden a los cerebros! Para no engañar, ustedes deberían tener cara de idiotas y no cara de sabios griegos…

Estaba desenfrenado; de pronto, concebí la idea de que estaba hablando a nulidades que no merecían ni siquiera media palabra mía; hubiera necesitado una sala llena de mujeres inteligentes, deslumbrantes de joyas y de belleza.

Me levanté, tomé mi vaso y me puse a recorrer las piezas. No nos limitábamos a un solo sitio, cuando hacíamos una fiesta; invadíamos toda la casa y, a veces, toda la propiedad.

Escogí, en el salón de los mosaicos, el sofá turco para abandonarme al imperio de la fantasía. Alcohólicas divagaciones se apoderaron de mi cerebro. Caí en un mundo nuevo, lleno de exaltado encanto y de colores indescriptibles. Sólo me faltaba versificar y tener alucinaciones.

6

EL CONDE vino a sentarse en el sofá, a mi lado. Quería decirme algo. Yo lo había adivinado desde el principio de la cena, y sabía de qué se trataba.

—Cuánto he bebido —me dijo—. Esto es peor que cualquier veneno. Pero ésta es la última vez. ¡Palabra, la última vez! Tengo voluntad…

—Basta; ya lo sé.

—¡La última vez, Serioja! Y a propósito, ¿qué tal si telegrafiáramos a la ciudad?

—Si te parece, telegrafía.

—Hagamos una juerga por última vez…; vamos, levántate y redacta el telegrama.

El conde no sabe escribir telegramas. Los hace muy minuciosos pero incompletos. Me levanté y escribí:

«Al jefe del coro Karpov, restaurante Londres. Abandone todo y venga inmediatamente, tren de las dos. El conde».

—Son las once menos cuarto —dijo Karnieiev—; en tres cuartos de hora, a lo sumo una hora, el mensajero estará en la estación. Karpov tendrá tiempo de partir. Si pierde el tren, vendrá en el de carga, ¿no es así?

Kuzma, el tuerto, llevó el despacho. Se ordenó a Ilya que mandara los coches a la estación. Para pasar el tiempo, me puse

lentamente a encender todas las lámparas de la casa. Abrí el piano y ensayé el teclado.

Me acosté después en el sofá sin pensar en nada, tratando de evitar al conde, que me molestaba con sus interminables charlas. Entré en un sopor, en una disposición de espíritu feliz y tranquila, sin mirar otra cosa que la luz de las lámparas… La imagen de la muchacha de rojo, su cabeza inclinada, sus ojos llenos de terror ante la idea de una muerte sensacional, y un gesto de amenaza que me hacía con su mano, pasaban delante de mí. Y la imagen de otra muchacha, la de negro, pálida y orgullosa, pasó también ante mis ojos. Me miró con un gesto en que se unían la súplica y el disgusto.

En ese instante escuché un estrépito, risas, corridas… Dos ojos negros me ocultaron la luz. Oí su risa. Sus frescos labios se abrían en una sonrisa feliz.

Era la sonrisa de mi gitana favorita: Tina.

—¿Duermes? —preguntó su voz—. Levántate, querido. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Le apreté en silencio la mano y la atraje hacia mí.

—Ven con nosotros —me dijo—. Los nuestros han llegado.

—Quédate, Tina. Me siento bien aquí.

—Pero… hay mucha luz. Pueden entrar…

—Si alguien entra, le retuerzo el pescuezo. Me siento bien aquí, Tina. Dos años sin verte.

En la sala comenzaron a tocar el piano. Algunas veces bramaron:

¡Ah, Moscú, Moscú de blancas piedras!…

—Ya ves. Están cantando. Nadie vendrá.

—Sí, sí.

La llegada de Tina me sacó de mi embotamiento. Diez minutos después, me llevó a la sala, donde un coro gitano estaba instalado en semicírculo.

Ahorcajadas sobre una silla, el conde dirigía. El polaco, de pie, miraba con ojos de asombro. Tomé de las manos de Karpov su

balalaika, y, con un ademán, canté:

Navegando por nuestra madre Volga…

—¡Volga! —acompañó el coro.

Hice de nuevo un ademán y, con la velocidad del rayo, saltó una nueva canción:

Las locas noches, las noches felices…

Nada me excita tanto los nervios como esos bruscos cambios de ritmos y melodías. Tomando de la cintura a Tina y blandiendo mi *balalaika*, terminé de cantar *Las locas noches*. La *balalaika*, escapándoseme de la mano, cayó con estrépito y se rompió en mil pedazos.

—¡Vino!

Mis recuerdos, desde aquí en adelante, confinan con el caos. Todo se mezcla, se borra. Me acuerdo del sol gris de una madrugada. Estamos en una canoa. El lago está ligeramente agitado, como indignado por nuestros excesos. Me balanceo, de pie, en el centro de la canoa. Tina me grita que voy a caer. Me pide que me siente. Espantando con mis gritos a las gaviotas, que aparecen y desaparecen en manchas blancas sobre el azul del lago, me quejo a voz en cuello de que las olas no sean tan altas como la «Tumba de piedra».

Viene después un largo y caluroso día con sus interminables comidas, licores, coñacs, ponches. Sólo recuerdo algunos instantes.

Me veo con Tina en el jardín, sobre un columpio. Yo estoy en un extremo y Tina en el otro. Salto y desciendo con todas mis fuerzas y no sé lo que quiero: que Tina caiga y se mate o que salte hasta las nubes. Está pálida, pero por amor propio aprieta los dientes para no revelar su terror. Subimos cada vez más alto y más alto y… no me acuerdo cómo terminó el juego.

Después viene un paseo con Tina por un sendero arbolado; las verdes copas se unen ocultando el sol; una penumbra poética, las trenzas negras de Tina, sus labios húmedos, un murmullo. Después, a mi lado, camina una rubia de nariz respingada, de ojos aniñados, de cintura fina. Tiene voz de contralto. Me paseo con ella hasta el momento en que Tina, que nos ha seguido, me hace una escena. Tina está pálida, furiosa. Me llama «maldito», y quiere volver a la ciudad. El conde, pálido, las manos temblorosas, corre a nuestro lado y, como de costumbre, no encuentra palabras para persuadir a Tina. La gitana, en el colmo de la indignación, me abofetea. Yo, que me enfurezco a la primera palabra ofensiva de un hombre, permanezco absolutamente indiferente a los golpes que me aplican las mujeres.

Al caer la tarde, Tina y yo nos reconciliamos. Y llegó la noche, tan agitada como la anterior, con música, cantos endiablados y ni un segundo de sueño.

—Es un suicidio —me murmuró Urbenín, que había entrado por un instante a escuchar a los gitanos.

Tenía razón. Me acuerdo de que en un momento, en el jardín, disputamos el conde y yo. El polaco de cejas negras nos rondaba; en ningún momento participó de nuestra alegría, pero nos siguió como una sombra por todas partes, sin cerrar los ojos.

El cielo empezó a aclarar y las copas de los árboles se doraron con los rayos del sol. Alrededor de nosotros comenzó el alboroto de los gorriones y el canto de los estorninos; ruidos sedosos, golpes de alas, apagados por la noche. Se oyó el mugir de los rebaños y el grito de los pastores. Cerca de nosotros, en un candelero con pie de mármol, ardía con pálido resplandor una bujía Chandor. Restos de cigarrillos, envolturas de bombones, vasos rotos, cáscaras de naranjas, cubrían el suelo.

—Toma esto —dije al conde tendiéndole un fajo de billetes—. ¡Te obligaré a aceptarlos!

—¡Yo he invitado, no tú! —dijo el conde, con energía, agarrándome de la chaqueta—. Yo soy el anfitrión. Te he mandado

buscar, ¿por qué motivo pagarías tú? ¿No comprendes que me ofendes?

—Yo también los he invitado —contesté—. Quiero pagar mi parte. ¿Tú no lo aceptas? Pues yo no acepto favores. ¿Crees que, porque eres rico como un demonio, puedes obligarme? ¡Que el diablo me lleve! Yo he invitado a Karpov y yo le pagaré. Yo escribí el telegrama.

—En el restaurante, Serioja, puedes pagar lo que quieras, pero mi casa no es un restaurante. Y no comprendo por qué te sulfuras, no comprendo tu acaloramiento; tienes poco dinero; yo tengo de sobra. La equidad me obliga a pagar.

—¿Entonces, no los tomas?

Arrimé los billetes a la llama de la bujía, los encendí y los tiré al suelo. Gaitán prorrumpió en un gemido. Abrió los ojos, palideció y se tiró al suelo tratando de apagar el fuego con las manos. Lo consiguió.

—¡Quemar dinero! —dijo, metiendo en el bolsillo los billetes quemados—. No lo comprendo. Como si fuera trigo del año pasado, o cartas de amor. Es mejor regalarlo a los pobres.

Caminé hacia la casa. En todas las piezas, en los sofás o echados sobre las alfombras, dormían los cantores, agotados. Tina dormía en el sofá, en el salón de los mosaicos. Tenía los dientes apretados, la cara pálida. Probablemente veía en sueños el columpio. La Lechuza recorría los cuartos; examinaba con sus ojos agudos a la gente que había turbado el silencio de la casa abandonada.

Eso es todo lo que me quedó como recuerdo de las dos noches de fiesta; pero es suficiente. El resto huyó de mi cerebro alcoholizado, o no es conveniente recordarlo.

7

NUNCA me llevó Zorka a mi casa con tanto ardor como aquella mañana, después de la historia de los billetes. Parecía que también ella tenía urgencia de regresar.

Las olas espumosas del lago reflejaban la salida del sol. Me es difícil describir el estado de mi alma en esos instantes. Diré, sin insistir, que me sentía inefablemente feliz y, al mismo tiempo, enrojecí de vergüenza al ver en la orilla del lago, agotado por el trabajo honesto y las enfermedades, al viejo Michey. Su apariencia recordaba a los pescadores bíblicos. Barbudo, blanco como un cisne, miraba al cielo. Detuve a Zorka y tendí una mano al viejo, como para purificarme con su mano callosa. Levantó hacia mí sus risueños ojos sagaces y sonrió.

—Buen día, mi señor —dijo tendiéndome torpemente la mano—. ¿Vuelves a caballo? ¿Así que ese bandido ha vuelto? Te lo leo en la cara. Yo me quedo aquí y observo. El mundo es siempre el mundo. Vanidad de vanidades. Mira. El alemán debería morirse y se ocupa de vanidades. Tú lo ves.

El viejo me indicó, con su bastón, el baño del conde, de donde salía, en una canoa, un hombre con gorra de *jockey* y blusa azul: el jardinero Franz.

—Todas las mañanas lleva dinero a la isla y lo esconde. No comprende, el imbécil, que la arena y el dinero tienen para él el

mismo valor. No se lo llevará cuando muera. Dame un cigarrillo, señor.

Le alcancé la cigarrera. Tomó tres, que guardó en su blusa.

—Son para mi sobrino. Él los fumará.

Zorka, impaciente, partió. Saludé al viejo, agradecido de que me hubiera dado la ocasión de descansar mis ojos en su rostro. Me siguió largamente con la mirada.

En casa me esperaba Policarpo. Me midió con ojos desdeñosos, como si quisiera averiguar si en esta ocasión también me había bañado vestido.

—Lo felicito —gruñó—. ¿Se ha divertido mucho?

—¡Cállate, idiota!

Su aire estúpido me irritaba. Rápidamente me desvestí, hundí la cabeza en la almohada y cerré los ojos.

La cabeza me dio vueltas; como traídas por un espeso vaho llegaron imágenes familiares y recientes. Oí el grito: «El marido ha matado a su mujer… ¡Oh, qué tontos son ustedes!». La muchacha del traje rojo me amenazó con el dedo. Tina oscureció la pieza con sus ojos negros y me dormí.

—¡Qué sueño delicioso e inocente! Se diría que en esta cama se posa la conciencia más tranquila del mundo; que el conde no ha llegado; que no ha habido orgía, ni gitanos; que no se ha producido ningún escándalo en el lago… Levántese, hombre pernicioso. No merece el bien de un sueño tranquilo. ¡Levántese!

Entreabrí los ojos y me estiré con delicia. Desde la ventana llegaba un rayo de sol, en el cual flotaba el polvo blanco de la pieza. Y el rayo tan pronto desaparecía de mis ojos como volvía, según se interponía o no nuestro amable vecino el doctor Pavel Ivanovich Voznessenski.

Su largo chaqué desprendido flotaba sobre él como en una percha. Con sus manos hundidas en los bolsillos del pantalón, extremadamente largo, iba de una mesa a otra o de un retrato a otro, observando con sus ojos miopes todo lo que encontraba a su paso.

Dócil a su hábito de meter la nariz y los ojos donde podía, miraba, inclinándose y levantándose, el lavabo, los pliegues de las cortinas, las rendijas de las puertas, la lámpara, como si buscara algo o quisiera asegurarse de que todo estaba en orden.

Examinando atentamente a través de sus anteojos la menor rajadura, la menor mancha en el papel, afectaba preocupación, respirando fuerte con su larga nariz, y alisaba cuidadosamente las cosas con su uña. Todo lo hacía maquinalmente, pasando con ligereza de un objeto a otro, como un conocedor que procede a un severo examen.

—¡Le he dicho que se levante! —repitió, con suave voz cantante, examinando una jabonera y extrayendo con una uña un cabello adherido al jabón.

—¡Ah, buenos días, señor Guiña el Ojo! —le dije, bostezando—. ¡Cuántos otoños y cuántas primaveras sin vernos!

Todo el distrito, como yo, aplica al doctor el sobrenombre de Guiña el Ojo, porque sus ojos parpadean continuamente. Viéndome despierto, Voznessenski se acercó a mi cama, se sentó e inmediatamente dirigió la vista hacia una caja de fósforos.

—Sólo los perezosos y las personas de conciencia tranquila duermen así, y como usted no es ni lo uno ni lo otro, le conviene levantarse lo antes posible.

—¿Qué hora es?

—Las once pasadas.

—¡Váyase usted al diablo! Nadie le ha pedido que me despierte tan temprano. ¿Sabe usted que no he podido dormir hasta la seis? Si no es por usted, podría haber dormido hasta la tarde.

—¡Sí, sí! —dijo Policarpo, desde el cuarto vecino—. Todavía no ha dormido bastante. Hace dos días que duerme y no le basta. ¿Sabe que día es? —me preguntó, entrando en el cuarto y mirándome como los cuerdos miran a los locos.

—Miércoles —dije.

—¡Claro! Para usted sólo han puesto dos miércoles en esta semana.

—Hoy es jueves —dijo el doctor—; de modo que usted se ha dado el lujo de dormir todo el día de ayer. ¡Muy bonito! ¡Muy bonito! ¿Qué puede haber bebido usted?

—He pasado dos noches sin dormir, pero no recuerdo lo que he bebido.

Despedí a Policarpo y comencé a vestirme y a contar al doctor las «noches locas» que acababa de vivir, tan hermosas en las novelas y tan desagradables en la realidad.

Traté de no abandonar, en mi descripción, el «género ligero» y de limitarme a exponer los hechos sin moralizar. Yo parecía contar fruslerías que me fueran ajenas y, conociendo la mojigatería del doctor y su aversión por Karnieiev, omití muchos detalles, pero, a pesar de mi tono retozón, no logré que Pavel Ivanovich dejara de mirarme con seriedad. Evidentemente, mi «género ligero» no le parecía tal.

—¿Por qué no ríe, mi querido Guiña el Ojo? —pregunté, cuando terminé mi descripción.

—Si usted no me lo hubiera contado y no existiera, además, otro episodio que yo conozco, no lo creería. Es demasiado escandaloso, amigo mío.

—¿A qué episodio se refiere usted?

—Ayer por la tarde vino a verme un *mujik*, Iván Ossipov, a quien usted apaleó en forma poco delicada.

—¿Iván Ossipov? —pregunté, levantándome—. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Un hombre grandote, rojizo, lleno de pecas… Acuérdese. Usted lo golpeó en la cabeza con un remo.

—No me acuerdo. No conozco a ningún Iván Ossipov y no he golpeado con un remo a nadie. Usted lo ha soñado…

—Ossipov llegó con un informe administrativo para pedirme un certificado. El informe dice que usted lo ha herido. ¿Todavía no recuerda? Herida contundente en la parte superior de la frente; en el nacimiento del cuero cabelludo. Usted llegó hasta el hueso, amigo mío.

—No me acuerdo. ¿Quién es? ¿De qué se ocupa?

—Un simple sirviente del conde. Remaba en el lago cuando ustedes se divertían.

—¡Hum! Puede ser, pero no me acuerdo. Quizá, estando borracho, alguna cosa imprevista…

—Nada de imprevisto ni accidental. Asegura que usted se irritó por algo, lo injurió largamente y, enfurecido, lo golpeó delante de testigos. Y que entretanto gritaba usted: «¡Te mataré, canalla!».

Me sonrojé y me puse a andar de un lado a otro.

—¡Que me ahorquen si me acuerdo de algo! —exclamé, haciendo un esfuerzo sobrehumano para acordarme—. «Enfurecido», dice usted. La verdad es que cuando estoy borracho me pongo pasablemente odioso.

—¿Cómo piensa arreglar esto?

—Evidentemente, el hombre quiere provocar un escándalo, pero esto no es nada. Lo grave son los golpes. ¿Cómo he podido golpear a alguien? ¿Por qué he golpeado a ese pobre *mujik*?

—He ahí el problema, amigo mío. Yo no podía rehusar el certificado, pero no dejé de aconsejarle que se dirigiera a usted. Arréglense de cualquier manera. La herida es pequeña, pero, entre nosotros, una herida en la cabeza, que penetra hasta el hueso, es cosa seria. No es raro que una herida que parece benigna termine en una necrosis de los huesos y en un feliz viaje *ad patres*.

Entusiasmado, Guiña el Ojo se levantó, agitó los brazos y se dispuso a exhibir sus conocimientos de patología quirúrgica.

—Bueno, no me aturda —dije, conteniendo su impulso—. ¿No comprende que todo esto es muy desagradable?

—Eso no es nada. Escúcheme y pida disculpas. Puede ser que otra vez sea más circunspecto y no cometa tonterías inútiles. Si no se arregla el asunto, puede perder su puesto. Un sacerdote de Themis acusado por golpes y lesiones. ¡Bonito escándalo!

Pavel Ivanovich es el único hombre de quien yo admito una advertencia sin fruncir las cejas; puede, si se le ocurre, mirarme con aire interrogante o llevar sus investigaciones hasta los más oscuros

repliegues de mi alma. Somos amigos en el mejor sentido de la palabra, y nos estimamos a pesar de que entre nosotros quedan algunas viejas cuentas de naturaleza delicada y desagradable.

Entre él y yo, como agente de discordia, pasó en cierta ocasión una mujer. Este eterno *casus belli* nos creó dificultades, pero no nos separó. Pavel Ivanovich es un hombre excelente. Me gusta su cara simple, nada plástica; me gustan su gran nariz, sus ojos parpadeantes, su barbita pelirroja y sus escasos cabellos. Usa pantalones excesivamente ajustados, muy largos y arrugados en las rodillas. Su corbata blanca nunca está en su sitio. Pero su negligencia es comprensible. No tiene tiempo ni sabe ocuparse de sí mismo. No fuma, no bebe, no transfiere a las mujeres los dos mil rublos mensuales que gana. Lo arruinan dos pasiones: la manía de prestar dinero sin documentos y sin reclamarlo, y la de comprar todo lo que se anuncia en los diarios: libros, gemelos de teatro, revistas humorísticas, servicios de mesa «compuestos de cien objetos», cronómetros, etc. De este modo no es sorprendente que sus enfermos confundan su casa con un arsenal o con un museo. En fin, es un buen muchacho y lo encontraremos a menudo en las páginas de esta novela.

—¡Oh!, se me ha hecho tarde —dijo, mirando su reloj barato, de doble caja, con garantía por cinco años y ya con dos composturas en su haber—. Tengo que irme, amigo. Adiós y cuídese. Esos excesos en la casa del conde terminarán muy mal. ¡Ah! A propósito, ¿viene mañana a Tenieievo?

—¿Mañana? ¿Qué hay?

—Es la fiesta parroquial. *Todo el mundo* irá y usted también. Venga sin falta. He dado mi palabra de que usted irá. No me haga quedar mal.

No tenía necesidad de preguntar a *quién* había dado su palabra. Nos comprendimos inmediatamente. Me saludó, se puso el gastado abrigo y partió.

8

QUEDÉ solo. Para alejar las ideas desagradables que empezaban a agitarme me dediqué a revisar las cartas amontonadas en mi escritorio. El primer sobre que abrí contenía la siguiente carta:

> «Mi alma: perdóname que te moleste, pero estoy tan sorprendida que no sé a quién dirigirme. Nunca me ha sucedido una cosa semejante. Aunque creo que no hay nada que hacer, quiero que juzgues por ti mismo. Al despertarme, después de tu partida, noté la ausencia de varios objetos. Me habían robado una pulsera, un botón para puño, de oro, diez perlas de mi collar y cien rublos de mi portamonedas. Pensé quejarme al conde, pero dormía; como salimos con urgencia no pude hablarle. ¿Qué te parece? La casa de un conde y te roban como en una taberna. Díselo al conde. Te abraza Tina, que te quiere».

No era para mí una novedad el hecho de que la casa del conde hormigueaba de ladrones. Añadí esta carta a los muchos antecedentes que tenía sobre el particular; tarde o temprano los utilizaría. Yo conocía a los ladrones…

La carta de Tina, el recuerdo de sus ojos negros, me llevaron al salón de los mosaicos y me hicieron desear, para entonarme, un

sorbo de alguna bebida fuerte. Pero me contuve porque tenía que trabajar. Por lo pronto, fue para mí un indescriptible fastidio el tener que descifrar la escritura informe de mis subordinados; poco a poco, sin embargo, pude fijar la atención en un robo con fractura y trabajé con gusto.

Trabajé toda la tarde; Policarpo, asombrado, pasaba a cada instante, desconfiando de mi voluntad de trabajo. No creía en mi cordura y, a cada momento, esperaba que me levantara y le ordenara ensillar a Zorka. Al atardecer, sin embargo, mi perseverancia lo convenció y le hizo abandonar su aire melancólico. Andaba de puntillas y hablaba muy bajo. Como acertaran a pasar unos muchachos que tocaban el acordeón, salió a gritarles:

—¿Qué diablos buscan aquí? ¡Vayan para otro lado! ¡El señor juez está trabajando!

Luego colocó el samovar en la sala y abrió suavemente la puerta.

—Venga a tomar el té —expresó con un respetuoso suspiro.

Luego, mientras yo tomaba el té, se mantuvo muy sumiso a mi lado.

—Así está bien, Sergio Petrovich —balbució—. Mande a paseo al diablo rubio; que se lo trague la tierra. Con su inteligencia y su *instrucción*, ¿cómo son posibles esas debilidades? Su profesión es honrosa. Es necesario que todo el mundo le obedezca y le tema. Pero si usted se pone a romperle la cabeza a la gente o a bañarse vestido en el lago, todos dirán: «No es un espíritu ponderado, no sirve para nada…». ¡Bonita reputación!

—Bueno, basta…

—Sepárese del conde, Sergio Petrovich. Si busca amigos, ¿que amigo mejor que el doctor Pavel Ivanovich? Andrajoso, sí, ¡pero qué espíritu!

La sinceridad de Policarpo me enterneció. Quise decirle algo amable.

—¿Qué novela estás leyendo?

—*El Conde de Montecristo*. ¡Ése sí que es un conde! No se parece a ese asqueroso.

Después del té, volví al escritorio y trabajé hasta que mis ojos fatigados empezaron a cerrarse. Antes de acostarme di orden a Policarpo de que me despertara a las cinco.

9

AL DÍA siguiente, a eso de las seis, silbando alegremente y rompiendo con mi bastón los tallos de las flores silvestres, me encaminé a Tenieievo.

La mañana era hermosa. Parecía que la felicidad, suspendida sobre la tierra, se reflejaba en las gotas de rocío y cautivaba el alma del caminante. Rodeado de luz nueva y fresca, el bosque parecía escuchar mis pasos y el griterío de los pájaros asustados por mi presencia. El olor de la vegetación primaveral llenaba el aire que yo respiraba con fruición. Mis ojos extasiados abarcaban el espacio y yo sentía la juventud y la primavera; se me ocurrió que los jóvenes abedules, la hierba del camino y los abejorros zumbadores compartían mis impresiones.

«¿Por qué, allá en la ciudad —pensaba—, el hombre se confina en sus estrechas y mezquinas ideas, en tanto que aquí hay tanto espacio para la vida y el pensamiento?»

Y mi imaginación, poetizada, se negaba a pensar en esas dos tristezas, el invierno y el pan, que confinan a los poetas en Petersburgo, prosaica y fría, y en Moscú, sucia.

A mi vera pasaban carros de paisanos y coches de propietarios, apresurados hacia la misa y la feria. A cada momento tenía que quitarme la gorra para retribuir los saludos afables de unos y otros.

Todos me invitaban a subir, pero yo prefería caminar. Entre otros, pasó en un cochecito el jardinero Franz, con su gorra de *jockey* y su

blusa azul. Indolente, me miró con sus ojitos soñolientos y agudos y llevó despacio una mano a la gorra. Detrás de él estaba amarrado un barril pequeño con aros de hierro: sin duda alguna, volvería lleno de vodka. Su odioso rostro y su barril echaron a perder por un instante mi humor poético; un rumor me hizo volver y vi un carro tirado por dos caballitos bayos.

En el carro venía sobre un asiento de cuero la muchacha de rojo. Al verme, su rostro recién lavado y aún soñoliento brilló y se ruborizó levemente. Hizo un alegre movimiento con la cabeza y me sonrió con una expresión de vieja amistad.

—¡Buenos días! —le grité.

Agitó una mano y desapareció sin darme tiempo a contemplar su rostro. Esta vez no estaba de rojo; tenía un vestido verde oscuro y un gran sombrero de paja. Me gustó tanto como la primera vez que la vi. Me hubiera gustado escuchar su voz y conversar con ella; me hubiera gustado mirar muy cerca sus ojos profundos; me hubiera gustado, en fin, hacerla descender de su pobre vehículo e invitarla a hacer conmigo el resto del camino. Pero se interponía lo convencional. Creo que no hubiera rehusado. Se volvió dos veces hacia mí antes de que el carro desapareciera detrás de los alisos. Sí; con gusto hubiera caminado junto a mí…

De mi casa a Tenieievo hay seis verstas —distancia casi nula para un joven en una hermosa mañana—. Alrededor de las siete me encaminé a la iglesia, pasando entre las tiendas de la feria y los vehículos. No obstante la hora matinal y el hecho de no haber terminado la misa, el rumor de la feria llenaba el aire. El chirriar de las ruedas, los relinchos y los mugidos, el sonido de las cornetas de los niños, se mezclaban a los gritos de los mercaderes gitanos y a los cantos aguardentosos de los *mujiks*, impacientes y bebedores desde la mañana. ¡Cuántas caras! ¡Cuántos tipos! ¡Cuánto hechizo en esa masa abigarrada de vestidos inundados de sol! Millares de seres bullían y alborotaban, tratando de terminar sus negocios en pocas horas y partir a la tarde, dejando, como recuerdo, briznas de

heno, avena desparramada y cáscaras de nueces. El pueblo, en densas masas, salía de la iglesia o entraba en ella.

La cruz de la iglesia despedía rayos dorados, tan brillantes como el mismo sol. Chispeaba, como si estuviera ardiendo con un fuego dorado. Con el mismo fuego ardía el campanario, en tanto que, más abajo, lucía la cúpula, recién pintada de verde. Detrás de la cruz centelleante se extendía el azul del cielo, transparente y sombrío. Transpuse la puerta, llena de gente, y entré en la iglesia. La misa estaba en ese momento en los Hechos de los Apóstoles. No se oía ni un ruido, salvo los del oficio y los pasos del diácono con el incienso. La concurrencia, inmóvil frente al iconostasio, escuchaba piadosamente el oficio. Toda tentativa de turbar el silencio era reprobada severamente, lo que aumentaba mis escrúpulos cuando me veía forzado a reír o a conversar. Pero era raro no encontrar a un conocido que se acercara y, después de largo preámbulo, me hablara de sus mezquinos problemas. Yo respondía con un «sí» o con un «no», pues no tenía valor para negarme a responder a mi interlocutor. Esta vez sucedió lo mismo. En el umbral estaba Olennka, mi heroína. Roja de calor y arrastrada por la multitud, buscaba con la mirada a un salvador; no podía ni avanzar ni retroceder y parecía un pájaro aprisionado en una mano; al verme, tuvo una sonrisa amarga y me hizo señas.

—Ayúdeme a pasar, por favor —me dijo, agarrándome del brazo —. Me ahogo en estas apreturas.

—Adelante es igual.

—Sí; pero allí está la gente bien. Aquí está el pueblo; allí, en cambio, hay asientos reservados.

Su rostro, pues, no estaba enrojecido por el calor; su ahogo y su molestia provenían de la calidad de la gente que la rodeaba. Escuché su pedido y, apartando el gentío, la conduje al sitio en que estaba la aristocracia del distrito. Llegado al lugar donde sus aspiraciones sociales llamaban a Olennka, me coloqué detrás de la gente y observé. Como de costumbre, hombres y mujeres cuchicheaban y reían. El juez de paz, Kalinin, con ademanes y movimientos de

cabeza, contaba sus enfermedades al propietario Deriaiev. Al advertir a Olennka, los cuchicheos de las damas aumentaron.

Sólo una joven parecía rezar. Arrodillada, mirando hacia adelante, movía los labios sin notar que un bucle de sus cabellos, escapado de su sombrero, le caía en desorden sobre las sienes. Tampoco notó que yo estaba con Olennka, cerca de ella.

Era Nadejda Nicolaevna, la hija de Kalinin. Cuando dije que en otro tiempo una mujer se interpuso entre el doctor y yo, quise referirme a ella. El doctor la quería como sólo pueden querer las almas nobles. De pie al lado de ella, recto como una vara, de cuando en cuando dirigía al rostro absorto de la muchacha sus ojos inquisidores y apasionados. Hubiérase dicho que vigilaba sus oraciones y que el brillo de sus ojos revelaba el deseo secreto de ser el objeto de ellas. Pero, por desgracia, sabía muy bien por quién oraba Nadejda.

En un instante en que el doctor se volvió hacia mí, le hice una seña y salimos juntos.

—¿Quiere que demos una vuelta por la feria? —le propuse.

Encendimos sendos cigarrillos y comenzamos a recorrer las tiendas.

—¿Cómo está Nadejda Nicolaevna? —le pregunté, entrando debajo de un toldo donde vendían chucherías.

—No del todo mal, creo —contestó pestañeando delante de un soldadito de cara verde y uniforme escarlata—. Me preguntó por usted.

—¿Qué dijo?

—Nada de particular. Está disgustada porque hace mucho tiempo que usted no la visita. Quiere saber las causas del brusco enfriamiento de sus relaciones. Antes usted iba casi todos los días y ahora ni la saluda.

—¡Mentiras! He dejado de visitar a los Kalinin, es cierto, pero es por falta de tiempo. Mis relaciones con la familia son excelentes. Y yo nunca dejo de saludar cuando encuentro a alguno de ellos.

—Pero usted encontró a su padre el jueves y no contestó a su saludo.

—No me gusta ese mamarracho de juez y no puedo mirar su mascarón de proa con indiferencia; sin embargo, hago un esfuerzo y lo saludo, y estrecho su mano cuando me la tiende. Tal vez el jueves no lo he visto o no lo he reconocido. Usted está hoy malhumorado, Pavel Ivanovich, y quiere armarme pleitos.

—Usted sabe que lo estimo —suspiró mi amigo—; pero no le creo… «No lo he visto o no lo he reconocido». No necesito justificaciones y explicaciones. ¿Para qué, si no son veraces? Usted es un excelente hombre, pero existe en su cerebro enfermo alguna pequeña protuberancia, capaz, perdóneme que lo diga, de cualquier ignominia.

—¡Muchas gracias!

—No se disguste, pero creo que usted está algo neurótico. Se le escapan a veces, a pesar de su buena índole, deseos y actos que dejan estupefactos a cuantos lo tienen por un hombre normal. Pero ¿qué animal es éste? —dijo de pronto, cambiando de tono y acercando los ojos a un animal de madera con nariz humana, provisto de crines y adornado con rayas grises.

—Es un león —contestó el vendedor bostezando— o cualquier otro animal. ¿Quién sabe?

De las tiendas de juguetes pasamos a las de géneros.

—Esos juguetes no hacen sino engañar a los niños —dijo el doctor—, inculcándoles ideas absolutamente falsas sobre la fauna y la flora. Ese león, por ejemplo, rayado, rojo y que pía. ¿Acaso pían los leones?

—Escúcheme —le dije—: usted tiene evidentemente algo que decirme, pero no parece decidirse. Hable. Lo escucho con placer, aun cuando me dice cosas desagradables.

—Agradables o no, escuche. Yo hubiera querido hablarle de muchas cosas…

—¡Siga! Lo escucho.

—Yo emití la hipótesis de que usted es un neurótico. ¿Quiere la prueba? Quizás hable con rudeza y lo ofenda, pero no se enoje. Usted conoce mis sentimientos hacia usted. No hablo ni para vituperarlo ni para herirlo. Seamos objetivos los dos. Examinemos su alma con ojos imparciales, como un hígado o un estómago.

—Bueno, seamos objetivos.

—Perfectamente. Tomemos para comenzar, por ejemplo, sus relaciones con los Kalinin. Usted se acordará que los frecuentó apenas llegado a nuestro distrito. Ellos no lo buscaron. Su aire orgulloso, su tono burlón y su amistad con el conde libertino disgustaban al juez, y nunca lo hubiera recibido si no es porque usted mismo se presentó sin invitación. ¿Se acuerda? Después usted trabó amistad con Nadejda Nicolaevna y casi todos los días la visitaba. A cualquier hora que uno fuera, usted estaba allí. El recibimiento que se le hizo fue de los más cordiales. Lo agasajaban todo lo que podían: el padre, la madre, las hermanitas. Se encariñaron con usted como con un pariente. Lo pusieron por las nubes; se extasiaban y se reían con sus chistes. Usted era para ellos el colmo del ingenio, de la nobleza, de la caballerosidad. Usted parecía comprender esto y respondía al afecto con el afecto. Usted visitaba a los Kalinin todas las vísperas de fiestas. La desgraciada pasión que usted inspiraba a Nadejda no es un secreto para usted, ¿no es así? Sabiendo que ella lo amaba con locura, usted no dejaba de visitarla. Y, de pronto, hace un año, sin razón alguna, usted interrumpe sus visitas. Lo esperan una semana, un mes. Aun ahora lo esperan. Y usted no vuelve. Le escriben y no contesta. En fin, ni siquiera los saluda. Usted que tanto se preocupa de la urbanidad, ¿no encuentra que eso es el colmo de la descortesía? ¿Por qué se alejó de los Kalinin en una forma tan abrupta? ¿Lo han ofendido? ¿Se aburría? En tal caso debió alejarse poco a poco, sin esta brusquedad hiriente, injustificada.

—Porque no hago visitas —contesté sonriendo—, me toman por neurótico. ¡Qué inocente es usted, Pavel Ivanovich! Lo mismo da cortar unas relaciones de un solo golpe o poco a poco. De un solo

golpe quizá sea más honesto, menos hipócrita. ¡Cuántas tonterías, por lo demás!

—Admitamos lo que sea, o que usted se haya visto obligado a romper por razones secretas. Pero ¿cómo explica su conducta ulterior?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: un día usted visitó el Consejo Territorial, y el presidente le preguntó por qué no lo veía más en casa de Kalinin. Usted contestó (¡acuérdese de lo que contestó!): «Creo que quieren casarme». He ahí lo que se le escapó. Y lo dijo en plena sesión, en voz alta, de modo que las cien personas presentes pudieron oírlo. ¿Precioso, no? Y en contestación a sus palabras estallaron risas y anécdotas equívocas sobre la caza de los novios. Para colmo, un cobarde se lo contó a Nadennka, durante la cena. ¿Por qué esta ofensa, Sergio Petrovich?

El doctor, tieso delante de mí, me atajó el camino y continuó mirándome a los ojos con aire de súplica, casi lloroso.

—¿Por qué esta ofensa? ¿Todo porque esta excelente muchacha lo ama? Admitamos que el padre, como cualquier padre, haya pensado en usted. Como padre, ha pensado en todo el mundo, en usted, en mí, en Markuzin. Todos los padres son iguales. Nadie duda que ella también, locamente enamorada, deseaba ser su mujer. ¿Y por esta causa, semejante burla? ¿No se prestaba usted a esos proyectos? Los visitantes ordinarios no son tan asiduos. De tarde ustedes salían a pescar en el lago; de noche se paseaban en el jardín, cuidando celosamente sus citas. Sabiendo que ella lo amaba, usted no cambió en un ápice su conducta. ¿Cómo se podía, después de eso, desconfiar de sus intenciones? Yo estaba convencido de que usted se casaría con ella. Y en lugar de eso usted tomó el asunto en broma. ¿Por qué? ¿Qué le ha hecho Nadennka?

—No se enoje, amigo mío —dije, apartándome unos pasos—. La gente mira. Terminemos esta conversación. Se trata de mujeres. Le contestaré en tres palabras y que eso le baste. Yo visitaba a los Kalinin porque me aburría, y me interesé por Nadennka porque es

una muchacha muy interesante. Quizá me hubiera casado con ella, pero supe que usted la pretendía antes que yo, y que no le era indiferente. Hubiera sido cruel hacer sufrir a un hombre como usted.

—Gracias por la gentileza. Yo no le pedía esa limosna y, a juzgar por su expresión, usted no dice ahora la verdad. Usted habla al azar, sin reflexionar. Además, el hecho de que yo sea el hombre que soy no le impidió a usted hacer a Nadennka, en una de sus últimas visitas una proposición que no hubiera alegrado mucho al que se casara con ella.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Cómo sabe semejante cosa, Pavel Ivanovich? ¡Sus asuntos no van tan mal si le confían semejantes secretos! Además, está usted pálido de cólera y con ganas de golpearme. Y había prometido ser objetivo. ¡Qué raro es usted, Pavel Ivanovich! Vamos, dejemos este embrollo y acompáñeme al correo.

Llegamos al edificio del correo. El jardín abigarrado de Máximo Fiodorovich el encargado del correo, aparecía detrás de la empalizada gris.

Encontramos a Fiodorovich en trance de realizar un agradable trabajo. Sonriente y rojo de placer, hojeaba sobre su mesa verde, como si fuera un libro, un fajo de billetes de cien rublos. Aun el dinero ajeno influía sobre su humor.

—¡Buenos días, Máximo Fiodorych![5] —dije—. ¿De dónde viene esa cantidad de dinero?

—Es un envío a Petersburgo —dijo, encantado, señalándome con un movimiento de la cara un rincón de la oficina, donde estaba sentada, en la sombra, una figura humana.

Al verme, la figura se levantó y se aproximó. Reconocí a un reciente enemigo, a quien tanto había yo insultado en casa del conde.

—Mis respetos —me dijo.

—Buenos días, Gaitán Casimirovich —contesté haciendo caso omiso de la mano que me tendía—. ¿El conde está bien?

—Gracias a Dios. Sólo que se aburre un poco. Lo espera a usted a cada minuto.

Leí en su rostro el deseo de hablarme. ¿De dónde podía venir ese deseo después del trato recibido? ¿Por qué ese cambio de modales?

—¡Cuánto dinero tiene usted! —expresé mirando los fajos de cien rublos.

Y de pronto se me presentó la escena de marras. Fue una súbita revelación. Vi los bordes quemados de uno de los billetes, y un ángulo enteramente calcinado. Eran los billetes que yo quería quemar en la llama de la bujía cuando el conde los rechazó y que recogió Chejosky. «Más vale darlos a un pobre», había dicho. ¿A qué pobre los mandaba ahora?

—¿Siete mil quinientos rublos? —contó lentamente Máximo Fiodorovich—. ¿Cuenta exacta?

Es molesto inmiscuirse en los secretos de otro, pero yo deseaba averiguar qué dinero era ése y a quién el polaco enviaba esos billetes.

En todo caso, el dinero no le pertenecía y el conde no tenía nadie a quien enviarlo.

«Ha robado al conde —pensé—. Si una Lechuza sorda y estúpida puede robarlo, ¿qué dificultad puede encontrar este palurdo para meter las manos en sus bolsillos?»

—¡Ah! ¡A propósito, yo también voy a mandar dinero! —gritó el doctor—. Señores: es increíble. Por quince rublos, cinco objetos francos de porte: un catalejo, un cronómetro, un calendario y aún más… Máximo Fiodorovich, páseme una hoja de papel y un sobre.

Pavel Ivanovich envió sus quince rublos. Recogí mi correspondencia y salimos del correo. Volvimos a la iglesia. Pavel Ivanovich marchaba a mi lado, pálido y triste como un día de otoño. Inopinadamente, la conversación en la que había querido ser objetivo lo había emocionado profundamente.

Las campanas repicaban. Una multitud compacta descendía del atrio. Viejos pendones y una cruz negra precedían a la procesión. El sol jugaba alegremente sobre los hábitos sacerdotales y sobre la imagen de la Madre de Dios, que irradiaba reflejos enceguecedores.

—He aquí a los nuestros —dijo el doctor, indicando a la gente distinguida, que se mantenía apartada de la multitud.

—Los suyos, pero no los míos —repuse.

—Poco importa. Vamos con ellos.

Me acerqué y saludé. Delante de todos, Kalinin, alto, ancho de espaldas, barba gris y ojos saltones como los de un cangrejo, cuchicheaba no sé qué al oído de su hija. Simulando no haberme visto, no respondió al saludo general enviado en su dirección.

—Adiós, ángel mío —dijo con tono llorón a su hija, besándola en la frente—. Vuelve a casa; yo regresaré esta tarde.

Volvió a besar a su hija y sonrió con amabilidad a la gente distinguida; luego frunció las cejas y se volvió hacia el paisano con chapa de inspector que se encontraba a su lado.

—¿Van a traerme los caballos o no?

El hombre tembló y agitó las manos.

—¡A… tención!

La gente que seguía la procesión se apartó y, con gran repiqueteo de campanillas, se acercaron los caballos del juez, trotando con elegancia. El juez subió al coche, saludó majestuosamente y, advirtiendo a la multitud con un nuevo «¡A… tención!», desapareció sin haberme concedido una mirada.

—¡Qué magnífico cerdo! —murmuré al oído del doctor—. Vamos…

—¿No quiere hablar con Nadejda Nicolaevna? —me preguntó Voznessenski.

—No tengo tiempo. Debo regresar.

Pavel Ivanovich me miró con furia y se retiró suspirando. Hice un saludo general y volví hacia la tienda. Al cruzar la multitud volví el rostro y miré a la muchacha. Ella me seguía con los ojos, como para ver si yo soportaba su mirada penetrante y pura, llena de un amargo sentimiento de ofensa y de reproche. Sus ojos decían: «¿Por qué?».

Sentí que algo me bullía en el pecho, y me avergoncé de mi conducta. Pensé volver y ser amable, con toda mi alma, con esta muchacha que me quería tanto, decirle que no era culpable, cargar

todo en la cuenta de mi maldito orgullo, que no me dejaba ni respirar, ni moverme, ni vivir. Pero ¿podía yo, superficial y frívolo como soy, tenderle la mano y reconciliarme con ella viendo que todos los ojos de las comadres del lugar, de todas las «siniestras viejas», espiaban cada uno de nuestros movimientos? Más valía que cubriesen a Nadejda Nicolaevna de miradas burlonas que disuadirlas de la «inflexibilidad» de mi carácter y de mi altivez, que tanto gusta a las mujeres estúpidas.

Cuando hablé de las razones que me hicieron cesar mis visitas a los Kalinin no fui, con el doctor, ni sincero ni preciso. Le escondí la verdadera causa porque me avergonzaba su insignificancia. La causa era que cuando visité por última vez a los Kalinin, mientras dejaba mi yegua en la puerta, oí estas palabras:

«Nadennka, ¿dónde estás? Tu pretendiente llega».

Era su padre, el juez, que hablaba sin reparar en que yo podía escucharlo. Lo oí, y mi amor propio saltó.

«¿Cómo su pretendiente? ¿Quién le ha autorizado a llamarme así? ¿Con qué motivo?»

Fue como si algo se desgarrara en mi pecho. Mi orgullo se rebeló y olvidé todos los motivos que me llevaban a casa de Kalinin. Olvidé que cortejaba a la muchacha y que yo me dejaba seducir hasta el punto de no poder pasar una sola velada sin ella; olvidé sus hermosos ojos que, día y noche no abandonaban mi pensamiento; olvidé hasta su recuerdo y su voz armoniosa. Olvidé, en fin, las dulces veladas de verano, que no volverán jamás, ni para mí, ni para ella. Todo cayó bajo el peso de mi diabólico orgullo, despertado por una frase estúpida de un padre zopenco.

Encolerizado, salí, monté en la Zorka y regresé jurando burlarme de ese caballero que osaba, sin mi consentimiento, colocarme entre los pretendientes de su hija.

«¡Viene perfectamente que Pavel Ivanovich la quiera! Comenzó antes que yo y estaba calificado de pretendiente antes que yo. No quiero molestarlo.»

Desde entonces no aparecí ni una sola vez en casa de Kalinin, aunque pasé momentos de angustia, y aunque mi alma, destrozada, deseó muchas veces renovar el pasado. Pero todo el distrito conocía la ruptura, y sabía que yo «huía del matrimonio». ¿Podía mi orgullo ceder?

Si el juez (¿quién sabe?) no hubiera pronunciado aquella frase, y si, por naturaleza, no fuera yo tan neciamente quisquilloso, quizá no hubiera tenido necesidad de volver el rostro hacia ella, ni ella de mirarme tan tristemente. Pero más valían esas miradas y ese sentimiento de ofensa y reproche que lo que vi en sus ojos algunos meses después de nuestro encuentro en la iglesia. El infortunio que leí en el fondo de sus ojos negros no fue sino el principio de un atroz desastre que se llevó de la superficie de la tierra a esta muchacha.

10

PARTÍ de Tenieievo por la ruta que había seguido por la mañana. Era el mediodía. Carros y coches, igual que a la mañana, me alegraban el oído con el ruido seco de sus ruedas y el metálico repicar de sus cascabeles. Franz pasó con su barril de vodka, ahora lleno sin duda. Me miró de nuevo con sus ojitos perversos y llevó la mano a la visera. Su gesto áspero me disgustó, pero esta vez la impresión desagradable que me causaba su vista fue borrada, como por encanto, por la hija del guardabosque, que me alcanzó con su pesado faetón.

—¡Déjeme subir! —le grité.

Consintió alegremente y detuvo la marcha. Subí, y el vehículo partió con estruendo por el camino que atravesaba, casi en la distancia de una legua, el bosque de Tenieievo.

Nos miramos en silencio, durante dos o tres minutos.

«¡Qué hermosa es! —pensaba yo examinando su cuello fino y su enérgica barbilla—. Entre Nadennka y ella, elegiría a ella. Es más natural, más fresca; es de un temperamento más altivo, más “generoso”. Puesta en buenas manos, podría hacerse algo con ella. La otra es triste y caprichosa. Ésta tiene ingenio.»

A los pies de Olennka había dos cortes de género y varios paquetes.

—¡Cuántas compras! —le dije—. ¿Qué necesidad tiene usted de tanto género?

—Necesito mucho más —respondió—. Compré esto de paso. No puede usted imaginar todo lo que tengo que hacer. Esta mañana, durante una hora, recorrí la feria y mañana iré a la ciudad para otras compras. Después, coser todo eso. Dígame, ¿no hay entre las mujeres que usted conoce alguna que trabaje por día?

—No creo. Pero ¿qué necesidad tiene usted de tantas compras y de tanta costura? Su familia no es numerosa. Dos personas y nadie más.

—¡Qué raros son los hombres! No entienden nada. Si usted se casara, ¿le gustaría que su mujer anduviera andrajosa? Yo sé que Piotre Iegorych no carece de nada; por eso es conveniente mostrarse buena ama de casa desde el primer día…

—¿Qué tiene que ver aquí Piotre Iegorych? —pregunté.

—¡Hum! ¡Ríe usted, como si no supiera nada! —dijo Olennka, ruborizándose levemente.

—¿Por qué es tan enigmática, Olennka?

—Pero ¿realmente no sabe nada? Me caso con Piotre Iegorych.

—¿Usted se casa? —pregunté en el colmo del asombro—. ¿Con Piotre Iegorych?

—¡Pero, por Dios! ¡Con Urbenín!

Miré su rostro que reía y enrojecía.

—¿Usted se casa? ¿Se casa con Urbenín? ¡Qué muchacha chistosa!

—¡No es ningún chiste! ¡Y no comprendo qué burla puede haber en ello!

—¿Usted se casa con Urbenín? —repetí, palideciendo sin saber por qué—. Si no es una burla, ¿qué es?

—¡Ninguna burla! No veo qué pueda tener de extraño —dijo Olennka, con un gesto de disgusto.

Hubo un minuto de silencio. Miré la linda muchacha, su cara joven, casi infantil, y me asombré de que fuera capaz de bromear de tan extraña manera. Súbitamente imaginé a Urbenín al lado de ella, gordo, rojizo, con las orejas como biombos, con unas manos rudas que sólo serían capaces de lastimar ese dulce y joven cuerpo de

mujer, que comenzaba a vivir. ¿Era posible que la idea de semejante cuadro no aterrorizara a esta hermosa hada de los bosques que contemplaba poéticamente el cielo, surcado de relámpagos, mientras la tempestad rugía furiosamente? Yo estaba turulato.

—Es verdad que es un poco viejo —suspiró Olennka—; pero me quiere. Estoy segura de su amor.

—No se trata de la seguridad de su amor, sino de la felicidad.

—Yo seré feliz con él. Está en buena posición, gracias a Dios. No es ni indigente ni mendigo. Y es noble. Seguramente, no estoy enamorada de él, pero ¿acaso son sólo felices los que se casan por amor? Conozco bien esos casamientos.

—Niña —le dije, mirando con terror sus ojos claros—: ¿cuándo ha tenido usted tiempo de llenarse la cabeza con la infame sabiduría de la vida? Comprendo el espíritu burlón, pero ¿dónde ha aprendido usted a burlarse de esta manera tan brutal y madura? ¿Dónde y cuándo?

Olennka me miró asombrada y se encogió de hombros.

—No comprendo lo que usted dice —contestó—. ¿Le es desagradable que una muchacha se case con un viejo? ¿Es eso?

Súbitamente se sonrojó, se apretó nerviosamente la barbilla, y sin esperar respuesta prosiguió:

—¿No le gusta eso? Venga usted mismo entonces a nuestro bosque, a ese horrible tedio, donde sólo hay cernícalos y un padre loco. Y espere que venga un novio joven. La otra noche le gustó nuestra casa, pero véala en invierno, cuando uno sería feliz si llegara algo, aunque fuera la muerte.

—¡Oh! ¡Pero todo eso es absurdo, Olennka! Usted no reflexiona. Si no es una broma, no sé realmente qué decir. Es mejor que calle antes de decir esas cosas. Yo, en su lugar, me colgaría de un buen álamo. ¡Ah! ¿Y sonríe?

—Por lo menos, con su dinero haré atender a mi padre.

—¿Cuánto necesita para su padre? —exclamé—. Yo le presto el dinero. ¿Cien rublos? ¿Doscientos? ¿Mil? Usted oculta la verdad, Olennka. No es la salud de su padre lo que la preocupa.

Las novedades que Olennka me comunicaba me turbaron hasta el punto de no advertir que el vehículo, después de dejar atrás mi pueblo, entraba en el patio de la casa del conde y, se paraba en la puerta de Urbenín. Vi correr a los niños y percibí la cara sonriente de Piotre Iegorych, que se precipitaba para ayudar a la muchacha; salté a tierra y, sin decir palabra, corrí hacia la casa. Otra novedad me esperaba.

—¡Llegas a tiempo! —dijo el conde, cosquilleándome las mejillas con sus largos bigotes—. No podías elegir mejor momento. Acabamos de sentarnos a la mesa. ¿Conoces al señor, verdad? Ya habrán tenido sus discusiones de orden judicial. ¡Ah! ¡Ah!

El conde me indicó dos señores que sentados en sendos y mullidos sillones comían carne fría. Tuve el disgusto de reconocer en uno de ellos al juez de paz Kalinin, y en el otro, un viejo de pelo gris, casi calvo, a uno de mis buenos amigos, el propietario Babaiev.

Después de los saludos, miré a Kalinin con sorpresa. Sabía cuánto detestaba a Karnieiev y los cuentos que repartía sobre aquél en cuya casa ahora comía, bebiendo un licor de diez años. ¿Cómo un hombre honesto podía explicar esta visita?

El juez sorprendió mi mirada y, aparentemente, comprendió mis pensamientos.

—Consagro este día a las visitas —me dijo—; hago una recorrida por el cantón. Y he pasado, como usted ve, por la casa de Su Excelencia…

El criado sirvió el cuarto plato. Me senté, tomé una copita de vodka y me puse a almorzar.

—Es una lástima, Excelencia —dijo Kalinin, reanudando la conversación interrumpida por mi llegada—. Para nosotros, gente humilde, no tiene importancia, pero para usted, hombre rico, instruido…

—Es verdad —convino Babaiev.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Nicolai Ygnatych me da una buena idea —dijo el conde, señalándome al juez—. Yo me quejaba de mi aburrimiento…

—Se queja de su aburrimiento —interrumpió Kalinin—. Tristeza, pena, desencanto. Una especie de Oneguin[6]. Y usted es el único culpable, Excelencia —le decía yo—. Para entretenerse, ocúpese en algo. Ocúpese en agricultura, para la cual posee una propiedad excelente, maravillosa. Me contesta que tenía justamente la intención de ocuparse de los campos, pero que, a pesar de todo, se aburre. Le falta, si puede decirse así, un elemento excitante, diversiones, quizá le falten emociones…

—¿Y qué idea le ha dado usted?

—Ninguna, propiamente hablando; pero me atreví hacer a Su Excelencia un reproche. ¿Cómo es posible, le dije, que una persona tan joven, tan instruida, tan brillante, pueda vivir en semejante soledad? ¿No es pecado? No sale nunca, no recibe a nadie, nadie lo ve, como si fuera un viejo o un ermitaño. ¿Qué le costaría dar su casa, ofrecer reuniones, fijar un día, por así decir?

—¿Fijar un día para qué?

—¿Cómo? Por lo pronto, para organizar veladas. Su Excelencia trabará conocimiento con la sociedad; la estudiará, en cierto modo. En segundo lugar, la sociedad tendrá el honor de conocer de cerca a uno de los más ricos propietarios de los alrededores. Intercambio de ideas, de conversaciones, de alegría. Mirando bien: ¡cuántas señoritas cultas y caballeros hay por aquí! ¡Qué hermosas veladas musicales podrían organizarse! ¡Qué bailes y qué jiras! La mansión del conde tiene vastos salones, un jardín, bosques. Podrían organizarse espectáculos y conciertos tales como nunca se han soñado en este distrito. Y todo esto se pierde inútilmente, se hunde en la tierra. Si yo tuviera la fortuna de Su Excelencia, mostraría a la gente cómo hay que vivir. Y dice que la vida es aburrida. Es como para tener vergüenza…

Y Kalinin parpadeó como si realmente tuviera vergüenza.

—Es verdad —dijo el conde, levantándose—. Puedo organizar hermosas veladas, conciertos, espectáculos. Será delicioso. Y esas veladas pueden tener una influencia educativa, ¿no es así?

—Seguramente —aprobé yo—. Bastará que nuestras señoritas miren tus bigotes para que alcancen el espíritu de civilización.

—¡Siempre te ríes, Serioja! —dijo el conde, ofendido—. Pero nunca das un consejo de amigo. ¡Te diviertes con todo! ¡Ya es tiempo de que pierdas esos hábitos de estudiante!

El conde se puso a andar de un lado a otro y con largos y aburridos argumentos trató de demostrarme la utilidad que podrían tener esas reuniones. La caza, por ejemplo, podría fundir en un bloque las mejores fuerzas sociales del distrito.

—Volveremos a hablar de esto —dijo Karnieiev a Kalinin, al separarse después del almuerzo.

—¿Entonces, Excelencia, podemos esperar…?

—Seguramente, seguramente… Estudiaré la idea, ensayaré. Me siento muy feliz con esta idea; divúlguela.

Era de ver la beatitud que reflejaba el rostro del juez cuando subió a su coche y gritó: «¡Vamos!». Era tan feliz que olvidó nuestras divergencias, me llamó «querido amigo» y me estrechó fuertemente la mano.

Después de la partida de los invitados, el conde y yo volvimos a sentarnos y continuamos comiendo. A las siete levantaron los cubiertos y prepararon la cena. Los jóvenes borrachos saben abreviar los entreactos. Nosotros no habíamos cesado de beber y de pellizcar para mantener nuestro apetito, que hubiera desaparecido si hubiéramos terminado de comer del todo.

—¿Has enviado hoy dinero a alguien? —pregunté al conde.

—A nadie.

—Dime, tú: ¿cómo lo llamas?… Tu nuevo amigo, Casimir Gaitanych, ¿es hombre rico?

—No, Serioja. Es hombre pobre… Pero, en cambio, ¡qué alma, qué corazón! Haces mal en hablar de él con desprecio, y en atacarlo. Hay que aprender a conocer a la gente… ¿Tomamos otro?

Chejosky regresó para comer. Al verme frunció las cejas y, después de haber dado una vuelta, prefirió subir a su cuarto.

Pretextando un dolor de cabeza, rehusó comer, pero no protestó cuando el conde le aconsejó comer en la cama.

Al segundo plato entró Urbenín. Casi no lo reconocí. Su ancha cara roja brillaba de placer. Una sonrisa de satisfacción parecía explayarse hasta sus orejas y sobre sus gruesos dedos, con los que ajustaba a cada instante su corbata nueva.

Informó al conde de que una vaca estaba enferma.

—Mandé a buscar al veterinario, pero no está. ¿No habría que llamar a uno de la ciudad, Excelencia? Si yo lo llamo no me hará caso; pero si usted le escribe, será otra cosa. No sé qué tiene la vaca; puede ser nada como puede ser algo serio.

—Bueno, escribiré —gruñó el conde.

—Lo felicito, Piotre Iegorych —dije a Urbenín, tendiéndole la mano.

—¿Por qué, señor?

—Usted se casa.

—Sí, sí, figúrate —empezó el conde, guiñando un ojo y mirando a Urbenín, que enrojecía—: se casa, ¿qué te parece? ¡Ja! ¡Ja! ¿Y sabes con quién? Debimos adivinarlo el otro día. Pensamos que algo anormal pasaba en su corazón. Contemplándolos a los dos, Serioja dijo: «¡Ese hombre está enamorado!». ¡Ja! ¡Ja! Cene con nosotros, Piotre Iegorych.

Urbenín se sentó respetuosamente e hizo señas a Ilya de servir el caldo. Yo le serví un vaso de vodka.

—No bebo, señor —me dijo.

—¡Vamos! Usted bebe más que nosotros.

—Bebía, pero ahora no bebo más —dijo, sonriendo—; no debo beber más. ¡A ningún precio! Gracias a Dios, todo sucedió bien; todo se cumplió de la manera que mi corazón deseaba y aun mejor.

—Entonces —dije, sirviéndole jerez—, beba esto para festejarlo.

—Eso sí, con placer. En realidad, yo bebía demasiado, puedo ahora confesarlo; bebía a veces de la mañana a la noche. Apenas en pie me acordaba… y, naturalmente, me acercaba al armario. Pero ahora, gracias a Dios, no tengo más penas que ahogar.

Urbenín bebió su vaso de jerez. Yo le serví otro. Lo bebió también y poco a poco se embriagó.

—Es como para no creer —dijo, echándose de pronto a reír con una risa feliz, infantil—; miro este anillo y me acuerdo de las palabras con que ella acompañó su consentimiento. Casi no lo creo. Es casi ridículo. ¿Podía yo, a mi edad, con mi físico, esperar que esta muchacha se convirtiera en mi…, en la madre de mis huérfanos? Es hermosa, como ustedes se han dignado admitirlo. Un ángel encarnado. Todo esto tiene algo de prodigio. ¿Me ha servido otro vaso? Bueno, el último. Bebía porque me aburría; ahora bebo porque soy feliz. ¡Lo que he sufrido, señores! ¡Las desdichas que he tenido que soportar! La conocí hace un año y pueden creerme si les digo que, después de eso, no dormí una noche tranquilo, no pasé un día en que no ahogara en aguardiente mi estúpida debilidad. La miraba, por ejemplo, por la ventana, la admiraba y me arrancaba los cabellos: ¡Era como para ahorcarse! Pero me arriesgué a hacer la proposición y fue como un mazazo. ¡Ja! ¡Ja! No lo quería creer. Ella contestó: «Acepto». Y yo esperaba que dijera: «¡Vaya al diablo, viejo carcamal!». Sólo me persuadí cuando me besó.

Al recuerdo del primer beso de Olennka, el quincuagenario Urbenín cerró los ojos y se sonrojó como un niño. Era repugnante…

—Señores —nos dijo, con mirada tierna—. ¿Por qué no se casan ustedes también? ¿Para qué gastar en vano la existencia, para qué tirarla por la ventana? ¿Por qué apartarse de lo que constituye el mejor bien de este mundo? Los placeres de la depravación no dan ni la centésima parte de lo que puede dar la pacífica vida de familia. Créamelo, Excelencia. Lo mismo le digo, Sergio Petrovich. Y Dios es testigo de que los quiero a los dos. Perdónenme estos consejos tontos, pero deseo su felicidad. ¿Por qué no se casan? La vida de familia es el bien. Es el deber de cada uno.

Se me hizo odiosa la vista de ese viejo satisfecho y enternecido, que se casaba con una joven hermosa, y nos aconsejaba cambiar nuestra vida; era como una burla.

—Sí, estoy de acuerdo —le dije—; la vida de familia es un deber. ¿Cumplirá usted ese deber por segunda vez?

—Sí, por segunda vez. Por otra parte, yo amo la vida de familia. Soltero o viudo es como vivir a medias. Dígase lo que se diga, el matrimonio es una gran cosa, señores.

—Evidentemente. ¿Aun cuando el marido tiene tres veces la edad de la mujer?

Urbenín enrojeció. Su mano, que llevaba la cuchara a la boca, tembló y el caldo cayó en el plato.

—Comprendo, Sergio Petrovich —musitó—; gracias por su franqueza. A veces me pregunto si no es una debilidad dejarme llevar por esto. Pero ¿cómo pensar y resolver problemas cuando uno se siente feliz en todo instante, cuando uno olvida su edad y su fealdad? ¡*Homo sum*, Sergio Petrovich! Y cuando pienso en nuestras diferencias de edad me tranquilizo como puedo; me parece que yo le doy la felicidad a Olga. Le doy un padre y, a mis hijos, les doy una madre. Por otra parte, todo esto es como una novela y mi cabeza da vueltas. Usted ha hecho mal haciéndome beber jerez.

El administrador se levantó, se limpió la cara con la servilleta y volvió a sentarse. Bebió el vaso de un trago y me miró largamente, como si implorara perdón; después le entró un temblor, y se echó a llorar como un niño.

—¡No es nada! —murmuró, dominando los sollozos—. No hagan caso. Al escuchar a usted, mi corazón tuvo un presentimiento. No; no es nada.

El presentimiento de Urbenín se cumplió. Tan pronto, que yo no tengo tiempo de cambiar de pluma para empezar una nueva página. A partir del próximo capítulo, mi apacible musa cambiará su expresión tranquila por una expresión de cólera y de tristeza. El prólogo ha terminado; el drama comienza.

La voluntad criminal del hombre reclama sus derechos.

11

ME ACUERDO de un hermoso domingo. El sol de la mañana entra por las ventanas de la iglesia del conde, y un débil rayo de luz, donde flotan minúsculas nubes de incienso, cruza el templo. El grito de las golondrinas y de los estorninos llega por las ventanas y las puertas abiertas. Un gorrión audaz entra por la puerta y sale por la ventana, después de haber volado piando sobre nosotros. También hay cantos en la iglesia. Son los coros entusiastas que entonan nuestros cantores ucranianos cuando se sienten los héroes del momento y todo el mundo los mira. Los motivos son generalmente alegres, como los rayos del sol que caen sobre las paredes y sobre los vestidos de los asistentes. A través de la melodía nupcial mi oído sorprende en la voz del tenor, poco cultivada, pero dulce y fresca, una ligera nota de tristeza, como si sufriera viendo a Urbenín al lado de la hermosa y poética Olennka.

Pero el tenor no es el único que sufre al ver esa pareja. Aun en los rostros que parecen indiferentes y alegres, hasta un idiota leería la piedad.

Vestido con un frac nuevo, estoy de pie detrás de la novia y sostengo sobre su cabeza la corona nupcial. Estoy pálido y molesto. Parece que mi cabeza va a estallar, a causa de una fiesta de la víspera y de un paseo por el lago. Y miro a cada instante si mi mano no tiembla al sostener la corona. Estoy incómodo y aterrado, como si estuviera en un bosque, una noche de lluvia, en otoño… Tengo asco,

estoy triste, angustiado. Mi corazón está desgarrado por extraños remordimientos. Algo me cuchichea, desde el fondo del alma, que si el casamiento de Olennka es un pecado, yo soy el culpable.

¿De dónde pueden venir semejantes ideas? ¿Podría yo haber salvado a esta tontuela de un riesgo que ella misma no comprende?

«—¡Quién sabe! —me dice la voz desde el fondo del alma—; tú puedes saberlo mejor que nadie.»

«—Es verdad. He visto, en mi vida, gran número de matrimonios como éste; he leído muchas novelas sobre ese tema; conozco, en fin, la fisiología que condena estos matrimonios; pero nunca experimenté lo que ahora siento. Si sólo la piedad turba mi alma, ¿por qué no la experimenté en otros casos?»

«—Esto no es Piedad —murmura la voz—, es que estás celoso.»

Pero no podemos estar celosos sino de lo que amamos. ¿Amo yo a la muchacha de rojo? Si fuéramos a amar a todas las muchachas sublunares con que tropezamos, el corazón no daría abasto. Y sería demasiado hermoso.

El conde Karnieiev está cerca del armario del vendedor de cirios. Éste es un individuo relamido, lleno de pomadas, oloroso. Parece un verdadero querubín, de tal modo que al verlo no puedo contenerme y le digo:

—Tienes el aire, Alexis, de un conductor ideal de cuadrilla.

Saluda con un gracioso gesto a cada persona que entra o que sale. Escucho los pesados cumplidos con que agradece a toda mujer que le compra un cirio. El niño mimado de la suerte, que nunca ha tenido en sus manos una moneda de cobre, hace girar en sus dedos piezas de tres y de cinco *kopeks*. Cerca de él, acodado en el armario, perora el majestuoso Kalinin, luciendo la Orden de San Estanislao. Está resplandeciente y feliz, porque su idea de los «días fijos» ha caído en terreno favorable. Desde el fondo del alma agradece a Urbenín. Aunque ese casamiento sea absurdo, lo encuentra bien porque sirve de pretexto para la primera reunión.

La vanidosa Olennka debería regocijarse. Desde el facistol a la puerta santa del iconostasio están, en dos filas, los representantes

más conocidos de nuestro distrito. Algunos están ataviados como si se casara el mismo conde; no pueden desearse más hermosos trajes. La aristocracia está en mayoría. Ninguna mujer de clérigo, ni de mercader. Hay mujeres a las que poco antes Olennka no se sentía con derecho a saludar. Su prometido es un administrador, un servidor privilegiado; pero su vanidad no tiene nada que sufrir: es noble y posee, en el distrito vecino, una propiedad hipotecada. Su padre fue herrador de la nobleza de un distrito, y él mismo es, desde hace nueve años, juez de paz en su distrito natal. ¿Qué otra cosa podría desear la hija de un caballero con título? Epicúreo y Don Juan famoso en toda la zona, también su padrino puede halagar su altivez. Es el punto de mira de todos los asistentes. Hace más efecto que cuarenta mil otros padrinos; y lo que es más importante, no rehusó serlo por ella, en tanto rehúsa ese honor a las aristócratas.

Pero la vanidosa Olennka no se regocija. Está pálida, y su mano, que sostiene el cirio, tiembla ligeramente. También su mentón tiembla de tiempo en tiempo. Sus ojos tienen una expresión de estupor, como si súbitamente algo la asombrara extraordinariamente. No le quedan ni rastros de la alegría que irradiaba la víspera, cuando corría por el jardín contando la clase de papel que prefería para su salón o cuáles serían sus días de recibo. Su rostro está serio; mucho más de lo que obliga la solemnidad presente.

Urbenín, con su traje nuevo, está convenientemente vestido; pero lleva un peinado como los ortodoxos de 1812. Está rojo y serio, como de costumbre. Se le ve orar y se adivina que los signos de la cruz que hace después de cada: *¡Señor, apiádate de nosotros!* no son maquinales.

Detrás de mí, están Gricha y la rubia Sacha, los hijos del primer matrimonio de Urbenín. Miran con interrogación la nuca roja y las orejas proyectadas hacia adelante de su padre. No comprenden qué necesidad tiene de «tía Olia» ni por qué la quiere llevar a su casa. Sacha está atónita, en tanto que Gricha, que tiene catorce años, está sombrío y mira hacia abajo. Si su padre le hubiera pedido permiso para casarse, se lo habría rehusado.

El casamiento fue celebrado con extraordinaria magnificencia. Tres curas y dos diáconos oficiaban. El servicio fue tan largo que mi mano se fatigó de sostener la corona y las damas se cansaron de mirar a los novios. El cura decano dijo las plegarias con modulaciones y dilaciones, sin saltearse una sola. Los ojos sobre sus cuadernos de música, los chantres cantaron. El diácono aprovechó la ocasión de hacer valer su octava y recitó con mortal lentitud los Hechos de los Apóstoles.

El decano me retiró, por fin, la corona de las manos; los recién casados se besaron; la concurrencia se agitó. Hubo un cambio de felicitaciones, de besos, de exclamaciones. Urbenín, sonriente, radiante, ofreció su brazo a Olennka, y salimos de la iglesia.

12

SI ALGÚN concurrente a la ceremonia encuentra esta descripción incompleta e inexacta puede atribuir las lagunas a mi dolor de cabeza y al estado de alma de que hablé; si hubiera sabido que iba a escribir una novela, habría tratado de dominar mi dolor de cabeza y de observar con más atención los detalles de la ceremonia.

El destino se complace muchas veces en gastarnos bromas amargas. Apenas el cortejo, radiante bajo el sol, se aprestaba a dirigirse a la casa del conde, Olennka dio repentinamente un paso hacia atrás, se detuvo y sacudió con tanta fuerza el brazo de su marido que éste vaciló.

—¡Lo han dejado salir! —exclamó, mirándome con terror.

Por un camino del jardín, gesticulando y con ojos extraviados, corría su padre; el demente, con su bata de algodón y arrastrando sus chancletas, ofrecía un cuadro lamentable. Sus cabellos flotaban en el viento y llevaba el camisón desabrochado.

—¡Olennka! —gruñó, al llegar frente a nosotros—. ¿Por qué te fuiste?

Olennka enrojeció y miró de reojo a las mujeres, que sonreían; no podía de vergüenza.

—¡Mitka no cerró las puertas! —gritó—. ¡Entrarán ladrones! ¡La otra vez nos robaron el samovar! ¡Qué quieres que nos roben ahora!

—No sé quién lo ha dejado salir —susurró Urbenín—; yo había ordenado encerrarlo. Hágame el favor, Sergio Petrovich, de sacarnos

de esta situación.

—Yo sé quién ha robado su samovar —dije a Skvorsov—. Se lo voy a enseñar. Venga.

Tomé al guardabosque por el brazo y lo arrastré hacia la iglesia. Junto al cerco conversé con él y, cuando calculé que el cortejo debía de haber llegado a la casa, lo dejé plantado.

El encuentro del loco fue olvidado muy pronto. La suerte reservaba a los recién casados otra sorpresa, mucho más asombrosa.

Una hora después almorzábamos sentados en largas mesas. A los que estábamos habituados a las telas de araña, a la suciedad de la casa y a los gritos de los gitanos, nos resultaba curiosa esta multitud prosaica, que rompía con su charla vacua el silencio de las piezas solitarias. El ruidoso gentío hacía pensar en una bandada de estorninos abatiéndose para reposar sobre un viejo cementerio, o en un grupo de cigüeñas —que me perdone la comparación este noble pájaro—, lanzándose, en el crepúsculo de un día de migración, sobre las ruinas de un castillo abandonado.

Yo odiaba a esta multitud que con frívola curiosidad observaba la menguante fortuna en peligro de los condes Karnieiev. Los muros cubiertos de mosaicos, los cielo rasos esculpidos, los tapices de Persia y el mobiliario Luis XV, suscitaban el estupor y el entusiasmo. La cara monstruosa del conde relucía de satisfacción. Creía que todas las lisonjas de sus huéspedes le eran debidas, aunque no había hecho nada para merecer sus propiedades ni para impedir su abandono; por el contrario, se hubiera sorprendido mucho si alguien le hubiese enrostrado su bárbara indiferencia hacia una propiedad que durante décadas levantaron sus antepasados. En cada losa de pálido mármol, en cada cuadro, en cada rincón del jardín, sólo un ciego o un pobre de espíritu podía no ver el sudor y el llanto de trabajadores cuyos hijos vivían ahora en las humildes chozas del pueblo. Y aunque entre la concurrencia había personas ricas e independientes, que podían decir la verdad más cruda, nadie se animó a declarar al conde que sus modales orgullosos eran necios y

fuera de lugar. Todos encontraron obligatorio quemar un incienso mediocre y sonreír lisonjeramente.

Urbenín también sonreía, pero por otras razones. Sonreía cortésmente, con respeto y felicidad infantil. Como el mayor de los Risler, en la novela de Daudet, cuando se frota las manos, satisfecho, Urbenín miraba a su mujer y, en el cúmulo de sensaciones que lo asaltaban, se formulaba mil preguntas.

«¿Quién hubiera creído que una joven hermosa como ésta quisiera a un viejo como yo? ¡Qué incomprensible es el corazón femenino!»

Y hasta tuvo la audacia de dirigirse a mí con aire superior.

—¡Qué siglo curioso! ¡Ja! ¡Ja! ¡Arrebatar un viejo a la juventud, en sus propias barbas, un hada semejante! ¿Dónde tenían ustedes los ojos? ¡Ja! ¡Ja! ¡Sí, la juventud ya no es lo que era antes!

Estaba agradecido y nervioso; se levantaba a cada instante, brindaba con el conde y decía con voz temblorosa:

—Su Excelencia conoce mis sentimientos; ha hecho tanto por mí que mi cariño por usted no es nada al lado de todo eso. ¿Cómo he merecido tantas atenciones? Puede creerme que mi memoria no lo olvidará nunca, del mismo modo que no olvidará este día, el mejor de mi vida…

Era visible que el elocuente respeto de su marido no era muy agradable a Olennka. Sentía la pesadez de sus palabras, que despertaban sonrisas en los invitados. A pesar de la copa de champaña que había bebido, no estaba alegre; la misma palidez que en la iglesia, el mismo terror en los ojos. Silenciosa, respondía con indolencia, sonreía forzadamente a los elogios del conde y tocaba apenas los delicados manjares. Cuanto más feliz se proclamaba Urbenín, tanto más triste me parecía el bello rostro de su mujer. Me daba pena mirarla y traté de mantener los ojos en mi plato. ¿Cómo explicar esa tristeza? ¿El arrepentimiento comenzaba a torturar a la muchacha? ¿O quizá su vanidad esperaba una pompa aún más extraordinaria?

Al terminar el almuerzo fijé la vista sobre ella y me sentí turbado hasta el fondo del alma. Olennka hacía esfuerzos desesperados por contestar una frase del conde; los sollozos se amontonaban en su garganta y no retiraba el pañuelo de la boca. Nos miraba tímidamente, como un animal asustado.

—¿Por qué esa cara de disgusto? —le preguntó el conde—. ¡Eh! ¡Piotre Iegorych, usted tiene la culpa! ¡Vamos, distraiga a su mujer! ¡Señores, exijo un beso! ¡Ja! ¡Ja! No un beso para mí, evidentemente. ¡Que la pareja se bese! ¡Amargo![1]

—¡Amargo! —gritó Kalinin.

Urbenín se levantó con una ancha sonrisa. Olennka, obligada por los gritos y las exclamaciones, se levantó a medias y entregó a Urbenín sus labios inertes. Su marido los besó; Olennka apretó los labios, como si temiera ser besada de nuevo y me miró. Mi mirada fue aparentemente desabrida, pues la muchacha se sonrojó y llevó su pañuelo repetidas veces a la cara, para disimular su molestia. Se me ocurrió que, delante de mí, ella se avergonzaba de ese casamiento, de ese beso.

«¿Qué tenemos de común?», me interrogué. Sin embargo no dejé de mirarla, tratando de adivinar la razón de su turbación.

La joven no me sostuvo la mirada. Su rubor desapareció, pero de sus ojos surgieron lágrimas, verdaderas lágrimas, como yo hasta entonces no había visto derramar.

Con el pañuelo sobre el rostro se levantó y salió del comedor.

—Olga Nicolaevna tiene dolor de cabeza —traté de explicar—. Ya esta mañana se quejaba.

—A otro con ese cuento —dijo el conde, burlón—. El dolor de cabeza no tiene nada que ver. La causa de todo es el beso. Ha tenido vergüenza. Señores: aplico al nuevo esposo una seria reprimenda; no ha acostumbrado a su novia a los besos. ¡Ja! ¡Ja!

Los concurrentes, entusiasmados por el rasgo de humor del conde, se echaron a reír. Pero no había de qué reírse.

Pasaron cinco, diez minutos, y la recién casada no volvía. Se produjo un silencio molesto. El conde dejó de bromear. La ausencia

de Olennka era tanto más evidente cuanto que había partido sin decir palabra. Había salido como disgustada porque la forzaron a besar a su marido. No podía admitirse que experimentara vergüenza. La vergüenza dura un minuto o dos, pero no una eternidad. Y una eternidad nos parecieron los primeros diez minutos de su ausencia.

¡Cuántos malos pensamientos pasaron por la imaginación de los confundidos señores y cuántas habladurías prepararon las encantadoras damas! La recién casada se levanta de la mesa y desaparece ¡Qué magnífica escena para una novela del «gran mundo» de nuestro distrito!

Urbenín miraba a todos lados con inquietud.

—¡Los nervios! —refunfuñó—. O, quizás, algo que anda mal en su vestido. ¡Hay que conocer a las mujeres! ¡Vendrá en seguida! ¡En un instante!

Pasaron otros diez minutos, y Olennka no aparecía. Urbenín me miró con ojos de súplica; su gesto me apenó.

«—¿No podía ir yo a buscarla? —preguntaban sus ojos—. ¿No podría usted ayudarme a salir de esta horrible situación? Usted es el hombre más inteligente, más osado, el que tiene más tino para estas cosas; ¡ayúdeme!»

Yo escuché la plegaria de sus ojos tristes y decidí ayudarlo.

El lector verá de qué manera…

13

DIRÉ solamente que el oso servicial de la fábula de Krylov pierde a mis ojos toda majestad animal y se reduce a un inocente infusorio cuando lo comparo conmigo, en el papel de tonto benefactor. El parecido entre el oso y yo sólo consiste en esto: los dos quisimos realmente hacer un favor… Pero la diferencia es enorme… La piedra con que golpeé a Urbenín es incomparablemente más pesada.

—¿Dónde está Olga Nicolaevna? —pregunté al criado que me servía.

—Salió al jardín —me contestó.

—Señoras —dije en tono chistoso dirigiéndome a las damas—. Éste es un caso único. La recién casada ha desaparecido; hay que encontrarla y traerla aunque esté con dolor de muelas. Un padrino tiene que servir para algo; yo la buscaré.

Ante los ruidosos aplausos del conde me levanté y salí al jardín. Mi cabeza, congestionada por el alcohol, recibió el choque de los rayos ardientes y verticales del sol de mediodía. Sentí un calor sofocante. Caminé al azar por uno de los senderos laterales, silbando y dejando en libertad a mis facultades de juez de instrucción rebajado a mero *detective*. Exploré todos los matorrales, los bosquecillos y las grutas y ya me arrepentía de no haber empezado por otro lado, cuando sentí ruidos extraños. En una de las grutas todavía no visitadas, alguien reía o lloraba. Rápidamente entré y, en medio de una atmósfera con olor a moho, encontré a la muchacha.

Apoyada en una columna de madera cubierta de moho negro, Olennka levantó hacia mí sus ojos llenos de terror y desesperación. Sus lágrimas caían como de una esponja mojada.

—¡Qué he hecho, Dios mío! —suspiró—. ¡Qué he hecho!

—Sí, Olia —le dije parándome delante de ella y cruzando los brazos—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Por qué me casé? ¿Dónde tenía yo la cabeza?

—Sí, Olia, es difícil explicar su decisión.

—¡Oh! ¡Por qué no lo comprendí ayer! Ahora todo está perdido… Y hubiera podido casarme con el hombre que yo quisiera y me quisiera.

—¿Quién, Olia? —pregunté.

—¡Usted! —me dijo, mirándome de frente, con franqueza—. Pero me apresuré, fui una tonta. Usted es rico, me parecía inalcanzable.

—Basta, Olia —le dije, tomándole una mano—. Séquese esas lágrimas y volvamos. En el comedor la esperan. Basta, no llore más…

Le besé la mano. Luego le dije:

—Basta, muchacha; has hecho una tontería y tienes que pagar las consecuencias. Tú tienes la culpa… Cálmate.

—Entonces, ¿me quieres? —contestó—, ¿me quieres?

—Tenemos que volver, querida —le dije, notando sólo entonces que la había tomado por la cintura y que la besaba—. ¡Basta! —murmuré—. ¡Volvamos!

A los cinco minutos, con la cabeza llena de extrañas impresiones, la tomé en brazos y la dejé en la entrada de la gruta. En ese momento vi a Chejovsky. Me miró con insidia y aplaudió ligeramente. Lo miré de arriba abajo, y tomando a Olga del brazo me dirigí hacia la casa.

—Hoy mismo —dije, volviéndome hacia el polaco— usted saldrá de aquí.

Mis besos habían hecho que la cara de Olga ardiera como el fuego. Ya no quedaban rastros de las recientes lágrimas.

—Ahora puedo afrontar cualquier cosa —murmuró, apretándome nerviosamente el brazo—. Esta mañana no sabía dónde esconder mi terror; ahora sé dónde esconder mi felicidad. ¡Qué importa que me espere mi marido! ¡Aunque fuera un monstruo, no me importaría! ¡Te amo y no quiero ver a nadie más!

Miré su rostro radiante de felicidad, sus ojos enamorados, y mi corazón se oprimió al pensar en su porvenir. Su amor por mí no fue sino otro paso hacia el abismo. ¿Cómo terminaría esta muchacha alocada, que no pensaba en el futuro? En ese instante, mi oprimido corazón encontró un respiro en un sentimiento que no puede llamarse piedad ni compasión, porque es más fuerte que las dos. Me detuve, y tomé a Olga por los brazos. Jamás he visto algo más lastimoso. No había tiempo de pensar ni reflexionar. Dominando mis sentimientos, le dije:

—¡Huye conmigo, Olga! ¡Ahora mismo!

—¿Cómo? ¿Qué dices? —contestó, sin comprender mi tono un poco solemne.

—¡Huyamos inmediatamente!

Ella sonrió y me mostró la casa. Yo insistí:

—¡Vamos!

—¡Pero no es posible! Sería muy extraño.

—¿Tienes miedo del escándalo? Sí, será un escándalo extraordinario, enorme. Pero más valen mil escándalos que quedarnos aquí. ¡Yo no te dejaré! ¡No puedo! ¿Comprendes? ¡Olvida tu lógica femenina y escucha! ¡Escúchame si no quieres perderte!

Olga me escuchaba, pero no me comprendía. El tiempo pasaba y era imposible permanecer en el jardín; había que decidir… Apreté contra mi pecho a la «muchacha de rojo», que ahora consideraba mi mujer y pensé profundamente que era *mía* y que su suerte dependía de mi conciencia. Vi que estaría ligado a ella eternamente, sin retorno.

—Escucha, querida —le dije—. Lo que haremos es audaz. Nos malquistará con nuestros amigos, atraerá sobre nuestra cabeza mil injurias, habrá quejas y lágrimas. Arruinará quizá mi carrera, me

creará mil obstáculos insalvables; pero está decidido. Tú serás mi mujer y no quiero otra mejor. ¡Que Dios guarde a los demás! Yo te haré feliz y te cuidaré como a las niñas de mis ojos. Te educaré y haré de ti una mujer. Te lo prometo; en prenda, aquí tienes mi mano.

Yo hablaba con sincero entusiasmo, como un joven actor que despacha el pasaje más emocionante de su papel. Olia tomó la mano que yo le tendía y la besó tiernamente. Pero no era un signo de consentimiento. Sobre su rostro de mujer poco experimentada, que no conoce el valor de las palabras, se expresaba la perplejidad. Ella continuaba sin comprender.

—Me invitas a partir contigo… —dijo reflexionando—. No comprendo bien. ¿No piensas en lo que dirá *él*?

—Pero ¿qué te importa?

—¡Cómo que qué me importa! No digas eso, Serioja. No hablemos más. Me quieres y eso es todo lo que necesito. Con tu amor puedo vivir en el infierno.

—¿Pero?, ¿cómo, tonta?

—Me quedaré aquí; podremos vernos todos los días.

—¡Pero yo no puedo ni siquiera imaginar eso! Olia, escúchame, te quiero tanto que me siento…, no sé…, locamente celoso. Nunca imaginé que pudiera sentir esto.

En cualquier momento podía pasar alguien y sorprendernos, pero nosotros habíamos olvidado toda prudencia.

—¡Vamos! —volví a insistir—. ¡Partamos!

—¡Te parece fácil! —murmuró con un gemido—. ¡Escaparse después del casamiento! ¡Qué dirá la gente!

Había en su rostro tanta vacilación, tanto asombro que, a pesar de mi impaciencia, hice un ademán de renunciamiento y pospuse para más adelante la solución del problema. Por otra parte, no teníamos ya tiempo de seguir hablando. Estábamos en la terraza y escuchamos las voces de los invitados. Delante de la puerta del comedor, Olennka arregló su cabello y su vestido, y entró. No había inquietud en su rostro. Y entró, contra todo lo que yo esperaba, con mucha desenvoltura.

—Señores: les devuelvo la fugitiva —dije, yendo hacia mi silla—; me costó mucho encontrarla. La sorprendí paseando. «¿Qué hace aquí?», le pregunté. «Estaba ahogándome de calor», me contestó.

Olia me miró, dio luego un vistazo a los invitados y a su marido y se echó a reír. Todo se le hizo de pronto alegre y risible. Leí en su cara el deseo de compartir con toda la concurrencia su repentina felicidad.

—¡Soy tonta! —dijo—. Río y no sé por qué. ¡Conde, ría!

—¡Amargo! —gritó Kalinin.

Urbenín tosió y miró a Olia interrogativamente.

—¿Qué? —preguntó ella, frunciendo las cejas.

—Gritan: «¡Amargo!» —dijo Urbenín, sonriendo.

Se levantó y se limpió los labios con la servilleta. Olga se levantó también y le permitió que besara sus labios inmóviles. Ese beso frío atizó más aún el fuego que ardía en mi pecho. Volví la cabeza y, con los labios cerrados, esperé el fin de la comida. Felizmente para mí, terminó en seguida.

—¡Ven aquí! —dije groseramente al conde, acercándome a él después de comer.

Karnieiev me miró con sorpresa y se dejó arrastrar a un cuarto vacío.

—¿Qué quieres? —me preguntó, desabrochando su chaleco y dando una vuelta.

—¡Tienes que elegir: Chejosky o yo! —grité con cólera—. Si no me prometes que ese cobarde va a desaparecer en el término de una hora, no pongo más los pies en esta casa. Te doy medio minuto para contestarme.

El conde dejó caer su cigarro y abrió los brazos, estupefacto.

—¿Qué te pasa, Serioja? —preguntó con ojos atónitos—. Estás demudado.

—¡Basta de palabras inútiles, por favor! ¡No puedo soportar un espía, un canalla como tu amigo Chejosky! ¡En nombre de nuestras buenas relaciones, exijo que parta inmediatamente!

—Pero ¿qué te ha hecho? —preguntó el conde, inquieto—. ¿Por qué lo atacas de ese modo?

—Te pregunto: ¿o yo o él?

—Pero, querido, me pones en una situación muy delicada… Espera… Tienes una pelusa en la chaqueta… Me pides lo imposible.

—¡Adiós! —dije—. ¡No te veré más!

Entré en la antesala, tomé mi abrigo y salí rápidamente. Caminaba hacia la cocina del servicio, a fin de ordenar que ensillaran mi caballo, cuando un encuentro me detuvo: Nadia Kalinin venía hacia mí, con una taza de café en la mano. Era una de las invitadas, pero una impresión curiosa, como de miedo, me había impedido hablarle en todo el transcurso de la comida.

—Sergio Petrovich —me dijo, con una voz muy baja, en el momento en que yo pasaba delante de ella y levantaba ligeramente el sombrero—: espere un instante.

—¿Qué ordena usted? —pregunté, acercándome.

—No tengo ninguna orden que darle —dijo, mirándome fijamente y palideciendo—. Si no está excesivamente apresurado, ¿puedo retenerlo un instante?

—Claro que sí. Realmente no sé por qué lo pregunta.

—En ese caso, sentémonos —continuó; y luego, cuando estuvimos sentados—: Usted ha tratado hoy todo el tiempo de eludirme, como si tuviera miedo de encontrarse conmigo. Por eso, justamente, he resuelto hablarle. Soy altiva y tengo amor propio. No puedo imponerme, pero puedo, una vez en la vida, sacrificar mi orgullo.

—¿Con qué motivo dice eso?

—He decidido interrogarlo hoy sobre algo humillante, que me oprime. Contésteme sin mirarme. ¿Es posible, Sergio Petrovich, que no tenga usted ninguna piedad de mí?

Me miró y giró débilmente la cabeza; su palidez aumentó y su labio superior empezó a temblar.

—Creo, Sergio Petrovich, que usted se ha alejado por una equivocación o un capricho. Me parece que si hablamos

francamente, todo se arreglará. Si no lo creyera, no tendría valor para preguntarle lo que va a escuchar. Soy desgraciada, Sergio Petrovich, usted lo sabe. No vivo… Y, sobre todo, esta vaga imprecisión: no saber si podré esperar. Su conducta es tan incomprensible que no puede extraerse de ella una conclusión. Dígame lo que tengo que hacer. Mi vida tomará entonces un sentido u otro.

—Usted quiere preguntarme algo, Nadejda Nicolaevna —le dije, preparando en el pensamiento una respuesta a lo que presentía.

—Sí; una pregunta humillante. Si alguien nos escuchara pensaría que yo me arrojo en los brazos de los hombres, como la Tatiana de Puchkin.[8] Pero es una pregunta que no puedo callar.

La pregunta era inevitable, en efecto.

Cuando Nadia volvió los ojos para formularla, torció nerviosamente las manos y, con lenta angustia, se animó a pronunciar las fatales palabras.

—¿Puedo esperar? —balbuceó, por fin—. No tema hablar claro. Prefiero cualquier cosa a la indecisión. ¡Bien! ¿Puedo esperar?

Mi estado de espíritu me impedía dar una respuesta razonable. Exaltado por el episodio de la gruta, furioso por el espionaje de Chejosky y la vacilación de Olga, molesto por la conversación estúpida del conde, apenas había escuchado a Nadia.

—¿Puedo esperar? —repitió ella—. ¡Contésteme!

—¡Ah! No estoy con ánimo para respuestas, Nadejda Nicolaevna —dije abrumado, levantándome—; me hallo incapaz de dar una respuesta, cualquiera que ella sea. Perdóneme, no la he escuchado, ni comprendido. Soy un torpe y estoy furioso. Realmente, usted se atormenta en vano.

Con un ademán de fastidio me separé de Nadia. Vuelto en mí, comprendí luego la estupidez y la crueldad de no contestar a su ingenua pregunta. ¿Por qué no lo hice?

14

DI VUELTAS como un lobo enjaulado durante tres días dentro de mi casa, tratando, con todas mis fuerzas, de no salir de ella. No toqué siquiera los papeles que esperaban resolución; no recibí a nadie; discutí con Policarpo y me irrité por todo. No quise visitar al conde y esta obstinación me costó cara. Tomé y dejé cien veces mi sombrero, decidido cada vez a ir al encuentro de Olga costase lo que costase.

¡Qué pusilánime era yo! Un hombre ordinario se hubiera reído de mis razonamientos y hubiese dejado correr la vida sin estorbos. Pero soy extremadamente desconfiado. Me sentía poseído de piedad por Olga y, al mismo tiempo, me aterrorizaba la idea de que ella aceptara mi proposición, hecha en un momento de entusiasmo, y viniera a vivir conmigo *para siempre*, como yo le había ofrecido.

¿Qué hubiera sucedido si ella me hubiese escuchado? ¿Cuánto hubiera durado ese *siempre*? ¡No, no podía ir a buscarla!

Y sin embargo, mi alma volaba hacia ella con violencia. Deseaba intensamente un nuevo encuentro, y la imagen de Olga no me abandonaba un instante; yo sabía que ella me esperaba y moría de angustia por mí.

El conde me enviaba infinitas cartas, más implorantes cada vez. Me suplicaba olvidar y regresar. Se excusaba por Chejosky, me pedía que perdonara a ese hombre «bueno, sencillo, pero un poco tonto». En una de sus últimas cartas me prometía venir a buscarme

y, si yo quería, traer al polaco, que se excusaría «aunque no se sentía en falta». Leía las cartas y, por toda respuesta, pedía al emisario que me dejara en paz.

En el momento más arduo de mi esfuerzo nervioso, cuando había decidido partir para cualquier parte, salvo a la casa del conde, mi puerta se abrió despacio. Pasos ligeros sonaron, y pronto dos manos suaves me rodearon el cuello.

—¡Eres tú, Olga! —dije, volviendo la cabeza. Reconocía su perfume y su respiración ardiente. Con su cara contra mi mejilla, parecía extremadamente feliz. No podía decir una palabra; yo la apreté contra mi pecho. ¿Qué se hicieron todas las angustias que me atormentaban desde hacía tres días? Me eché a reír y me sentí como un escolar.

Olga vestía un traje de seda azul claro, que destacaba su cutis y sus hermosos cabellos color de lino. Era un vestido que costaba, por lo menos, la cuarta parte del sueldo de Urbenín.

—¡Qué hermosa estás hoy! —dije, levantándola y besándola en el cuello—. ¡Bueno!, ¿qué pasa? ¿Cómo te va?

—¡Oh, qué feo es todo esto! —dijo ella abarcando en una mirada mi alojamiento—. Rico, bien pagado, y vivir tan sencillamente.

—No todos pueden tener el lujo del conde, querida; pero dejemos mi riqueza… ¿Qué buena inspiración te trae a mi cuchitril?

—Suéltame, Serioja; me arrugas el vestido. Vengo por un minuto. Dije que iba a ver a la planchadora del conde, que vive a pocos pasos de aquí. Déjame, querido; estoy incómoda. ¿Por qué no fuiste a verme?

Yo contemplaba su belleza. Durante un minuto, nos miramos en silencio.

—¡Qué hermosa eres, Olga! ¡Hasta es triste que seas tan hermosa!

—¿Por qué es triste?

—¡Es triste que hayas caído con ese diablo!

—¡Yo soy tuya! ¿Qué más quieres? Escucha, Serioja, dime la verdad, te pido…

—¿Qué?

—¿Te habrías casado conmigo?

Estuve por decir: «¡Probablemente no!». Pero ¿por qué tocar la herida que torturaba el corazón de Olga?

—Evidentemente —dije con el tono de un hombre que dice la verdad.

Ella suspiró y bajó los ojos.

—¡Cómo me engañé! ¡Y es irreparable! ¡Es imposible separarme!

—Imposible.

—¿Por qué me apresuré tanto? No comprendo. Estaba aturdida; merecería que me castigaran. Y los razonamientos no sirven para nada. He llorado toda la noche, Serioja. Hasta quería irme a la casa de mi padre. Es mejor vivir con un loco que con ese… ¿cómo llamarlo?

—Sí; los razonamientos no sirven para nada; había que razonar cuando volvías de Tenieievo conmigo y te alegrabas de casarte con un hombre rico. Ahora es tarde para recurrir a la elocuencia.

—¡Entonces, así sea! —dijo Olga con un ademán categórico—. Si la situación no empeora, podemos seguir viviendo. Adiós. Tengo que irme.

—No; todavía no.

La atraje hacia mí y la cubrí de besos, como para desquitarme de los tres días perdidos. Ella se apretó contra mí como un cordero tembloroso. Hubo un silencio.

«¡El marido ha matado a su mujer!», gritó mi loro.

Olga tembló, se apartó de mí y me miró como interrogándome.

—Es un loro, querida —le dije—; tranquilízate.

«¡El marido ha matado a su mujer!», repitió Iván Demianych.

Olga, en silencio, se puso el sombrero y me tendió la mano. El espanto se pintaba en su rostro.

—Escucha —me dijo, mirándome con sus grandes ojos—: si Urbenín se entera, me matará…

—¡Cálmate! ¿Para qué serviría yo si no pudiera impedir tal cosa? Yo no lo creo capaz de algo tan anormal como un asesinato. ¿Te

vas? Bueno, te esperaré. Estaré mañana en el bosque, cerca de la casita; allí nos encontraremos.

De vuelta en mi cuarto después de haber conducido a Olga, encontré a Policarpo. Me miraba con aire severo, moviendo la cabeza con desprecio.

—¡Qué no vuelva a suceder esto, Sergio Petrovich! —dijo con el tono de un padre severo—. No me gusta.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Eso. ¿Usted cree que no he visto nada? He visto todo. ¡Qué no se atreva a volver por aquí! ¡Como si hicieran falta más murmuraciones!

Yo estaba de excelente humor; la vigilancia y el tono de preceptor de Policarpo me divirtieron en lugar de disgustarme. Le ordené que se fuera a la cocina.

No había tenido tiempo aún de pensar en mi reciente encuentro con Olga cuando apareció otra visita. Se oyó el ruido de un coche, y Policarpo, escupiendo con desprecio y murmurando toda clase de juramentos, me anunció la llegada del «otro» al que detestaba con todo su corazón. Entrando, el conde me miró con aire lloroso y movió la cabeza.

—¿Me das la espalda? ¿No quieres hablarme?

—Yo no te doy la espalda.

—Te quiero tanto, Serioja, y por una tontería…

El conde se sentó, suspiró y continuó moviendo la cabeza.

—Basta de hacerte el idiota —le dije—; es suficiente.

Mi influencia con este hombre débil era igual a mi desprecio por él. Mi tono de desprecio no lo ofendió. Cuando dije: «es suficiente», saltó de alegría y me abrazó.

—Lo he traído —dijo—; está ahí, en el coche. ¿Quieres que se excuse?

—¿Sabes lo que ha hecho?

—No…

—Mejor; le perdono la excusa, pero avísale que si vuelve a hacer algo parecido tomaré medidas.

—Bueno, ¿hacemos la paz, Serioja? ¡Perfecto! Es lo que necesitábamos desde hace tiempo, en lugar de disputar continuamente como escolares. ¡Ah, querido!, ¿tendrías un vasito de vodka? Tengo la garganta seca.

Le hice servir vodka. Bebió dos copitas, se sentó y se puso a conversar.

—Acabo de encontrar a Olia —me dijo—. ¡Una mujer maravillosa! Te advierto que empiezo a detestar a Urbenín, es decir, en otras palabras, que Olia empieza a gustarme. Veré si puedo cortejarla.

—¡No hay que cortejar a las mujeres casadas! —dije yo.

—¡Vamos! ¡Casada con un viejo! No es pecado quitarle la mujer a Piotre Iegorych. Ella no es para él. Hoy mismo comenzaré el ataque y lo conduciré sistemáticamente. ¡Una verdadera buena moza! ¡Hum! ¡Será para chuparse los dedos!

El conde apuró una tercera copita de vodka y prosiguió:

—¿Sabes cuál otra me gusta? Nadennka, la hija de ese idiota de Kalinin. Una morena espléndida, con unos ojos maravillosos. Tengo que echar las redes por ahí también. Para Pentecostés voy a organizar una velada músico-vocal-literaria. He comprobado que aquí, hermano, uno puede divertirse; hay buena sociedad, hay mujeres. Dime, ¿puedo echar un sueñecito aquí?

—¡Claro! Pero ¿qué hacemos con ese Chejosky que está en el coche?

—¡Que espere! ¡Que se lo lleve el diablo! Yo tampoco lo quiero, hermano —dijo el conde incorporándose y articuló misteriosamente —. Lo tengo por necesidad, por obligación. ¡Pero que se lo lleve el diablo! —Se le resbaló el codo, y dejó caer la cabeza sobre el almohadón; un minuto después roncaba.

A la tarde, después de la partida del conde, recibí una tercera visita: el doctor Pavel Ivanovich venía a anunciarme que Nadejda Nicolaevna estaba enferma, y que rehusaba definitivamente su mano. El pobre doctor estaba triste y parecía inconsolable.

15

EL POÉTICO mes de mayo pasó…

Las lilas y los tulipanes perdieron sus flores y con ellas murieron también los transportes del amor, dulces minutos por los que daríamos meses y años.

Una tarde de junio, después de la puesta del sol, cuya larga estela de oro y púrpura anunciaba para el día siguiente una jornada clara y templada, llegué al pabellón que habitaba Urbenín.

Esa noche se realizaría en la casa del conde una velada musical. Los invitados afluían ya, pero el conde no había regresado aún de su paseo de la tarde.

Unos minutos después, teniendo a Zorka de la brida, conversaba cerca de la puerta con Sacha, la hija de Urbenín. Éste, sentado en la escalera, con la cabeza apoyada en las manos, con la mirada perdida, apenas contestó a mis preguntas. Entonces interrogué a Sacha:

—¿Dónde está tu nueva mamá?

—Ha salido a pasear con el conde. Pasean todos los días juntos.

—¡Todos los días! —refunfuñó Urbenín, suspirando.

Tácitamente, ese suspiro dejaba entender muchas cosas que inquietaban mi espíritu, y que yo trataba vanamente de explicarme.

Diariamente Olennka salía a caballo con el conde. Esto no significaba nada. Olga no podía amar al conde: los celos de Urbenín eran, pues, injustificados. Ni Urbenín ni yo podíamos estar celosos

del conde, pero sí de *alguna otra cosa*, que yo no acertaba a comprender. Era algo como un muro opaco entre Olennka y yo. Ella continuaba queriéndome, pero, desde la visita referida en el anterior capítulo, no había vuelto sino dos o tres veces. Cuando me encontraba fuera de mi casa, se sonrojaba extrañamente y evitaba responder a mis preguntas. Correspondía a mi amor, pero sus respuestas eran tan lacónicas y tímidas que, de nuestras cortas entrevistas, sólo me quedaba en la memoria una dolorosa perplejidad. Era evidente que su conciencia no estaba limpia; pero era imposible desentrañar la causa.

—Espero que tu nueva mamá se encuentre bien —dije a Sacha.

—Sí; pero anoche le dolían las muelas. Estuvo llorando.

—¿Lloró? —preguntó Urbenín, volviendo el rostro hacia su hija—. ¿De dónde has sacado eso? Habrás soñado, hija.

Olga no sufría de las muelas. Si lloraba era por otra causa. Traté de continuar hablando a la niña, pero en ese instante se escuchó un galope y vimos un caballero que saltaba torpemente y ayudaba a bajar a una graciosa amazona.

Para ocultar a Olga la alegría que me causaba su regreso, levanté a Sacha y la besé.

—¡Qué linda estás, Sacha! ¡Qué lindo pelo!

Olga me lanzó un rápido vistazo, respondió silenciosamente a mi saludo, y, apoyada en el brazo del conde, entró en el pabellón. Urbenín se levantó y la siguió.

A los cinco minutos salió el conde, alegre como nunca. Hasta su cara parecía rejuvenecida.

—¡Felicítame! —dijo tomándome del brazo y riendo tontamente.

—¿Por qué?

—Por una victoria. Un paseo más como éste, y esa flor es mía, por las cenizas de mis nobles abuelos.

—¿No has triunfado aún?

—Apenas… Durante unos minutos —canturreó el conde— «he tenido su mano en mi mano» y no me la ha retirado. Se la he besado mil veces. Espero que mañana… Pero, apresurémonos. Estoy

atrasado. ¡Ah! A propósito, tengo que hablarte de algo. Dime la verdad. ¿Es exacto, como se dice, que tienes malas intenciones sobre Nadennka Kalinin?

—¿Por qué?

—Si es verdad, no quiero molestarte. No está en mis principios aplicar zancadillas. Si no tienes, nada en vista, entonces…

—No tengo nada en vista.

—Gracias, querido.

El conde esperaba cazar dos liebres de una vez, completamente seguro de su triunfo. Esa noche yo seguí esa cacería. Fue una buena caricatura de cacería. Siguiéndola, no se sabía si reír o sublevarme ante la vulgaridad del conde. ¡Nadie podía prever que esa cacería pueril terminaría en el horror y el crimen!

El conde hizo algo más que matar dos liebres; las mató, pero no consiguió ni la carne ni la piel…

Lo vi apretar a hurtadillas la mano de Olga, que lo acogía con una sonrisa, pero no disimulaba un gesto de desprecio.

En una ocasión, para mostrar que entre él y yo no existían secretos, le besó la mano delante de mí.

—¡Qué grosero! —me susurró Olennka al oído, limpiándose la mano.

—Escucha, Olga —le dije, en un momento en que el conde se alejó—: me parece que quieres hablarme. ¿Es verdad?

La miré con ojos escrutadores. Ella se puso encarnada y pestañeó tímidamente.

—¡Olga! —le dije con severidad—. ¡Debes explicarte, te lo exijo!

—Sí —balbuceó ella, tomándome de la mano—; quiero decirte una cosa. Te quiero y no puedo vivir sin ti; pero… no vengas más a casa, querido. Olvida tu amor y trátame de «usted». No puedo continuar así. Es imposible.

—¿Pero por qué?

—Yo lo quiero… Y tú no tienes por qué saber las razones. No te las diré. Viene gente… Aléjate.

Yo no me alejé y tuvo que hacerlo ella. Tomando el brazo de su marido, que pasaba, me hizo un gesto con la cabeza, me lanzó una sonrisa hipócrita y partió.

La segunda liebre del conde, Nadennka Kalinin, fue honrada esa noche con toda la atención del dueño de casa. Dando vueltas alrededor de ella, le contaba anécdotas y trataba de mostrarse espiritual; ella, pálida, cansada, torcía la boca con forzadas sonrisas.

El juez los observaba sin cesar, acariciándose la barba y tosiendo expresivamente. Le agradaba la corte que el conde hacía a su hija. ¡Tener al conde como yerno! ¡Qué idea más apacible para un *bon vivant* de distrito! Desde que comenzaron las galanterías del conde con su hija, Karnieiev había crecido a sus ojos. ¡Y con qué mirada imponente me recorría de arriba abajo! Tosía maliciosamente y parecía decir: «Te hiciste el melindroso y te retiraste; pero te equivocaste: ¡tenemos un conde!».

Al día siguiente volví a casa de Karnieiev. Esta vez no hablé con Sacha, sino con su hermano. El escolar me llevó al jardín y me confió sus penas. Las penas eran causadas por su «nueva mamá».

—Usted es amigo de ella —dijo desabotonando nerviosamente su uniforme—, y le contará todo lo que yo diga; pero no me importa; ¡cuéntele todo lo que quiera! ¡Es una mujer mala!

Me contó que Olga le usurpaba su cuarto, que había despedido a la vieja sirvienta y que gritaba y peleaba continuamente.

—Ayer, usted elogió los cabellos de Sacha… ¿Eran bellos, no? Bueno, hoy se los cortó…

«¡Celosa!», me dije.

—Como si tuviera envidia de lo que usted dijo de mi hermana —continuó el muchacho, confirmando mi idea—. También atormenta a mi padre. Papá gasta mucho para ella y ya no trabaja. Ahora bebe otra vez. Ella es rara… Llora todo el día y se queja de la pobreza. ¡Como si papá tuviera la culpa de ser pobre!

El chico me contó muchas cosas. Veía lo que su padre, ciego, no veía o no quería ver. Habían herido a su padre, a su hermana, a la vieja sirvienta. Le habían quitado el rincón de su casa donde

guardaba sus libros y sus pájaros. Todo había sido trastornado por la madrastra. Pero el pobre muchacho no podía ni siquiera imaginar la ofensa que Olennka haría a la familia esa misma noche. Yo fui testigo; en comparación, los cabellos cortados de Sacha son una tontería.

16

MUY AVANZADA la noche, yo estaba aún con el conde. Bebíamos, como de costumbre. Él estaba completamente borracho; yo, un poco mareado.

—Hoy me dejó que la tomase de la cintura —me contó el conde.

—Y con Nadia, ¿en qué región operas?

—No va mal. Estamos en el período de las miradas elocuentes. Me gusta leer en sus ojos negros y tristes. ¡Bebamos!

—¿Y a ella le gusta esa incómoda lectura? Tienes que gustarle mucho para que aguante eso… Y al padre, ¿le gustas también?

—¿El padre? ¡No me hables de ese idiota! ¡Cree que tengo buenas intenciones!

El conde tosió y bebió.

—Cree que voy a casarme con ella. En primer lugar no puedo casarme y, en segundo, es más honesto seducir a esta muchacha que casarse con ella. Te das cuenta lo que sería para ella vivir conmigo, envejecido, borracho, siempre acatarrado. ¡Bah! Se moriría o se iría… Pero ¿qué ruido es ése?

Al levantarnos, se sintió un ruido de puertas que se abrían y cerraban con estrépito y Olga entró en la pieza donde estábamos. Estaba pálida y temblaba; con los cabellos en desorden, apretujaba sobre su pecho los pliegues de su peinador.

—¿Qué tienes, Olga? —le pregunté, tomándola de la mano y palideciendo.

Este tuteo que se me escapó pudo sorprender al conde, pero no lo oyó. Con la boca abierta y los ojos desencajados miraba a Olga como si fuera un fantasma.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¡Me azota! —dijo ella, sollozando y, dejándose caer en un sillón —. ¡Me azota!

—¿Quién?

—¡Mi marido! ¡No puedo vivir más con él!

—¡Es irritante! —dijo el conde, golpeando sobre la mesa—. ¿Qué derecho tiene? ¿Por qué lo ha hecho?

—Sin ninguna causa —dijo Olga, enjugándose las lágrimas—. Al sacar un pañuelo cayó al suelo la carta que usted me mandó ayer. La recogió, la leyó y empezó a azotarme. Después me sacudió y me pidió explicaciones. En lugar de dárselas corrí hasta aquí. ¡Defiéndame! No tiene derecho de tratar a su mujer de esa manera.

El conde empezó a caminar de un lado a otro, balbuciendo con su lengua pastosa no sé qué absurdos que, traducidos a un lenguaje normal, se referían seguramente a la situación de la mujer en Rusia.

—¡Esto es la barbarie! ¡Esto es Nueva Zelanda! ¡Pero este *mujik* cree que su mujer será ahorcada cuando él muera! ¡Que se la llevará al otro mundo, igual que los salvajes!

Yo estaba estupefacto. ¿Qué significado tenía la inesperada visita de Olga en peinador? ¿Qué pensar? ¿Qué hacer?

Si la habían castigado, ¿por qué no se había refugiado en casa de su padre, en la del preceptor, en la mía, en fin? Pero ¿la habrían castigado realmente? El corazón me decía que Urbenín era inocente; mi corazón, presintiendo la verdad, se oprimía con el mismo dolor que debía seguramente experimentar el marido. Sin preguntarle nada y no sabiendo qué decir, me dediqué a calmarla y le serví un vaso de vino.

—¡Cómo me engañé! —suspiró ella llevando el vaso a los labios —. ¡Qué tranquilo era cuando me festejaba! Lo creía un ángel.

—¿Y usted quería que esa carta que se le cayó del bolsillo le gustara? ¿Usted quería que se riera?

—¡No hablemos de eso! —interrumpió el conde—. ¡De cualquier manera el procedimiento es infame! ¡Así no se trata a las mujeres! Lo provocaré a duelo; créame, Olga Nicolaevna, que esto no va a quedar impune.

Como un pavo joven, el conde se alzaba provocador sobre sus garrones, aunque bien sabía que nadie le daba derecho de intervenir entre el marido y la mujer. Yo no lo contradije porque sabía que su intervención se limitaría a una emisión de palabras entre cuatro paredes y que el duelo sería olvidado al día siguiente. Pero ¿por qué Olga permanecía en silencio? Yo no podía creer que tuviera la poca dignidad de aceptar que el borracho fuera árbitro entre ella y su marido.

—¡Yo le buscaré querella a ese caballero de reciente cuño! —chillaba el conde—. ¡Lo abofetearé! ¡Mañana verá!

Y Olga no hacía callar a ese miserable que ultrajaba a un hombre cuya única culpa era la de haberse engañado y de ser engañado. Por la mera circunstancia de que Urbenín le había apretado un brazo había armado un gran escándalo; ahora dejaba, sin pestañear, que un niño grande, borracho, insultara a un hombre que en ese momento se consumía de tristeza e incertidumbre.

En tanto que el conde derramaba su cólera y Olga enjugaba sus lágrimas, el criado había servido perdices asadas. El conde puso una media perdiz sobre el plato de Olga. Ella bajó la cabeza; después, maquinalmente, tomó un tenedor y un cuchillo y empezó a comer. Un vaso de vino siguió a la perdiz, y pronto no quedó vestigio de sus lágrimas, salvo unas manchitas rosadas cerca de los ojos, y algunos raros y profundos suspiros.

De pronto, oímos una risa. Olga reía como un niño consolado. El conde, mirándola, también rió.

—¿Sabe lo que se me acaba de ocurrir? —dijo sentándose cerca de ella—. Organizaré una representación teatral. Daremos una pieza con buenos papeles femeninos, ¿qué le parece?

Empezamos a hablar tranquilamente del espectáculo; Olga olvidó que un rato antes había llegado pálida, llorando, con los cabellos

sueltos y llena de espanto. ¡Qué superficiales eran ese espanto y esas lágrimas!

El tiempo pasó y sonaron las doce. Olga hubiera debido partir, pero sonaron las doce y media, y después la una, y ella seguía sentada, conversando con el conde.

—Es tiempo de dormir —dije mirando mi reloj—. ¿Me permite acompañarla, Olga Nicolaevna?

Ella me miró un instante; luego miró al conde.

—¿Adónde voy a ir? —murmuró—; ya no puedo volver con él.

—Claro que no —dijo el conde—. ¿Qué garantía hay de que no la azotará de nuevo?

Hubo un silencio. Yo iba y venía por el salón; mi amigo y Olga me miraban. Me pareció comprender ese silencio y esas miradas llenas de impaciencia. Me senté en el sofá.

—¡Caramba! —dijo el conde, frotándose las manos nerviosamente—. ¡Qué complicación!

Sonó la una y media. El conde miró bruscamente el reloj, frunció las cejas y se puso a andar como antes lo había hecho yo. En sus miradas se veía que quería decirme algo necesario pero desagradable.

—Escucha, Serioja —me dijo por fin, sentándose a mi lado y cuchicheando—; no te enojes, querido. Tú comprendes mi situación, y el pedido que voy a hacerte no te parecerá extraño…

—Habla, ¿qué te pasa?

—El hecho es que… Ya ves…, hazme el favor de irte, querido. Me molestas. Ella va a quedarse aquí. Perdóname que te despida.

—Perfectamente.

El conde estaba repugnante. Lo hubiera aplastado como a un insecto, mientras temblaba y me suplicaba que lo dejara con la señora Urbenín; pero yo estaba asqueado. Asqueado de que ese animal enfermo y lleno de alcohol tocara a «la muchacha de rojo» que alguna vez soñó con una muerte poética.

Me acerqué a ella.

—Me voy —le dije.

Ella asintió con un gesto.

—¿Debo irme? —pregunté, tratando de leer en su rostro.

Con un movimiento apenas marcado de sus negras pestañas, asintió.

—¿Has reflexionado?

Ella me dio la espalda, como se hace con el viento cuando importuna. No dijo palabra. ¿Para qué? Era difícil responder con laconismo; ni la hora ni el lugar se prestaban para grandes discursos.

Tomé mi sombrero y salí sin decir adiós. Olga me contó después que apenas se apagó el ruido de mis pasos, el conde, borracho, la abrazó. Ella, cerrando los ojos, crispando la boca y la nariz, apenas pudo tenerse en pie, tanta era su repugnancia. En un momento dado se desprendió de sus brazos y corrió hacia el lago; se mesó los cabellos y lloró. Es penoso venderse.

17

DE PASO para las caballerizas, me detuve frente a la casa de Urbenín. Miré por la ventana. Ante la mesa, con la cara entre las manos, estaba Urbenín. No era necesario verle la cara para comprender su estado de ánimo. Frente a él había dos botellas de vodka, una vacía y la otra recién empezada.

Cinco minutos después, montado en mi Zorka, me encaminé hacia casa. La oscuridad era espantosa; el lago rugía furiosamente. Parecía un monstruo invisible que se agitaba envuelto en tinieblas.

Sujeté a Zorka, cerré los ojos y me puse a pensar. «¡Si volviera y los matara en el acto!». Una terrible cólera me embargaba el alma. Los últimos vestigios de bondad y decencia que quedaban en la depravación de mi vida, lo último que me quedaba para satisfacer mi orgullo, había sido pisoteado y cubierto de cieno.

En mi vida he conocido muchas mujeres, pero ninguna de ellas tenía el rubor inocente ni los ojos azules sinceros que vi aquella mañana de mayo en que atravesaba el bosque para ir a la feria de Tenieievo. Siendo yo mismo un depravado, me era fácil perdonar cualquier vicio, cualquier debilidad; pensaba que no puede pedirse al barro que deje de ser barro. Pero ignoraba que el oro puro pudiera ser disuelto en el barro y mezclarse con él.

Una impetuosa ráfaga me arrancó el sombrero, que se perdió en la tiniebla. El sombrero golpeó en la cabeza de Zorka, y la yegua se

encabritó, echando después a correr por el camino que me era familiar.

Llegado a mi casa, corrí al dormitorio. Sin causa alguna, insulté a Policarpo, que insistía en desvestirme. Y sin esperar a que saliera del cuarto, me tiré en la cama, llorando como un niño. Mis nervios no pudieron resistir más. La cólera impotente, el resentimiento, los celos, encontraron una salida en esos amargos sollozos.

Mi loro, erizando las plumas, gritó:

«¡El marido ha matado a su mujer!».

Bajo la impresión de ese grito se me ocurrió que Urbenín podía matar a su mujer. Al dormirme, tuve una pesadilla sofocante; soñé con un crimen, vi a Urbenín en mi cabecera, mirándome con ojos de súplica.

Por la mañana recobré la calma. Me quedé en casa, y sólo salí por mis obligaciones de juez. Se habían acumulado muchos asuntos, de modo que no tenía posibilidades de aburrirme. Pasaba todo el día en el escritorio, interrogando a las gentes caídas bajo mis garras de juez. No experimentaba ninguna tentación de visitar al conde.

Olga estaba perdida para mí; irrevocablemente perdida. Por lo menos, así lo creía yo. No pensaba en ella y me esforzaba en olvidarla.

De tiempo en tiempo, sin embargo, me acordaba de algunos momentos de nuestras breves relaciones. Me acordaba de la casita del bosque, donde vivía la muchacha de rojo, me acordaba de nuestro encuentro en la gruta, y mi corazón latía (Morosamente. Pero esto duraba poco; los claros recuerdos se borraban pronto bajo el peso de reminiscencias penosas).

El conde se me había vuelto definitivamente odioso y decidí romper con él, sin que esta resolución me costara ningún trabajo. Comencé a aburrirme, y escribí dos veces al doctor, invitándolo a que me visitara; no tuve respuesta alguna. El doctor, evidentemente, se hacía el disgustado.

A la tercera semana de mi obstinada reclusión, el conde vino a verme. Después de reprocharme la falta de respuesta a sus cartas,

se estiró en el sillón y, antes de ponerse a roncar, se lanzó a su tema favorito: las mujeres.

—Te comprendo —dijo con pereza, colocando las manos debajo del mentón—: eres delicado y escrupuloso y no vienes a casa para no interrumpir nuestro dúo… Una visita durante una luna de miel es mala como Lucifer. De acuerdo. Pero te olvidas de que eres apreciado y querido. Tu presencia haría más perfecta nuestra armonía. Y ¡qué armonía, querido!

El conde agitó una mano y continuó:

—No puedo averiguar si estoy bien o mal con ella. Ni el mismo diablo podría averiguarlo. Hay instantes por los que daría la mitad de mi vida y hay otros en que quisiera estar a cien kilómetros de distancia.

—¿Por qué?

—Esta Olga, hermano, es incomprensible. A veces está alegre y otras llora y reza. A veces me quiere y a veces no. Hay momentos en que se muestra cariñosa y otros en que, abriendo los ojos, veo un rostro salvaje, terrible, congestionado de cólera y asco. En esos momentos todo el encanto desaparece. Y me mira muchas veces así.

—¿Con asco?

—Sí; no puedo comprenderlo. Me dice que está conmigo por amor y, sin embargo, a cada instante me demuestra disgusto. ¿Cómo explicarlo? A veces se me ocurre que no puede tolerarme, y que sólo está conmigo por los trapos que le compro. Adora los trapos. Es capaz de estar con un vestido nuevo, frente al espejo, de la mañana a la noche. Es de una vanidad terrible. Lo que más le gusta de mí es el título. Si no lo tuviera, no me querría. No pasa un almuerzo o una cena sin que me reproche por no rodearla de una sociedad aristocrática. Quisiera reinar en esa sociedad. ¡Es muy rara!

El conde lanzó hacia el techo una turbia mirada y se quedó pensativo. Con asombro, comprobé que no estaba ebrio. La sorpresa me conmovió.

—No me pides vodka —dije—. ¿A qué se debe esta rareza?

—Añada. No tengo tiempo para beber. Estaba pensando. Te digo, Serioja, que estoy entusiasmado con Olga. Me gusta enormemente. ¡Y se comprende! Es una mujer rara, sorprendente. Y no hablo de su físico. Tiene un espíritu más bien vulgar; pero ¡qué frescura de sentimientos! Es imposible compararla con las Amelias, Angélicas y Gruchas que he conocido. Ella pertenece a un mundo que hasta ahora yo ignoraba.

—¿Vas a filosofar un poco?

—Estaba seguro de que la amaba. Pero su rubor era pintura, sus besos de amor, un pretexto para pedirme un vestido nuevo. La tomé como mi mujer, pero se conduce como una amante venal. Y terminó por hartarme. Contengo mi sorpresa y comienzo a ver en ella… lo que ella es.

—Y el marido, ¿qué hace?

—¡Hum! ¿Qué piensas que hace?

—Pienso que es difícil imaginar un marido más desdichado.

—¿Crees eso? ¡Estás en un error! Es un bandido al que no compadezco. Un bandido no es nunca desgraciado; siempre encuentra el modo de salir del paso.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es un ladrón. Tú sabes que yo lo estimaba y lo consideraba como un amigo. Todo el mundo lo creía un hombre honesto, incapaz de un engaño. Y, en realidad, me roba. Aprovechando su situación, disponía de mis bienes. No se ha llevado los muebles porque no ha podido.

Conociendo la honestidad de Urbenín, me levanté al escuchar esas palabras y me acerqué al conde.

—¿Lo has sorprendido *in fraganti*?

—No; pero conozco de la mejor fuente sus procedimientos.

—¿Qué fuente? ¿Puedo saberlo?

—Tranquilízate. No voy a acusar a un hombre a la ligera. Olga me ha contado todo. Aun antes de ser su mujer lo veía con sus propios ojos mandar a la ciudad pollos y gansos para venderlos. Lo ha visto

vender harina y grasa. Pongamos que sean bagatelas, pero ¿le pertenecen? No es por el valor, sino por el principio. Además, Olga ha visto en su armario fajos de billetes. Cuando ella le preguntó por ese dinero, él le pidió que no divulgara su existencia. Tú sabes que es pobre como las ratas. Su sueldo apenas le alcanza para vivir. Explícame de dónde ha sacado ese dinero.

—¡Eres un tonto! —grité, exaltado—. ¿Cómo es posible que tengas fe en esa víbora? No le basta con haberse escapado y haber deshonrado a su marido; ahora quiere traicionarlo. ¡Cómo es posible que dentro de esa cabeza haya tanta maldad! ¡Pollos, gansos, harina! Tu sentimiento de la economía política, tu estupidez agrícola, ¿se alarman de que regale o venda animales muertos, que en caso contrario hubieran sido comidos por los zorros? Pero ¿alguna vez has comprobado las cuentas que te rinde Urbenín? ¿Has contado los miles y las decenas de miles de rublos que te entrega? ¡Eres un botarate! Quisieras meter preso al marido de tu amante, pero no sabes cómo hacerlo.

—Mi asunto con Olga no tiene nada que ver. Que sea o no sea su marido, desde el momento en que ha robado, debo llamarlo ladrón. Pero dejemos eso. ¿Es decente, dime, cobrar su sueldo y pasarse acostado y borracho días enteros? No pasa un día que no lo encuentre haciendo eses. Es innoble. La gente decente no se conduce así.

—Se conduce así porque es decente.

—¡Tienes la manía de defender a la gente baja! Yo he decidido no tener piedad. Hoy le mandé lo que le debía y lo despedí. Se me acabó la paciencia.

Era inútil tratar de convencer al conde. La defensa de Urbenín tenía que ser planteada ante otras personas.

Cinco días después supe que Urbenín se iba a la ciudad. Me contaron que el administrador partió borracho, medio muerto, y que se cayó dos veces del carro. Sacha y su hermano lloraron todo el trayecto.

Algunos días después de la partida de Urbenín tuve, muy a pesar mío, que visitar al conde. Habían entrado ladrones en las caballerizas y habían robado algunas monturas de lujo. Como juez, fui informado y, *volens nolens*, debí acudir. Encontré al conde ebrio y disgustado. Recorría las piezas, tratando de huir del aburrimiento que lo perseguía.

—¡No tengo respiro con Olga! —me dijo con un gesto de abatimiento—. Hoy estaba furiosa conmigo y me amenazó con arrojarse al agua. Salió de aquí y todavía no ha vuelto. Ya sé que no pasará nada, pero es molesto. Ayer estuvo todo el día de mal humor y rompió gran cantidad de platos. Anteayer se empachó con chocolate. ¡Qué extraña naturaleza!

Consolé al conde como pude y cené con él.

—¡No! ¡Ya no puedo más! —protestaba mientras comía—. Ya es tiempo de terminar con esas puerilidades. Hay que confesar que con esos cambios bruscos comienza a aburrirme. Necesito una mujer dulce, constante, modesta como Nadennka Kalinin… ¡Maravillosa muchacha!

Después de la cena, paseando por el jardín, encontré a la «suicida». Al verme, se sonrojó atrozmente y —¡extraña mujer!— se echó a reír. La vergüenza y la alegría se mezclaron en su rostro. Después de haberme mirado de reojo, corrió, y, sin decir palabra, se arrojó a mi cuello.

—¡Te quiero! —balbució, abrazándome—. Me aburría tanto sin ti que si no llegas me hubiera matado.

Al dejarla, después de un rato, saqué un billete de veinticinco rublos y se lo tendí.

—¿Por qué? —me preguntó, asombrada.

—Hay mujeres que quieren por dinero —le dije—. Son venales. Hay que pagarlas. Toma. Si tomas el dinero de los otros, ¿por qué no tomas el mío? No quiero deberte nada.

Por más cínico que estuve, Olga no comprendió la injuria. Ignoraba aún la vida y no sabía lo que son las mujeres que se venden.

18

Era un magnífico día de agosto. El cielo era de un azul suave, pero había ya en el aire un presentimiento del otoño. Algunas hojas muertas se doraban en el verde follaje de los bosques, y los campos, ennegrecidos, parecían ansiosos de agua. Y también en nosotros dormitaba algo como el sentimiento del inevitable y pesado otoño. Se veía una próxima descarga. Era necesaria una tormenta para refrescar la atmósfera.

A mi lado estaba sentada Nadennka, en un coche liviano. Estaba pálida y su barbilla y sus labios temblaban como si fuera a llorar. Aunque el dolor llenaba sus ojos profundos, no cesaba de reír y de aparentar alegría. Vehículos de todo género, época y tamaño, circulaban alrededor de nosotros. Cerca de ellos caracoleaban jinetes y amazonas. Con un verde traje de caza, más para actor que para cazador, el conde Karnieiev, inclinado hacia adelante, saltaba implacablemente sobre su caballo moro. A juzgar por su cuerpo agobiado y la expresión de dolor que aparecía a cada instante en su rostro, hubiérase dicho que montaba por primera vez. Una nueva escopeta de dos cañones saltaba en su espalda, y de un lado colgaba un morral donde palpitaba una becada herida.

La figura descollante de la cabalgata era Olennka. Montando un caballo oscuro, regalo del conde, vestida de amazona, con una pluma blanca en el sombrero, ya ni recordaba a la muchacha de rojo. Tenía un aspecto imponente, de gran señora. Cada latigazo, cada una de

sus sonrisas, estaban calcados sobre modelos aristocráticos. Había algo de provocador, de incendiario, en cada movimiento, en cada sonrisa. Erguía la cabeza con fatuidad elegante y, desde lo alto del caballo repartía miradas desdeñosas, burlándose de lo que a su respecto decían en voz alta nuestras damas virtuosas. Las desafiaba con insolencia, aprovechando su situación con el conde, como si ignorara que Karnieiev estaba ya tratando de deshacerse de ella.

—El conde quiere dejarme —me había dicho con una risa sonora, cuando la cabalgata salía de la casa.

Conocía, pues, su situación. Pero, entonces, ¿por qué esa risa? La miraba con asombro, preguntándome de dónde sacaba tanta audacia esta burguesa silvestre. ¿Dónde había aprendido a sentarse tan graciosamente en la montura, a mirar con tanta altivez, a hacer tan hermosos gestos imperiosos?

—La mujer perversa es parecida al cerdo —me había dicho el doctor Voznessenski—: si se le da un poco de confianza, mete el hocico y las patas.

Pero esta explicación era demasiado simple. Nadie mejor que yo para arrojarle la primera piedra. Pero la voz confusa de la verdad me murmuraba que lo que yo veía no era ni la altivez ni el orgullo de una mujer satisfecha y triunfante: era el presentimiento y la desesperación de un inevitable y próximo desenlace.

19

LA CACERÍA fracasó y emprendimos el regreso. Por un grupo de cazadores supimos que el grueso de la caza se había espantado. Sólo matamos tres becadas y un pato; éramos diez cazadores.

Finalmente, una de las amazonas tuvo un ataque de dolor de muelas y decidimos volver. Galopábamos a través del campo por un hermoso camino junto al cual amarilleaban gavillas de centeno recién cortado, a la vera de un bosque sombrío… En el horizonte se destacaban, blancas, la iglesia y la casa del conde. A la derecha se extendía el largo reflejo del lago; y, a la izquierda, oscura, la «Tumba de piedra».

—¡Qué horrible mujer! —murmuraba Nadennka cada vez que Olga pasaba a la altura de nuestro coche—. Es horrible, es tan mala como hermosa. ¿Cuánto tiempo hace que usted fue su padrino? No ha gastado un par de zapatos y ya se cubre de seda y se adorna con diamantes que no le pertenecen. Una metamorfosis tan brusca es increíble. Hubiera sido mejor que esperara un año o dos antes de descubrir esos instintos.

—¡Su ansiedad de vivir! —murmuré yo—. Ella no puede esperar.

—Y su marido: ¿qué es de él?

—Se ha entregado a la bebida.

—Sí… Papá, anteayer, lo vio en la ciudad, agobiado, con la cara llena de barro. Ese hombre está perdido. En la completa pobreza, sin alimentos, sin poder pagar el alquiler. Sacha pasa días enteros sin comer. Papá se lo dijo al conde, pero usted sabe cómo es él. Es bueno, honesto, pero no le gusta que lo molesten. Contestó que le mandaría cien rublos. Y ya los mandó. Nada ofenderá tanto a Urbenín como este envío. Se sentirá ultrajado, y beberá aún más.

—Sí —dije—. El conde es un necio. Pudo mandar el dinero por mi intermedio y como proviniendo de mí.

—¡No tenía derecho a mandarle dinero!

—Es verdad.

Nos callamos. Pensar en el destino de Urbenín siempre me fue penoso. Y en ese momento, cuando galopaba ante mi vista la mujer que lo había arruinado, mi espíritu se llenó de tristes pensamientos… ¿Qué sería de él y de sus hijos? ¿Cómo terminaría su mujer? ¿En medio de qué fango moral terminaría su vida?

Cerca de mí estaba sentado un ser particularmente digno de estimación… Sólo dos personas que hubiera yo podido amar y estimar conocí en mi distrito; y las dos, porque eran mejores que yo, tuvieron derecho a volverme la espalda. Eran Nadejda Kalinin y el doctor Pavel Ivanovich. ¿Cuál sería su destino?

—Nadejda Nicolaevna —le dije—. Sin querer, yo le he causado mucho mal y tengo menos derecho que nadie para solicitar su confianza. Sin embargo, creo que nadie la conoce como yo. Su dolor es mío; su desgracia es mía. Voy a preguntarle algo; no crea que es vana curiosidad. Dígame, ¿por qué autoriza a ese pigmeo de conde a acercarse a usted? ¿Qué le impide despedirlo, hacer caso omiso de sus innobles amabilidades? Dejarse cortejar por él no es un honor. ¿Por qué deja que todas esas chismosas unan su nombre al de él?

Nadennka me miró con sus ojos claros; vio la franqueza en mi rostro y sonrió.

—¿Qué dicen ellas? —preguntó.

—Que su padre y usted andan detrás del conde y que, en definitiva, él los lleva de una oreja.

—Si conocieran al conde, no hablarían así —dijo Nadennka, sonrojándose—. Esas chismosas desvergonzadas están habituadas a ver solamente el mal… El bien es demasiado para ellas.

—¿Usted ha encontrado algo bueno en él?

—Sí; lo he encontrado. Usted debería ser el primero en saber que yo no lo toleraría si no estuviera segura de sus buenas intenciones.

—¿Así que ya han llegado al momento de las intenciones honestas? Eso es andar rápido… ¿Y de qué utilidad son esas intenciones honestas?

—¿Quiere saberlo? —contestó Nadennka, con los ojos brillantes—. Las chismosas no mienten: quiero casarme con él. No ponga esa cara, no sonría. Usted dirá que es deshonesto casarse sin amor. Eso se ha dicho mil veces, pero ¿qué hacer? Sentirse en este bajo mundo un mueble inútil es una cosa muy penosa. Es angustioso vivir sin objeto. Cuando ese hombre que usted detesta tanto se haya casado conmigo, mi vida tendrá una razón de ser. Lo enmendaré, lo alejaré de la bebida; le enseñaré a trabajar. Mírelo: no tiene aspecto humano. ¡Yo haré de él un hombre!

—¡Y etcétera, etcétera! —le dije—. Usted salvará su enorme fortuna y hará buenas obras. Todo el distrito la bendecirá y verá en usted a un ángel enviado para consuelo de los desgraciados. Será madre y educará a sus hijos. ¡Ahí está el problema! Usted es una muchacha inteligente y, sin embargo, razona como una colegiala.

—Aunque mis propósitos sean ridículos o ingenuos, por lo menos viviré. El dinero hará que me sienta bien y esté alegre. No me desilusione. Puede ser que me desencante, pero no ahora. Quizá más adelante, en un lejano porvenir. No hablemos más.

—Permítame otra pregunta indiscreta: ¿usted espera que pida su mano?

—Sí…, después de una carta que me mandó hoy. Mi suerte se decidirá esta noche. Me escribió que tiene algo muy importante que decirme. De mi respuesta, dice, depende la felicidad de toda su vida.

—Gracias por su franqueza —le dije.

Era claro para mí el verdadero sentido de la carta recibida por Nadennka. Decidí vigilar.

—Ya estamos en el bosque —dijo el conde, acercándose a nuestro coche—. ¿No quiere descansar un rato, Nadejda Nicolaevna?

Y sin esperar respuesta, golpeó las manos y con voz aguda, como cascada, ordenó:

—¡Alto!

Nos instalamos en la orilla del bosque. El sol, detrás de los álamos, pintaba de púrpura dorada sus hojas y la cúpula de la iglesia lejana. Sobre nosotros volaban los cernícalos asustados y las oropéndolas. Un *mujik* disparó su arma y aumentó el revuelo. Un ruidoso concierto de pájaros se escuchó. En la primavera o en el verano los cantos de los pájaros agradan, pero al llegar el otoño irritan los nervios.

De la espesura llegaba el fresco de la tarde. Las narices de las damas palidecieron y el conde, sensible al frío, empezó a frotarse las manos.

Con placer sentimos el calor del samovar y escuchamos el tintineo del servicio de té. El tuerto Kuzma trajo con mucho trabajo un cajón de coñac. Un largo paseo al aire libre aguza el apetito; un lomo de esturión, el caviar, perdices asadas y otras vituallas son en esos casos como un regalo para los ojos, al igual que las rosas en una mañana de primavera.

—Hoy has estado ingenioso —dije al conde, cortando una gruesa tajada de esturión—. Más ingenioso que nunca. Es difícil serlo tanto…

—El conde y yo organizamos esto —dijo Kalinin con una risa estúpida, mirando a los sirvientes que sacaban de los coches canastas llenas de *hors-d'œuvre*, vino y vajilla. El *picnic* será magnífico. Al final habrá champaña.

La cara del juez brillaba de felicidad. ¿Ignoraba la clase de proposición que el conde haría a su hija? ¿Acaso el champaña no había sido traído para beber a la salud de la nueva pareja? Lo miré

con atención, pero, como de costumbre, sólo pude ver en su rostro una indiferente satisfacción, la impaciencia estúpida y la saciedad.

Nos lanzamos alegremente sobre los *hors-d'œuvre*. Sólo dos personas, Olga y Nadennka, permanecieron indiferentes a ese despliegue culinario. La primera, apartada, miraba el morral del conde tirado en el pasto con una becada herida. Observaba los movimientos agitados del pobre pájaro y parecía esperar su muerte.

Nadia, sentada a mi lado, miraba con indiferencia las bocas que masticaban. «¿Cuándo terminará esto?», decían sus ojos fatigados.

Le ofrecí una tajada de pan con caviar. Me la agradeció y la dejó cerca de ella. No tenía apetito.

—Olga Nicolaevna —gritó el conde a Olga—, ¿por qué no se sienta?

Olga no respondió y, siempre inmóvil, continuó mirando el ave.

—¡Hay que tener corazón! —dije aproximándome a Olga—. ¿Cómo puede ver sufrir esa becada? ¿Por qué no pide que la maten?

—Los demás sufren; ella puede sufrir también —respondió, sin mirarme.

—¿Quién sufre? —pregunté.

—¡Déjame en paz! —murmuró ella—. No estoy dispuesta a aguantarlos hoy, ni a ti ni al idiota de tu conde. ¡Retírate!

Alzó hacia mí sus ojos llenos de cólera y lágrimas. Estaba pálida y sus labios temblaban.

—¡Qué cambio de tono! —contesté levantando el morral y ultimando el pájaro—. ¡Estoy asombrado, absolutamente asombrado!

—¡Déjame en paz! ¡No tengo humor para bromas!

—Pero ¿qué te pasa, hermosa?

Olga me miró altanera y volvió el rostro.

—¿Ése es el tono con que hablas a las mujeres venales y perversas? ¿Me consideras una de ellas, verdad? ¡Bueno, anda a buscarte alguna santa! Yo soy la peor y la más innoble. Evitabas mirarme, hace un rato, cuando te arrastrabas detrás de tu virtuosa Nadennka; ¿qué haces aquí? ¡Anda a buscarla!

—¡Sí! —dije, sintiendo que la cólera me invadía poco a poco—. ¡Tú eres la peor y la más innoble! ¡Sí, eres perversa y venal!

—Me acuerdo cuando me ofreciste tu maldito dinero… Entonces no comprendí; ahora comprendo.

La cólera me invadía, tan violenta como el amor que en otro tiempo había surgido en mí ante la muchacha de rojo. Pero ¡quién hubiera sido indiferente! Yo veía una mujer hermosa arrojada al barro por el destino implacable que no le perdonó ni su juventud ni su belleza ni su gracia. Y en ese momento, mientras más bella me parecía, más clara veía su perdición. Un furor lancinante contra el mundo me llenó el alma.

Nunca puedo contener mi cólera. No sé lo que hubiera dicho a Olga si ella no me hubiese vuelto la cara, alejándose. Caminó hacia los árboles y desapareció. Creo que lloraba.

Escuché un brindis de Kalinin.

—Señoras y señores: En este día en que nos reunimos… para… Bueno, todos nos conocemos…, estamos todos… Y reina la alegría…, esto…, gracias a esta unión tanto tiempo deseada… y que no debemos a nadie… más que a nuestro faro…, al astro… ¡Conde, no se sonroje! Las damas comprenden de quién hablo. ¡Ja! ¡Ja! Continúo: como debemos esto a nuestro esclarecido y joven…, joven… conde Karnieiev…, propongo este brindis a la salud de… Pero ¿quién viene?

Hacia nosotros venía un coche.

—¿Quién puede ser? —preguntó el conde, asombrado, dirigiendo sus anteojos hacia el coche—. ¡Hum! ¡Es extraño! Será gente de paso. ¡Pero no! ¡Es Gaitán Casimirovich! ¿Con quién viene?

De pronto, como si lo hubiera picado una avispa, el conde saltó. Su rostro palideció; se le cayeron los anteojos al suelo. Nos miraba suplicante. Casi nadie reparó en su confusión; todos miraban hacia el coche que avanzaba.

—¡Serioja, un minuto! —me dijo, tomándome del brazo y apartándome—. ¡Te suplico como amigo, como el mejor de los hombres, nada de preguntas, ni miradas interrogadoras, ni sorpresa!

Te contaré todo, nada quedará en secreto. Tengo una gran desgracia en mi vida. ¡Una desgracia tan grande que no puedo expresártela! Lo sabrás todo; pero ahora no me preguntes nada. ¡Ayúdame!

Entretanto, el coche se acercaba. Llegó, por fin, y el estúpido secreto del conde pasó a ser propiedad de todo el distrito. Del coche salió Chejosky, respirando fuerte y sonriendo; vestía un traje nuevo de tusor. Detrás de él bajó con agilidad una mujer de unos veintitrés años. Era alta, de lindo cuerpo, rasgos regulares, pero no muy simpáticos, y ojos azules. Recuerdo sus ojos inexpresivos, su nariz empolvada, su magnífico vestido y sus numerosas pulseras macizas. Su perfume tenaz se mezcló con el de las plantas y el del coñac.

—¡Cuánta gente! —dijo la desconocida, hablando un ruso detestable—. Vamos a divertirnos. ¡Buenas tardes, Alexis!

Se acercó al conde y le ofreció la mejilla. El conde la besó apenas y miró a sus huéspedes con ojos suplicantes.

—Les presento a mi mujer —musitó—. Zossia, te presento a mis amigos.

—Acabo de llegar —dijo la condesa—; Gaitán me aconsejaba descansar, pero no me hace falta; he dormido toda la noche. Preferí venir a la cacería. ¡Gaitán: mis cigarrillos!

Chejosky corrió hacia ella y le tendió una cigarrera de oro.

—Mi cuñado —volvió a musitar el conde, indicando al polaco—. ¡Ayúdame! —dijo tocándome con el codo—. ¡Sálvame, te lo suplico!

Después he sabido que Kalinin se descompuso y que Nadia no pudo ayudarlo, pues el asombro le impidió levantarse de su asiento. También he sabido que casi todos los invitados se apresuraron a partir. Yo no vi nada de eso. Recuerdo que me dirigí al bosque y que, sin rumbo, tomé un sendero y me encaminé hacia donde mis pasos quisieron llevarme…

(Aquí están borradas catorce líneas en el manuscrito de Kamychov. A. CH.)

Salí del bosque cubierto de barro y en mis botas había restos de arcilla. Sin duda, había cruzado un arroyo, pero no recuerdo ese detalle. Estaba rendido, como si me hubieran apaleado. Era preciso que volviera a la casa del conde, a buscar a Zorka, pero no lo hice. A pesar de la distancia volví a mi casa a pie. No podía ver otra vez al conde ni a su maldita casa…

Mi camino bordeaba el lago. Su enorme masa de agua empezaba a rugir. Altas olas de crestas blancas cubrían su superficie. El viento frío y húmedo calaba hasta los huesos. A la izquierda, la agitación del lago; a la derecha, el murmullo monótono del bosque. Me sentía a solas con la naturaleza, como en una confrontación. Me parecía que toda la cólera del lago estaba destinada a mí. En otras circunstancias hubiera tenido miedo; pero en ese momento apenas miré las cosas que me rodeaban. ¿Qué era la cólera de la naturaleza al lado de la tempestad que agitaba mi pecho?

(Aquí también hay algo borrado. A. CH.)

Cuando llegué a casa, me tiré vestido en la cama.

—¡Otra vez se bañó vestido en el lago! —gritó Policarpo, sacándome la ropa empapada y embarrada—. Un caballero instruido, más sucio que un deshollinador. Yo no sé qué les enseñan en la Universidad.

No podía aguantar una voz, ni mirar una cara. Quise gritar a Policarpo que me dejara tranquilo, pero las palabras no me salieron de la garganta. Mi lengua estaba tan débil como el resto de mi cuerpo. Por muy molesto que fuera, tuve que dejar que Policarpo me desnudara.

—¡Si por lo menos me ayudara! —protestaba el sirviente, dándome vueltas de un lado a otro—. ¡Mañana me pagan y me voy! ¡No me quedo a ningún precio! ¡Que me maten si me quedo!

La ropa limpia y tibia no me hizo entrar en calor ni me calmó. Temblaba tan fuerte de cólera y de horror que mis dientes castañeteaban. Mi terror era incomprensible. Mi porvenir no era muy

claro, pero yo podía afirmar que ningún peligro me amenazaba y que ninguna nube oscurecía mi horizonte. No me asustaban las enfermedades y no daba ninguna importancia a mi infelicidad. ¿Qué tenía yo entonces y por qué temblaba?

Tampoco comprendía mi cólera. El «secreto» del conde no podía causarme pena. No me importaba el conde ni su casamiento secreto. Llegué a explicarme mi estado de ánimo por un choque nervioso, o por la fatiga. Me sentía incapaz de otra explicación.

Cuando Policarpo salió, me tapé con la sábana, tratando de dormirme. Todo estaba oscuro y en silencio. El loro se movía en su jaula y yo oía el ruido cadencioso del reloj, en el cuarto de Policarpo. Fatigado, iba adormeciéndome. Sentí que mi cuerpo se aligeraba poco a poco y que las imágenes odiosas se fundían en una vaga neblina. Hasta me acuerdo que empecé a soñar. Paseaba en Petersburgo, por la Avenida Nevsky, en una clara mañana y miraba los escaparates.

Mi alma estaba feliz y ligera… La conciencia de que me hallaba lejos del campo y de la propiedad del conde me alegraba aún más. Me detenía delante de los escaparates y miraba los sombreros de mujer. Reconocía todas las formas. En una veía a Olga, en otra a Nadia, en otra a Zossia. Bajo los sombreros sonreían sus caras. Cuando quise hablarles, se fundieron las tres en una sola persona, grande y roja, que de pronto movió los ojos y me sacó la lengua. Alguien detrás de mí me tomó del brazo… «¡El marido ha matado a su mujer!», gritó la cara roja.

Temblé, lancé un grito y salté precipitadamente de la cama. Mi corazón latía con violencia; un sudor frío me corría por la frente.

«¡El marido ha matado a su mujer!» —repitió el loro—. «¡Dame azúcar! ¡Qué tontos son ustedes!»

«Es el loro —me dije para tranquilizarme, mientras me acostaba de nuevo—. ¡Dios sea loado!»

Un ruido monótono vino del techo. Empezaba a llover. Las nubes que había visto en el oeste, cuando orillaba el lago, cubrían ahora

todo el cielo. Un relámpago brilló, iluminando el retrato del difunto Pospielov. Después se oyó el trueno.

«Es la última tormenta del verano», pensé.

Me acordé de una de las primeras. El mismo trueno retumbaba el día que, por primera vez, visité la casita del bosque. Sentados cerca de la ventana mirábamos, con la muchacha de rojo, las cosas que el relámpago iluminaba. El miedo brillaba en sus ojos. Su madre había sido muerta por un rayo, y ella deseaba una muerte sensacional. Quería vestirse como las personas más ricas del lugar. Sabía que un atavío lujoso iría bien con su hermosura. Y, consciente y orgullosa de su vana grandeza, quería ascender a la «Tumba de piedra» para morir.

(Aquí hay tachaduras hechas por Kamychov, no en el momento de escribir, sino más adelante. Al final del relato me referiré a ellas. A. CH.)

Perdí toda esperanza de dormir, y me levanté. El murmullo suave de la lluvia se transformó en el furioso estruendo que tanto me gustaba en otro tiempo, cuando mi alma ignoraba el miedo y el odio. En ese momento, en cambio, me pareció lúgubre.

«¡El marido ha matado a su mujer!»

Fue su última frase. Me asusté y cerré los ojos; di un golpe a la jaula y la arrojé al suelo.

—¡Que el diablo te lleve! —grité, mientras oía el ruido de la jaula y el grito agudo del loro. La caída le costó la vida. ¡Pobre pájaro! ¡Por qué lo maté! Su frase favorita me recuer…

(Aquí está tachada casi toda una página. Sólo quedan algunas palabras que no ofrecen ningún indicio sobre el sentido de lo tachado. A. CH).

La madre de mi predecesor, al cederme su casa, me hizo pagar los muebles y hasta fotografías de personas desconocidas. Pero no me cobró ni un *kopek* por el loro. A su partida, se despidió con lágrimas de su noble pájaro y me pidió que se lo cuidara hasta su regreso. Le di mi palabra de que el loro no tendría queja de mí. Pero lo he matado. Me imagino lo que dirá la vieja cuando lo sepa.

20

GOLPEARON débilmente en la ventana. Mi casa era una de las últimas de la calle; un golpe en la ventana no era raro, sobre todo cuando la lluvia obliga a buscar un abrigo. Pero no era gente de paso. Me acerqué, y a la luz de un relámpago vi la sombría silueta de un hombre muy alto. Estaba frente a la ventana y parecía crispado de frío. Abrí y pregunté:

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—¡Sergio Petrovich! —dijo la voz lastimera de un hombre transido y espantado—. ¡Soy yo! Vengo a buscarlo…

Reconocí, con gran sorpresa, la voz y la frágil silueta del doctor Voznessenski. Me asombró su visita tardía, conociendo la regularidad de sus costumbres. ¿Qué podía obligarlo a venir a mi casa a las dos de la mañana, y con un tiempo semejante?

—¿Qué quiere? —le pregunté, mandándolo al diablo desde el fondo de mi alma.

—Perdóneme. Quería llamar a la puerta, pero a esta hora Policarpo duerme como un leño. Decidí golpear la ventana.

Pavel Ivanovich se acercó más y balbució algo incomprensible. Temblaba y parecía ebrio.

—¡Lo escucho! —dije, perdiendo la paciencia.

—Veo que le disgusta mi visita. Pero si supiera lo que pasa, me perdonaría que lo haya despertado. ¡Después de treinta años de

vida, sólo hoy me siento desgraciado, realmente desgraciado, Sergio Petrovich!

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué tengo que ver yo?

—¡Sergio Petrovich! —balbució, acercando a mi cara su mano mojada por la lluvia—. ¡Hombre honesto! ¡Amigo mío!

Oí llorar al hombre.

—¡Pavel Ivanovich! —dije—. ¡Vuelva a su casa! ¡No puedo hablar con usted ahora! ¡No me haga perder la paciencia!

—¡Mi querido amigo! —continuó con voz suplicante—. ¡Cásese con ella!

—¡Usted está loco! —grité, cerrando la ventana.

El doctor, como antes mi loro, era víctima de mi carácter. No lo invité a entrar y le cerré la ventana en las narices: dos groserías imperdonables por las que habría yo destrozado todas las ventanas del mundo y retado a duelo hasta a una mujer. Pero Pavel Ivanovich, bendito, pacífico y tranquilo, no sabía nada de duelos ni se disgustaba nunca. A la luz de un relámpago miré por la ventana y lo vi encorvado. Su cara era la de un mendigo que esperaba una limosna. Aparentemente, esperaba que lo dejara hablar.

Por suerte, mi conciencia despertó. Me tuve lástima, deploré que la naturaleza hubiera alojado en mí tanta crueldad y tanta cobardía. Mi cuerpo estaba sano, pero mi alma estaba seca.

Sigue una explicación jactanciosa de la resistencia psíquica del autor. La vista de los sufrimientos humanos, de la sangre, las autopsias judiciales, etc., no le producían, parece, ninguna impresión. Todo ese pasaje está lleno de petulancia ingenua y simulación. Molesta por su grosería, y lo he suprimido. No es esencial para la comprensión del carácter de Kamychov. (A. CH.)

Me acerqué a la ventana y la abrí.

—¡Entre! —dije.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Un minuto es precioso! La pobre Nadia se ha envenenado y no puedo dejarla sola. Apenas pudimos salvarla. ¿No es una desgracia? ¡Y usted no me escucha y me cierra la ventana!

—¿Pero se ha salvado?

—¡De las personas desgraciadas no se habla en ese tono, amigo mío! ¡Quién hubiera pensado que esta criatura inteligente y honesta atentara contra su vida por un individuo como el conde! Desgraciadamente, las mujeres no son perfectas. Por más inteligente que sea una mujer, siempre tiene un pequeño defecto que le impide vivir tranquila. Ahí está Nadia, por ejemplo. ¿Por qué ha hecho eso? Por amor propio, nada más. Amor propio enfermizo. Para molestarlo a usted se le ocurrió casarse con el conde. No quería ni su dinero ni su título. Sólo quería satisfacer su monstruoso amor propio. Y de pronto el descalabro. Usted sabe que su mujer llegó. ¡El conde era casado!… ¡Y se pretende que las mujeres saben sufrir mejor que los hombres! ¿De dónde sacan ese aguante si por un motivo cualquiera se tragan cabezas de fósforos?

—Tomará usted frío.

—Lo que le digo… Además de su amor desgraciado, de su vana tentativa de producirle despecho, agrega este suicidio frustrado. Es difícil imaginar una desdicha mayor. Amigo mío, si le queda un ápice de piedad… ¡Ah, si usted la viera!… ¿Por qué no viene conmigo a verla? Usted la amó. Si ahora no la quiere, ¿por qué no sacrifica por ella un poco de su libertad? Una vida humana es preciosa; se puede por ella darlo todo… ¡Salve una vida!

Golpearon tan fuerte a la puerta que casi me tambaleé. Un estremecimiento me oprimió el corazón. No creo en presentimientos, pero esta vez mi alarma no era vana. Golpearon a la puerta de la calle.

—¿Quién es? —grité por la ventana.

—Una carta para usted.

—¿De quién es?

—Del conde. Han muerto a alguien.

Una forma negra, abrigada con una piel de oveja, se acercó a la ventana y maldiciendo la lluvia me tendió una carta…

Encendí una lámpara y leí:

> «Por el amor de Dios, deja todo y ven a verme *en seguida*. Han matado a Olga. He perdido la cabeza, voy a volverme loco… Tu A. K.».

¡Olga asesinada! Todo dio vueltas en mi cabeza y mi vista se oscureció. Me senté en la cama; sin fuerzas para coordinar mis ideas, dejé caer los brazos.

—¿Es usted Pavel Ivanovich? —dijo la voz del mensajero—. También tenía que verlo. Tengo otra carta para usted.

Cinco minutos después Pavel Ivanovich y yo nos dirigíamos, en un coche cerrado, hacia la propiedad del conde. Sobre el coche caía la lluvia; delante de nosotros se encendían a cada instante relámpagos cegadores. Se oía el rugido del lago…

21

COMENZABA el último acto del drama; dos de los que habían participado en él verían un cuadro desgarrador.

—¿Qué pasará ahora? —pregunté al doctor.

—No se me ocurre nada… No sé nada.

—Yo tampoco.

—Hamlet deploraba un día que el Señor del cielo y de la tierra hubiera prohibido el pecado del suicidio. Yo deploro ahora que el destino me haya hecho médico; lo deploro profundamente.

—También yo deploro ser juez de instrucción —dije—. Si el conde no ha confundido un suicidio con un asesinato, y si realmente Olga ha sido asesinada, ¿se imagina usted lo que tendrán que aguantar mis pobres nervios?

—Usted puede excusarse.

Miré con curiosidad al doctor; naturalmente, la oscuridad no me permitió ver nada. ¿De dónde sacaba él que yo *podía* excusarme? Yo había sido el amante de Olga, pero ¿quién, además de Olga, y quizá de Chejosky, podía saberlo?

—¿Por qué piensa que yo podría excusarme? —pregunté.

—Por nada… Pero usted puede decir que está enfermo, renunciar… Nada de eso sería deshonesto, ya que habrá alguien para reemplazarlo. Pero un médico está en otras condiciones…

«¿Sólo por eso?» —pensé.

Después de un execrable viaje sobre el suelo arcilloso, el coche se detuvo frente a la casa del conde. Las ventanas altas estaban iluminadas. En la que correspondía al cuarto de Olga se filtraba una luz muy débil. Las demás estaban oscuras. En la escalera encontramos a la Lechuza. Me miró con sus ojos penetrantes y su ajado rostro se torció en una sonrisa burlona.

«¡Va a tener una sorpresa!» —decían sus ojos.

Quizá pensaba que veníamos de fiesta, ignorando lo ocurrido.

—¡Se la recomiendo! —dije a Pavel Ivanovich, mientras le quitaba el gorro a la vieja y descubría su calva—. Esta bruja, amigo mío, tiene noventa años. Si alguna vez le hiciéramos la autopsia, nuestras opiniones serían diferentes: usted vería un cerebro atrofiado, y yo al ser más inteligente y taimado del distrito, el diablo con faldas.

Al entrar en el salón quedé estupefacto. Se presentó a mi vista un cuadro inesperado. Todas las sillas y los sillones estaban ocupados; en los ángulos y cerca de las ventanas también había gente. ¿De dónde salía tanta gente? Si me hubieran dicho que la encontraría a esa hora en la casa del conde me hubiera echado a reír. ¡Y qué inconveniente era su presencia en momentos en que Olga estaba agonizando o muerta!

Esa gente era el coro de gitanos del restaurante «Londres»: el coro que el lector conoció en uno de los primeros capítulos. Al entrar, mi vieja conocida Tina se separó de su grupo con un grito de alegría. Una sonrisa se extendió por su cara cetrina cuando le tendí la mano; las lágrimas no la dejaron hablar. Tuve que preguntar a otros gitanos la razón de su presencia en la casa.

El conde los había llamado por la mañana, encargándoles que estuvieran en el castillo a las nueve. Obedecieron la orden y a las ocho estaban ya en la casa.

—Esperábamos dar un momento de placer al conde y a sus invitados. Sabíamos tantas canciones nuevas, y de pronto…

Un paisano a caballo anunció que durante la cacería había habido un asesinato, y ordenó preparar una cama para Olga Nicolaevna. No le creyeron porque estaba borracho «como un cerdo»; pero cuando

escucharon ruidos y a través del salón vieron transportar un cuerpo, ya no dudaron.

—Y ahora —terminó uno de los gitanos— no sabemos qué hacer. No podemos quedarnos. Donde se necesita un cura está de más la gente alegre. Además, las mujeres están inquietas y no hacen más que llorar. Queremos irnos, pero no quieren darnos los caballos. El señor conde está enfermo; no deja entrar a nadie. Los sirvientes nos contestan con burlas. No podemos irnos a pie con semejante tiempo. Los sirvientes son horriblemente groseros. Cuando les pedimos que encendieran un samovar nos mandaron al diablo.

Todas esas quejas terminaron con una llorosa súplica a mi generosidad. ¿No podía yo procurarles vehículos para dejar la casa «maldita»?

—Si los caballos no están encerrados y hay cocheros disponibles, trataré de que puedan partir —les dije—. Daré la orden.

A estos pobres individuos venidos de payasos, acostumbrados a hacerse los graciosos, no les quedaban bien las caras de cuaresma y de abatimiento. Mi promesa de enviarlos a la estación los reanimó un poco. Los murmullos de los hombres se trocaron en conversación y las mujeres dejaron de llorar.

Cuando llegué, después de cruzar varias piezas oscuras, a la habitación del conde, me encontré con un cuadro conmovedor.

Cerca de un samovar estaban sentados Zossia y su hermano, cuchicheando. Zossia, vestida con una blusa ligera, con las mismas pulseras, respiraba sales y bebía té, con aire lánguido y asqueado. Sus ojos habían llorado. El episodio de la cacería le había quebrantado los nervios. Chejosky, impasible, bebía té a grandes tragos, y conversaba con su hermana. A juzgar por su expresión, la tranquilizaba y la persuadía de que no llorase.

Como es lógico, encontré al conde completamente trastornado. Estaba más delgado y débil que nunca, sumamente pálido y sus labios temblaban como si tuviera fiebre. Tenía la cabeza envuelta en un pañuelo blanco que exhalaba un fuerte olor a vinagre. A mi

entrada, saltó del sofá donde estaba acostado y, arrastrando los faldones de su bata, corrió a mi encuentro.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo temblando y atragantándose.

Emitiendo sonidos imprecisos me llevó hacia el sofá y, cuando me senté, se apretó contra mí como un perro aterrado, y empezó a contarme sus penas.

—¿Quién podía esperar esto? ¡Qué cosa más terrible! Espera que me tape con esta manta. Tengo fiebre. ¡La mataron, pobrecita! ¡Y de qué manera! Todavía respira, pero el médico del *zemstvo*[9] dice que morirá de un momento a otro. ¡Qué día tan horrible! Para colmo se aparece mi mujer sin motivo alguno. Es la peor de mis culpas. Me casaron, Serioja, mientras estaba borracho, en Petersburgo. De vergüenza no te lo dije. Y ha llegado; puedes verla. ¡Mírala y castígame! ¡Maldita debilidad! Bajo el efecto del alcohol soy capaz de hacer cualquier cosa. La llegada de mi mujer fue el primer golpe; ese escándalo con Olga, el segundo… Espero el tercero. Sé que llegará. Lo sé. Voy a volverme loco.

Después de haber sollozado, de haber tomado tres copitas de vodka, y de haberse tratado de asno, de bandido y de borracho, el conde me relató lo ocurrido en la cacería.

Me contó poco más o menos lo siguiente: Veinte o treinta minutos después de mi partida, cuando se reponía de la sorpresa causada por la llegada de Zossia y ella empezaba a actuar como dueña de casa, se oyó de pronto un grito penetrante, desgarrador.

El grito venía del bosque y el eco lo repitió tres o cuatro veces. Era un grito tan insólito que las personas que lo oyeron se incorporaron, los perros ladraron y los caballos levantaron las orejas. No era un grito natural, pero el conde creyó reconocer un grito de mujer. Era un grito de desesperación y de horror, como deben de ser los de las mujeres cuando ven un fantasma. Los invitados y el conde se miraron inquietos. Durante tres minutos reinó un pesado silencio.

En tanto que los señores se miraban en silencio, los cocheros y los sirvientes corrieron hacia el lugar de donde venía el grito. El primero que volvió fue el viejo criado, Ilya. Apareció pálido, con las

pupilas dilatadas y quiso hablar; pero la emoción se lo impidió durante un rato. Al fin consiguió dominarse, y, persignándose, dijo:

—¡Han matado a la señora!

—¿Qué señora? ¿Quién la ha matado?

Pero Ilya no contestó.

El segundo hombre que apareció era alguien a quien no se esperaba y cuya aparición sorprendió terriblemente. Y sorprendió por su aparición súbita y por su aspecto. Cuando el conde lo vio y se acordó de que Olga estaba en el bosque, se le oprimió el pecho y las piernas se le aflojaron; tuvo un presentimiento horrible.

Era Piotre Iegorych Urbenín, ex administrador del conde y marido de Olga. Se oyeron primero unos pasos pesados y un ruido de arbustos aplastados, y luego apareció el cuerpo macizo del pobre Piotre Iegorych.

Al ver a la gente, dio un paso atrás y se quedó inmóvil y silencioso, como clavado en el suelo; entonces, pudieron observarlo.

Tenía su habitual chaqueta gris y un pantalón usado. Estaba sin sombrero, y sus cabellos, mojados de sudor, se le pegaban a la frente y a las sienes. Su rostro, rojo de ordinario y hasta violáceo, estaba pálido. Sus ojos, extraviados, miraban a lo lejos. Sus labios y sus manos temblaban.

Pero lo más sorprendente eran sus manos ensangrentadas. Sus manos y sus puños estaban cubiertos de una espesa capa, como si los hubiera introducido en un baño de sangre.

Después de unos minutos de postración, Urbenín, como si despertara, se dejó caer en la hierba y se echó a gemir. Los perros, husmeando alguna cosa extraordinaria, lo rodearon y ladraron. Urbenín miró a todos con sus ojos turbados, se cubrió la cara con las manos, y cayó en una nueva postración.

—¡Olga! ¡Olga! —gimió—. ¿Qué has hecho?

Graves sollozos salían de su pecho y un temblor le sacudía las espaldas. Cuando retiró las manos, tenía la cara ensangrentada.

Al llegar aquí, el conde hizo un gesto de abatimiento, bebió nerviosamente un vaso de vodka, y continuó:

—De allí en adelante mis recuerdos se confunden. Todo lo que sucedió me dejó aterrado, al punto de que he perdido la facultad de pensar. No me acuerdo de nada de lo que pasó entonces… Recuerdo que los hombres trajeron del bosque un cuerpo cubierto con un vestido roto y ensangrentado. No tuve valor de mirarla… La subieron en un coche y la trajeron aquí. No he oído ni gemidos ni llantos. Dicen que le han hundido en un costado el puñal que siempre llevaba con ella. ¿Te acuerdas? El que yo le regalé… Un puñal embotado, que corta menos que el borde de ese vaso. ¡Qué fuerza habrá tenido el que lo clavó! Sabes cómo me gustaban las armas del Cáucaso; ahora que se vayan al diablo. Mañana haré tirar todas las que tengo.

El conde bebió otro vaso de vodka y continuó:

—Y después, ¡qué vergüenza! La trajimos aquí. Todo el mundo estaba desesperado y aterrorizado y, de golpe, los gitanos rompieron a cantar. Estaban alineados y cantaban a voz en cuello. Querían darnos una bienvenida alegre. A mí se me había ocurrido dar una sorpresa a mis huéspedes, de regreso de la cacería, y mira el resultado. Yo no sabía qué hacer. ¿A quién había que buscar? ¿A la policía, al procurador? No entiendo absolutamente nada de esos procedimientos. Menos mal que el padre Ieremiia, apenas supo el hecho, vino a traer el Santísimo Sacramento. Yo no había pensado. Te suplico que te encargues de todas las formalidades. ¡Perderé la cabeza! La llegada de mi mujer, ese asesinato. ¡Ah! ¿Dónde está ahora mi mujer? ¿La has visto?

—Sí, está tomando té con su hermano.

—Chejosky es un bandido. En el momento que iba a escaparme de Petersburgo, sospechó la cosa y se agarró con uñas y dientes. ¡El dinero que me ha sacado! Es inconcebible.

No quería perder tiempo; me levanté y me dirigí a la puerta.

—Escucha —dijo el conde—. ¿Crees que Urbenín intentará atacarme?

—¿Fue él quien atacó a Olga?

—Fue él, seguramente; no puedo comprender de dónde salió. ¿Qué lo llevó al bosque? Y justamente a ese lugar. Admitamos que se escondió y esperó; pero ¿cómo sabía que yo me detendría en ese lugar y no en otro?

—Tú no comprendes nada —dije—. Y, a propósito, te pido de una vez por todas: si me hago cargo de este asunto, ahórrame tus razonamientos; contesta a mis preguntas y nada más.

Dejé al conde y pasé al cuarto donde yacía Olga…

22

EN EL CUARTO de Olga, una lámpara azul iluminaba débilmente las caras. Olga estaba tendida en la cama, con la cara cubierta de vendas. Sólo se le veía la nariz, extremadamente pálida, y los párpados cerrados. Sobre su pecho descubierto, en el momento en que entré ponían una bolsa con hielo[10].

Olga vivía aún. Dos médicos la atendían. Pestañeando, Ivanovich no cesaba de resoplar mientras seguía los latidos del corazón de la muchacha.

El médico del *zemstvo*, muy fatigado y de aspecto enfermizo, estaba sentado en un sillón, cerca de la cama, y con aire reflexivo tomaba el pulso a Olga. El padre Ieremiia acababa de terminar su oficio, y envolviendo la cruz en su estola se disponía a partir.

—Piotre Iegorych —dijo suspirando—. Cálmese… La voluntad de Dios dispone estas cosas. En Él debemos confiar.

Urbenín estaba sentado en un rincón; casi no lo reconocí. Su intemperancia de los últimos tiempos se revelaba en sus ropas y su físico. Sus ropas estaban gastadas, sus ojos cansados. Inmóvil y con la cabeza entre las manos, no quitaba la vista de la cama. Tenía las manos y la cara aún ensangrentadas. Había olvidado lavarse.

¡Oh profecía de mi alma y de mi pobre pájaro! Siempre que mi loro gritaba su frase sobre el marido que ha matado a su mujer aparecía Urbenín en mi imaginación. ¿Por qué?

Yo sabía que los maridos celosos matan a veces a la mujer que los engaña. Sabía, por otra parte, que las personas como Urbenín no matan. Y me parecía absurdo el asesinato de Olga por Urbenín…

«¿Fue él?» —me pregunté, mirando su rostro desdichado.

Y, francamente hablando, a pesar del relato del conde y de la sangre que veía en las manos y en la cara del administrador, no pronuncié la respuesta afirmativa.

«Si fuera culpable —me dije— se hubiera lavado hace rato las manos y la cara». Y me acordaba de la tesis de un juez de instrucción amigo mío: «Los asesinos no pueden soportar la sangre de sus víctimas».

Escarbando en mi cerebro, hubiera encontrado muchos adagios como éste. Pero no convenía llenarse la cabeza de prejuicios.

—¡Le presento mis respetos! —me dijo el médico del *zemstvo*—. Me alegro de que haya llegado. Dígame, por favor, ¿quién es aquí el dueño de casa?

—Aquí no hay dueño de casa; aquí reina el caos.

—Bien dicho —dijo el médico, tosiendo—; pero eso no arregla nada. Hace tres horas que he pedido que me traigan una botella de oporto o de champaña y ni me escuchan. Es como si no oyeran. Sólo ahora traen el hielo que pedí hace horas. ¡Es extraordinario! Una persona está muñéndose y todos tienen aire de divertirse. El conde, en su cuarto, bebe licores y aquí no puede hallarse el más pequeño vaso de cordial. Quiero mandar a alguien a la farmacia y me dicen que los caballos están cansados; pido un hombre para mandarlo a mi hospital, a buscar medicamentos y vendas, y me traen un borracho que apenas puede tenerse en pie. Hace dos horas que lo mandé y acaba de salir. ¿No es esto un escándalo? Sólo hay aquí gente ebria y grosera. ¡Por Dios; es la primera vez que veo gente tan cruel!

El médico no exageraba. Desmoralizados por la ociosidad y por la ausencia prolongada de su patrón, los sirvientes estaban execrables.

Deprimido, quise tomar un poco de vino. Distribuí dos o tres bofetadas y obtuve champaña y un poco de valeriana. Esto alegró a

los médicos. Al cabo de una hora llegó del hospital un enfermero con lo necesario[11].

Pavel Ivanovich puso en la boca de Olga una cucharada de champaña. Olga hizo un movimiento de faringe y exhaló un gemido. Le dieron después una inyección de algo así como las gotas de Honmann.

—¡Olga Nicolaevna! —le gritó al oído el médico del *zemstvo*—. ¡Olga Nicolaevna!

—Es difícil que recobre el conocimiento —suspiró Pavel Ivanovich —. Ha perdido mucha sangre, y el golpe que recibió en la cabeza le ha producido, seguramente, una conmoción cerebral.

Hubiese o no conmoción cerebral, el caso es que Olga abrió los ojos y pidió de beber. Los estimulantes habían obrado.

—Aproveche para preguntarle lo que quiera —me dijo Pavel Ivanovich, empujándome con el codo—. Interróguela.

Me acerqué a la cama… Olga fijó sus ojos en mí.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

—Olga Nicolaevna —comencé—. ¿Me reconoce usted?

Ella me miró unos segundos y cerró los ojos.

—¡Sí! —dijo con un gemido—. ¡Sí!

—Yo soy Zinoviev, el juez de instrucción. Yo tuve el honor de conocerla, ¿se acuerda? Yo fui su padrino.

—¿Eres tú? —murmuró, estirando el brazo izquierdo—. Siéntate.

—¡Divaga! —dijo Pavel Ivanovich.

—Yo soy Zinoviev, el juez de instrucción —continué—. Yo estuve en la cacería, ¿se acuerda? ¿Cómo se siente?

—¡Interróguela a fondo! —me dijo el médico del *zemstvo*—. En cualquier momento puede perder el conocimiento.

—Le suplico que no me dé lecciones —contesté ofendido—. Sé lo que debo decir. Olga Nicolaevna: trate de recordar los hechos de ayer. Yo la ayudaré. A la una, montó a caballo y partió a la cacería. La cacería duró cuatro horas. En seguida, hubo un alto en la orilla del bosque. ¿Se acuerda?

—Y tú… tú… mataste…

—La becada. Después de que maté la becada, usted hizo un ademán y se apartó de nosotros. Entró en el bosque. Ahora trate de recordar. Usted fue atacada en el bosque, durante un paseo, por alguien que nosotros no conocemos. Le pregunto, en calidad de juez de instrucción: ¿quién era?

Olga abrió los ojos y me miró un instante.

—Nombre a ese hombre… Salvo yo, no hay aquí más que tres personas…

Olga inclinó la cabeza.

—Tiene que nombrarlo —repetí—: sufrirá su castigo. La ley le hará pagar muy caro su salvajismo. Será condenado a trabajos forzados. Espero…

Olga sonrió y bajó de nuevo la cabeza. El resto del interrogatorio no aclaró nada. No pude obtener ninguna otra palabra, ni un gesto. Olga murió a las cinco menos cuarto.

A las siete de la mañana llegaron de la ciudad las personas que yo había convocado: el alguacil y los testigos. Era imposible acudir al lugar del hecho: la lluvia, que había comenzado durante la noche, caía a torrentes. Los charcos se habían transformado en lagos; el cielo, huraño, no se despejaba; a cada ráfaga, los árboles dejaban caer verdaderos chaparrones. Era imposible partir y, además, tal cosa no hubiera tenido sentido: la lluvia había seguramente borrado todos los rastros.

Pero el procedimiento exigía que el lugar del crimen fuera examinado. Postergué la visita hasta la llegada de la policía y me ocupé en redactar el proceso verbal y el interrogatorio.

Interrogué primero a los gitanos. Los pobres cantores habían esperado toda la noche los caballos necesarios para partir. Imaginando que se sospechaba de ellos, se esforzaron por convencerme, y con lágrimas en los ojos afirmaron su total ignorancia. Tina, viendo en mí un personaje oficial, olvidó totalmente nuestras antiguas relaciones y tembló como una niña castigada. Les pedí que abandonaran su temor; les afirmé que sólo veía en ellos a simples testigos. Me contestaron a una sola voz que ellos no habían

sido testigos de nada; que no sabían nada y que esperaban que, en el porvenir, Dios los tuviera alejados de la Justicia.

Les pregunté por cuál camino habían venido de la estación; si no habían pasado por el bosque; si alguno se había separado de ellos, aun por un corto espacio de tiempo, y si no habían escuchado el grito desgarrador de Olga[12]. Este interrogatorio no dio ningún resultado. Aterrados, los gitanos mandaron al pueblo a dos de sus muchachos para alquilar carros. Querían partir lo antes posible. Alquilaron, por tres veces su precio, cinco carros y, por la noche, salieron de la casa del conde. Después se les reembolsaron los gastos, pero nadie los indemnizó de los tormentos morales sufridos aquella noche.

Después registré el cuarto de la Lechuza[13]. Encontré en su maleta gran cantidad de trapos, pero ni rastros del dinero y los objetos que la vieja robaba al conde y a sus invitados. Tampoco encontré los que fueron robados a Tina. Evidentemente, la vieja tenía otro escondrijo, conocido por ella sola.

No reproduzco aquí todo mi proceso verbal, su preámbulo y su desarrollo. Era muy largo y lo he olvidado. Expongo brevemente sus rasgos generales.

Describí primero el estado en que encontré a Olga y expuse, en detalle, el interrogatorio. Éste mostraba que Olga me contestó estando perfectamente lúcida, y que me ocultó el nombre del matador.

El examen del vestido, hecho con el comisario de la policía local, dio algunos indicios. La chaqueta de terciopelo, forrada de seda, estaba húmeda aún. El lado derecho, agujereado por el puñal, estaba manchado de sangre; en algunos sitios se veían coágulos sanguinolentos. La hemorragia había sido considerable; era sorprendente que Olga no hubiera muerto en el acto. También estaba ensangrentado el lado izquierdo; la manga estaba rota cerca del hombro y en el puño. Los dos botones de la chaqueta habían desaparecido. La falda, de casimir oscuro, muy arrugada durante el transporte de Olga al coche y del coche a la cama, estaba rota en la cintura. Tenía un rasgón longitudinal, de seis centímetros, producido

durante el transporte o al serle sacada la falda. También pudo existir antes del ataque del asesino. Olga era poco cuidadosa; al producirse la rotura, en lugar de coserla habría optado por disimularla bajo la chaqueta. En todo caso creo que el furor salvaje del criminal, en que tanto insistió el sustituto del procurador, no tuvo nada que ver con esto.

El lado derecho de la cintura y el bolsillo izquierdo estaban bañados en sangre. El pañuelo y un guante, que guardaba en ese bolsillo, mostraban también manchas de sangre. Sobre toda la falda, de la cintura al ruedo, se veían manchas de formas y tamaños diferentes; casi todas eran impresiones de las manos de los cocheros y de los sirvientes que condujeron a Olga. La camisa estaba ensangrentada, sobre todo en el lado derecho, donde se veía el agujero producido por el arma. En el hombro izquierdo y cerca de los puños, lo mismo que en el talle, había desgarraduras.

El reloj de Olga, de oro, y su larga cadena de oro, un prendedor de diamantes, los aretes, los anillos y el portamonedas con dinero, aparecieron cerca de sus ropas. Era claro que el robo no había sido el móvil del crimen.

La autopsia, practicada en mi presencia por Pavel Ivanovich y el médico del *zemstvo*, provocó un informe muy extenso, del cual referiré lo sustancial.

En el examen externo, los médicos encontraron las lesiones siguientes: sobre la cabeza, en los límites del temporal izquierdo y del occipital, una herida de una media pulgada llegaba al hueso. Los bordes de la herida eran irregulares. Había sido producida, probablemente, por la hoja de un puñal. Sobre el cuello, a nivel de la vértebra cervical, había una raya roja, semicircular, que envolvía la parte posterior. A lo largo de esta raya había equimosis poco importantes. Algunos centímetros más arriba del puño izquierdo aparecían cuatro manchas azules: una en la parte dorsal y las otras en la interior. Provenían, seguramente, de la presión de una mano.

La manga izquierda de la chaqueta estaba rota a la altura de las manchas. Entre la cuarta y la quinta costilla, en el encuentro de una

línea vertical que partiera del hueco de la axila, había una gran llaga abierta, del ancho de una pulgada. Los labios eran lisos, como cortados, y estaban llenos de sangre, en parte líquida y en parte coagulada. La herida provenía de un puñal cuyo ancho correspondía exactamente al de aquélla.

El examen interno reveló una desgarradura del pulmón derecho y de la pleura, con sangre extravasada en la cavidad de esta última.

Las conclusiones de los médicos fueron éstas:

a) La muerte resultó de una anemia consecutiva a una fuerte hemorragia, suscitada por la herida abierta en el costado derecho.

b) La herida de la cabeza era grave, y la del pecho, absolutamente mortal.

c) La herida de la cabeza provenía de un arma contundente, y la del pecho de un arma afilada, probablemente, de los dos lados.

d) Ninguna de estas lesiones podía ser obra personal de la muerta.

e) No había existido tentativa de violación.

Haré ahora la reconstrucción del asesinato, tal como lo imagino a través de los exámenes médicos, de los dos o tres primeros interrogatorios y de la autopsia.

Olga se apartó de nosotros y paseaba por el bosque. Pensativa, o asaltada por ideas tristes (recuérdese su melancolía de esa tarde) se extravió en la espesura. Ahí la encontró el asesino. Estaba bajo un árbol y el hombre se acercó y le habló.

Este hombre no le era sospechoso. En caso contrario, hubiera gritado. Después de haberle hablado, el asesino la tomó con tanta fuerza por el brazo izquierdo que destrozó las mangas de la chaqueta

y de la camisa, dejando en el brazo cuatro manchas azules. Probablemente, ella entonces lanzó el grito, al notar en la cara del agresor sus intenciones. Tratando de impedir que gritara, el hombre la tomó del pecho, cerca del cuello, lo que explica la pérdida de los dos botones y el surco rojo en el cuello. Con ese movimiento, el asesino tomó con fuerza la cadena de oro y el roce produjo la marca del cuello. Después golpeó a Olga en la cabeza con un bastón, o con el mango del puñal de la muchacha. Enfurecido, desenvainó después el puñal y lo clavó con violencia en el costado de su víctima. Digo con violencia porque el puñal no estaba afilado.

Tal era el lúgubre cuadro que yo reconstruí fundándome en los datos expuestos. Evidentemente, no parecía difícil averiguar quién era el culpable. Por lo pronto, el móvil no era el robo. No se podía acusar a vagabundos extraviados ni a pescadores del lago. El grito de la víctima no habría impedido que el hombre le arrancara el reloj o el prendedor. En segundo lugar, Olga no quiso nombrarme al asesino; tratándose de un simple ladrón, ese silencio no se explica. El asesino era alguien a quien ella amaba, a quien no quería enviar a la cárcel. Este hombre podía ser: su padre, loco; su marido —a quien no amaba, pero ante el cual se sentía culpable—, el conde, ante quien se sentía obligada…

El padre, el día del asesinato, estuvo en su casa, y había redactado una carta al comisario, en la que pedía ayuda contra los ladrones imaginarios. El conde, ni antes ni después del asesinato, se separó de sus invitados.

Quedaba, como sospechoso, el desdichado Urbenín. Su aparición súbita, su aspecto, eran indicios convincentes. La vida de Olga, por otra parte, había sido en los últimos tiempos una novela, y esa novela era de las que terminan de ordinario en proceso criminal. Un viejo marido enamorado, engañado y celoso, que castiga a su mujer; la fuga de ésta al cabo de dos meses de casamiento a la casa de su amante. Si la heroína de una novela de esta clase es asesinada, no hay que buscar al criminal entre ladrones o bandidos; hay que

buscarlo entre los héroes de la novela. El «héroe» más indicado del drama era Urbenín.

Inicié la información en el salón de los mosaicos, en cuyos blandos canapés acostumbraba a hundirme rodeado de hermosas gitanas. Interrogué primero a Urbenín. Lo trajeron del cuarto de Olga, donde continuaba sentado en un taburete, con la mirada perdida. Se quedó un instante en silencio, mirándome con indiferencia, hasta que, adivinando que yo quería interrogarlo, me dijo con la voz de un hombre cansado, agobiado por la desdicha y la tristeza:

—Interrogue primero a otros testigos, Sergio Petrovich. Después yo. No puedo más…

Urbenín se calificaba de testigo, creyendo que lo interrogaría como a tal.

—No —le dije—. Voy a interrogarlo precisamente ahora. Siéntese.

Urbenín se sentó frente a mí, cabizbajo. Cansado y enfermo, contestó, con desgana.

Declaró su nombre, su edad, su religión. Poseía una propiedad en el distrito vecino de K…; había recibido educación y en dos ocasiones había cumplido funciones de juez de paz. Arruinado, debió hipotecar su propiedad y buscar empleo. Trabajó seis años como administrador del conde. Como le gustaba la agricultura, no tuvo reparo en trabajar para un particular, considerando que sólo las personas tontas se avergüenzan del trabajo. Cobraba regularmente su sueldo y no tenía queja en ese sentido. Tenía, de su primer casamiento, un hijo y una hija; etcétera.

Se había casado con Olga por amor. Había luchado dolorosamente contra su amor, pero ni la lógica ni el buen sentido ni la experiencia pudieron nada: debió ceder a su pasión y casarse. Sabía que Olga no se casaba por amor, pero, considerándola una persona de moral elevada, decidió contentarse con su fidelidad y con su amistad, que esperaba ganar.

Llegado a la época en que comenzaron sus decepciones y al ultraje de que había sido objeto, Urbenín solicitó no hablar del pasado —«que el Señor perdonaría a Olga»— o, por lo menos, postergar esta conversación.

—No puedo. Me es muy penoso…

—Bueno, dejemos eso para más adelante. Hoy dígame solamente esto: ¿es verdad que usted castigó a su mujer? Se dice que una vez le sorprendió una carta del conde y la azotó.

—Es falso. La tomé por el brazo y se echó a llorar. Se escapó esa misma noche.

—¿Tenía usted conocimiento de sus relaciones con el conde?

—He pedido postergar esa conversación. ¿Qué se saca con esto?

—Conteste a esta sola pregunta, que es de gran importancia: ¿tenía usted conocimiento de las relaciones de su mujer con el conde?

—Ciertamente.

—Tomo nota. Lo que concierne a la infidelidad de su mujer, dejémoslo para más adelante. Pasemos ahora a otro punto. Explíqueme por qué estaba en el bosque la tarde en que fue muerta Olga Nicolaevna. Usted vivía en la ciudad. ¿Por qué fue al bosque?

—Sí; vivo en la ciudad, en la casa de una prima, desde que perdí mi empleo. Buscaba trabajo, y me emborrachaba a causa de mi tristeza. He bebido mucho, sobre todo este mes. No me acuerdo nada, por ejemplo, de la semana pasada. Anteayer también me emborraché… Soy un hombre perdido, irremediablemente perdido.

—¿Quiere explicarme por qué fue al bosque?

—Bien, señor… Me desperté temprano, como a las cuatro. A causa de la borrachera de la víspera, me dolía la cabeza; tenía el cuerpo dolorido, como si tuviera fiebre. Desde la cama vi, por la ventana, salir el sol, y me acordé de muchas cosas… Me sentí apenado y tuve deseos de verla, por última vez, quizá. La cólera y la angustia se apoderaron de mí. Saqué de un bolsillo los cien rublos que me había mandado el conde y me puse a pisotearlos. Después

de pisotearlos repetidas veces decidí ir y arrojarle a la cara su limosna. Por andrajoso y pobre que sea, no puedo vender mi honor y considero una injuria toda tentativa de comprarlo. Quise ver a Olga y a él, y arrojarle el dinero a la cara. Este deseo fue tan fuerte que creí volverme loco. Para venir aquí no tenía dinero. No podía tocar *sus* cien rublos. Vine, pues, a pie. Felizmente, encontré a un amigo que por diez *kopeks* me trajo unas dieciocho verstas Mi amigo me dejó en Tenieievo. Desde allí continué andando y llegué a las cuatro.

—¿Alguien lo vio llegar?

—Sí, señor: el guardián Nicolás, que estaba sentado a la puerta. Me dijo que los señores estaban de cacería. Me caía de fatiga, pero el deseo de ver a mi mujer me dio fuerzas. Me encaminé al lugar de la cacería. No fui por el camino; crucé por el bosque nuevo, donde conozco cada árbol y donde me sería tan difícil perderme como en mi casa.

—Pero, cruzando el bosque, podía no encontrar a los cazadores.

—No, señor: orillé todo el tiempo el camino y, pude escuchar los tiros y aun las conversaciones.

—Entonces, ¿usted no pensaba encontrar a su mujer en el bosque?

Urbenín me miró, sorprendido, y después de reflexionar, dijo:

—Perdóneme: esa pregunta es extraña. Suponer que encontraremos un lobo es difícil, pero suponer terribles desgracias es más difícil. Las desgracias las manda Dios de improviso…, como, por ejemplo, este horrible suceso. Yo caminaba por el bosque de Oljovo sin esperar ninguna nueva desgracia, pues ya tenía bastante…; de pronto, escuché un grito terrible. Fue tan estridente que me pareció que me atravesaba el oído. Al oír el grito, corrí… (La boca de Urbenín se torció, su mentón tembló, sus párpados se agitaron y comenzó a sollozar).

»… Al oír el grito, corrí y encontré a Olga en el suelo. Tenía sangre en los cabellos y en la frente. Comencé a gritarle, a llamarla. No se movía. Entonces la besé y la levanté.

Urbenín se atragantó y se limpió la cara con la manga de la chaqueta. Después de un instante, continuó:

—No vi al asesino, pero cuando corrí hacia Olga oí pasos precipitados. Era él, que escapaba.

—Todo eso está muy bien, Piotre Iegorych —dije—; pero es un poco difícil creer en esa coincidencia: el asesinato, su paseo… No está mal buscado, pero no explica nada.

—¡Cómo que no está mal buscado! —contestó Urbenín, con asombro—. ¡Yo no he inventado nada, señor! —Se sonrojó y se puso de pie—. Parece que usted sospecha de mí. Evidentemente, se puede sospechar de cualquiera, pero usted me conoce desde hace mucho tiempo. Es un crimen herirme con una sospecha semejante. ¡Usted me conoce bien!

—Es verdad: yo lo conozco, pero mis opiniones personales no tienen nada que ver con esto. La ley deja a los jurados su libertad de opinión, pero el juez debe acumular los cargos, y los cargos son numerosos, Piotre Iegorych.

Urbenín me miró con asombro y levantó los brazos.

—Por más graves que sean hay que comprenderlos. ¿Cómo sería capaz de matar a alguien? Se puede matar a un pájaro, ¡pero a un ser humano! ¡El ser que quiero más que a mi vida! ¡Y usted sospecha de mí!

Urbenín hizo un ademán de abatimiento y se sentó.

—¡Quisiera estar muerto y usted todavía me insulta! Si la injuria me viniera de un desconocido, podría tolerarla, ¡pero de usted, Sergio Petrovich! ¡Permita que me retire, señor!

—Puede retirarse. Volveré a interrogarlo mañana; pero, entretanto, queda usted arrestado. Espero que reflexione acerca de la gravedad de los cargos que pesan sobre usted. No ande con dilaciones; es mejor que diga la verdad. Yo estoy convencido de que Olga Nicolaevna ha sido muerta por usted. Eso es todo por ahora. Puede retirarse.

Me incliné sobre mis papeles. Urbenín me miró con estupor, se levantó y extendió los brazos.

—¿Usted bromea o habla en serio? —preguntó.

—Entre nosotros no puede haber bromas —contesté—. Puede usted retirarse.

Urbenín permanecía de pie. Le eché un vistazo. Estaba pálido y desconcertado, con los ojos fijos en mis papeles.

—¿Por qué tiene usted sangre en las manos, Piotre Iegorych? —pregunté.

Se miró las manos, en las cuales aún quedaba sangre, y abrió los dedos.

—¿Por qué tengo sangre? ¡Hum! Si esto es uno de los cargos, es muy pobre. Al levantar a Olga tenía que ensangrentarme. No llevaba guantes.

—Usted dice que al ver a su mujer gritó pidiendo socorro. ¿Cómo nadie escuchó ese grito?

—No sé. La vista de Olga me emocionó tanto que no pude gritar fuerte. Además, no sé nada. No tengo nada que justificar.

—Es dudoso que haya gritado. Después de matarla, usted huyó y se quedó espantado al tropezar con gente en la orilla del bosque.

—Ni siquiera vi a la gente. Ni siquiera podía verla en ese instante.

El interrogatorio de Urbenín terminó. El administrador fue arrestado y encerrado en una de las dependencias de la casa del conde.

Al segundo o al tercer día del hecho llegó de la ciudad el sustituto del procurador, llamado Polougradov, hombre del cual no puedo acordarme sin ponerme de mal humor. Figúrense ustedes un señor alto, delgado, de unos treinta años, muy afeitado y muy crespo. Sus rasgos eran finos, pero tan secos e insignificantes que era fácil adivinar en ellos lo vacío y la fatuidad del individuo. Tenía una vocecita tranquila, melosa e insípida.

Llegó muy temprano por la mañana, en un coche de alquiler; traía dos maletas. Con aire preocupado y quejándose con afectación de su fatiga, inquirió si había para él alojamiento en la casa del conde. Ordené que le dieran un cuarto cómodo, donde se colocó todo lo necesario desde un lavatorio de mármol hasta fósforos.

—Prepáreme agua caliente —dijo al sirviente, instalándose en el cuarto y respirando el aire con asco—. A usted le hablo, joven, ¡agua caliente!

Antes de iniciar sus trabajos, se lavó, se peinó y se vistió. Se limpió los dientes con un polvo rojo y durante tres minutos se arregló las uñas, puntiagudas y rosadas.

—¡Muy bien! —me dijo cuando terminó su arreglo y mientras hojeaba mi informe—. ¿De qué se trata?

Le expuse el asunto sin omitir detalle.

—¿Ha visitado el lugar del crimen?

—Todavía no.

El sustituto frunció las cejas, se pasó por la frente la blanca mano femenina, y empezó a andar de un lado a otro.

—Es incomprensible —dijo—. Era lo primero que había que hacer. ¿Es un olvido, o usted pensó que no era necesario?

—Ni una cosa ni otra; ayer estuve esperando a la policía. Pensaba ir hoy.

—Ahora es inútil. El criminal ha tenido tiempo de sobra para borrar los rastros. ¿Ha puesto por lo menos un guardián? ¿No? ¡No comprendo eso!

El magistrado hizo un gesto autoritario.

—Tome el té —dije con indiferencia—; va a enfriarse.

—Me gusta frío.

El sustituto se inclinó sobre los papeles y se puso a leerlos en voz alta, introduciendo de cuando en cuando observaciones y rectificaciones. Dos o tres veces una sonrisa burlona le torció la boca. No sé por qué ni mi informe ni el de los médicos le gustaba[14]. Era un funcionario puntilloso, lleno de presunción.

Al mediodía estábamos en el lugar del crimen. No encontramos ningún rastro; la lluvia había borrado todo. No sé cómo, encontré uno de los botones del vestido de Olga; el sustituto halló un objeto rojo que después fue reconocido como una tabaquera. Posteriormente, nos fijamos en un arbusto que tenía dos ramas rotas. El sustituto se alegró mucho al notar ese detalle. Las ramas podían haber sido

rotas por el asesino, e indicar la dirección que había tomado después del crimen. Pero su alegría fue corta. Encontramos en seguida muchos arbustos con las ramas rotas. El lugar del crimen era un sitio de paso para el ganado.

Después de haber levantado un plano del lugar y de haber interrogado a los cocheros sobre la posición en que habían encontrado a Olga, regresamos con la impresión del fracaso. Un observador indiferente hubiera notado pereza y desgano durante nuestros trabajos. Esto provenía, sin duda, del hecho de que el criminal ya estaba en nuestras manos y no había necesidad de exagerar el análisis.

De regreso del bosque, Polougradov se vistió de nuevo, volvió a pedir agua caliente y se lavó largo rato. Terminado su arreglo expresó el deseo de interrogar nuevamente a Urbenín. Pero el pobre Piotre Iegorych no dijo nada nuevo. Negó su culpabilidad y no dio ninguna importancia a los cargos acumulados contra él.

—¡Estoy asombrado de que sospechen de mí! —decía levantando los hombros—. ¡Es extraño!

—No se haga el ingenuo —le decía Polougradov—; nadie sospecha en vano; cuando se sospecha de alguien, es porque hay razones.

—Cualesquiera que sean las razones y aunque las sospechas sean grandes, hay que razonar humanamente. Yo no puedo matar… *¿Comprende usted? ¡No puedo!* ¿Qué valor tienen sus cargos?

—¡Ah! —dijo con un gesto cansado el sustituto—. ¡Qué desgracia son estos criminales de las clases instruidas! Puede inculparse de cualquier cosa a un rústico, pero a éstos… *No puedo…; hay que razonar humanamente…* En seguida estamos en plena psicología.

Urbenín se ofendió:

—Yo no soy un criminal. Le suplico que mida sus expresiones.

—¡Cállese! Nosotros no estamos para pedir disculpas ni para escuchar sus quejas. Si no quiere confesar, no confiese, pero habrá de permitirme que lo trate de mentiroso.

—Como a usted le parezca —murmuró Urbenín—. Hagan conmigo lo que quieran. Estoy en poder de ustedes.

Hizo un gesto de abatimiento y miró por la ventana. Luego agregó:

—De todos modos, no me importa; mi vida está perdida.

—Escuche, Piotre Iegorych —le dije—: ayer y anteayer usted estaba tan abatido que apenas podía estar en pie; hoy tiene un aspecto relativamente floreciente y alegre, y abunda en razonamientos. Las personas que han sufrido una desgracia no hablan mucho; usted, en cambio, razona mucho y hasta expresa descontento. ¿Cómo explica ese cambio tan repentino?

—¿Cómo lo explica usted mismo? —me preguntó Urbenín, guiñando los ojos con tono burlón.

—Lo explico por el hecho de que usted ha olvidado su papel. Es difícil representar mucho tiempo un papel; uno se olvida o se aburre.

—Es un razonamiento de juez de instrucción —dijo Urbenín, con una sonrisa—; y hace honor a su imaginación. Sí, usted tiene razón: un gran cambio se ha operado en mí…

—¿Puede explicarlo?

—Sí. No creo necesario esconderlo. Ayer estaba tan abatido, tan aplastado por el dolor, que pensaba suicidarme, si antes no me volvía loco. Pero a la noche reflexioné. Se me ocurrió que la muerte ha librado a Olga de una vida de libertinaje, la ha arrancado de las manos sucias de ese vicioso. No estoy celoso de la muerte; es mejor que Olga sea de ella que del conde. Esta idea me ha alegrado y confortado; el peso que tengo en el alma es menor ahora.

—¡Bien encontrado! —murmuró entre dientes Polougradov, balanceando un pie.

—Hablo con sinceridad y me extraña que personas cultas no sepan distinguir la falsedad de la sinceridad. Por otra parte, el prejuicio y la prevención ayudan a errar y me imagino el resultado cuando me juzguen con sus pruebas. Considerarán mi cara salvaje, mi ebriedad. Yo no soy un monstruo; pero el prejuicio producirá su efecto.

—¡Bueno! —dijo Polougradov, inclinándose sobre sus papeles—. Es suficiente. ¡Retírese!

23

DESPUÉS de salir Urbenín, procedimos a interrogar al conde. Su Excelencia apareció en *robe de chambre*, con un pañuelo empapado de vinagre en la frente. Después de saludar al sustituto se tendió en un sillón y declaró:

—Les contaré todo desde el principio… ¿Cómo está el presidente Lionnsky? ¿Todavía no se separó de su mujer? Lo conocí por casualidad en Petersburgo… ¿Por qué no se hacen servir algo? Siempre es agradable conversar bebiendo un vaso de coñac… No me cabe la menor duda de que Urbenín es el culpable de este asesinato…

Y Karnieiev nos contó todo lo que el lector ya sabe. A pedido del sustituto, relató en detalle su vida con Olga. Por su testimonio supe una circunstancia ignorada hasta ahora por los lectores. Urbenín desde la ciudad, escribía a su antiguo señor, maldiciéndole unas veces, suplicándole otras que le devolviera su mujer, con la promesa de olvidar la ofensa. El pobre hombre se aferraba a esas cartas como a una tabla de salvación.

Después de haber interrogado a dos o tres cocheros, el sustituto cenó copiosamente, me fijó todo un programa de acción, y partió. Antes de su partida, pasó por el pabellón donde estaba encerrado Urbenín y le declaró que nuestra sospecha de su culpabilidad se había transformado en certidumbre.

Urbenín, con gesto de indiferencia, pidió asistir al entierro de su mujer, lo que le fue acordado.

Polougradov no le había mentido; nuestra sospecha se había trocado en certidumbre. Teníamos la seguridad de tener al criminal; pero esta seguridad no duró mucho.

24

UNA MAÑANA, mientras yo envolvía los documentos del proceso para enviarlos, juntos con Urbenín, a la ciudad, oí un gran alboroto.

Me asomé a la ventana y vi a media docena de robustos muchachos que sacaban de la cocina al tuerto Kuzma.

Pálido y deshecho, zamarreado, no podía servirse de sus manos para defenderse y lo hacía con la cabeza.

—¡Excelencia, venga! —gritó Ilya, excitado—. ¡No quiere andar!

—¿Quién?

—¡El asesino!

—¿Qué asesino?

—Kuzma… ¡Él es el culpable, Excelencia! ¡Piotre Iegorych es acusado por error! ¡Palabra de honor, señor!

Bajé al patio y me dirigí a la cocina donde Kuzma, que se había desasido de los brazos vigorosos que lo sujetaban, distribuía golpes a diestra y siniestra.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome al grupo.

Me contaron algo imprevisto.

—Excelencia: Kuzma es el asesino.

—¡Mienten! —rugió Kuzma—. ¡Que Dios me castigue si no mienten!

—¿Por qué, bandido, limpiabas la sangre si tu conciencia está tranquila? ¡Espera; su Excelencia va a saberlo todo!

Resultó que el guardabosque Trifón, pasando cerca del arroyo, notó que Kuzma lavaba algo con mucho cuidado. Creyó que era ropa interior, pero después noto que eran una blusa y un chaleco. Eso le pareció extraño.

—¿Qué haces ahí? —gritó Trifón. Kuzma se turbó. Trifón observó manchas en la blusa.

—Me cercioré en seguida de que era sangre. Fui a la cocina y conté todo. Entonces nos pusimos a espiarlo y vimos que durante la noche ponía la ropa a secar en el jardín. Naturalmente, nos dejó perplejos. ¿Qué tenía que lavar, si era inocente? No debe tener el alma tranquila si se esconde. Hemos reflexionado y aquí se lo traemos. Lo traemos y se resiste, nos escupe insultos… ¿Por qué se resiste si no es culpable?

Averigüé que poco antes del asesinato, mientras el conde y sus invitados tomaban el té, Kuzma se internó en el bosque. Después del crimen no ayudó a transportar el cuerpo de Olga; no podía, pues, tener manchas de sangre.

Conducido a mi cuarto, el tuerto no pudo decir una palabra, tan emocionado estaba. Girando el único ojo que le quedaba, se persignaba en silencio.

—Cálmate —le dije—. Cuéntame todo y te dejaré partir.

Kuzma se dejó caer a mis pies y tartamudeando comenzó a jurar:

—¡Que me muera si fui yo! ¡Que Dios extermine mi alma!

—¿Fuiste al bosque?

—¡Sí señor, fui! Servía coñac a los señores y probé un poco. Se me fue a la cabeza y quise dormir un rato. Pero no sé quién es el asesino, ni cómo la mató y no he visto nada. ¡Le digo la verdad!

—¿Por qué limpiabas la sangre?

—Tenía miedo de que pensaran algo malo…, que me llamaran como testigo.

—Pero ¿cómo tenías sangre en tu blusa?

—¡No puedo saberlo, Excelencia!

—¿Cómo que no puedes saberlo? ¿La blusa es tuya?

—Sí, es mía; pero no puedo saber cómo pasó. Vi la sangre cuando me desperté.

—¿Entonces te manchaste al soñar?

—Justamente.

—Bueno, retírate, y trata de coordinar tus ideas. Estás contando disparates; mañana me contestarás. Retírate.

Por la mañana me informaron que Kuzma quería hablarme. Di orden de que me lo trajeran.

—¿Has reflexionado? —le pregunté.

—Justamente.

—¿De dónde salió la sangre de tus ropas?

—Excelencia, me acuerdo de algo como en un sueño, me acuerdo como en medio de una bruma; pero si es verdad o no, no puedo decirlo.

—¿De qué te acuerdas?

Kuzma levantó la vista, me miró y dijo:

—De algo asombroso, como si fuera en un sueño, o hubiera sucedido en medio de una bruma. Yo estaba tirado en el suelo, borracho, por dormirme, o durmiendo. De pronto oigo a alguien que pasa cerca de mí, pisando fuerte. Veo que un señor se acerca a mí, se agacha y se limpia las manos en mi ropa. Se limpia y después las frota con mi chaleco… ¡Así!

—¿Quién era ese señor?

—No puedo saberlo. Me acuerdo solamente que no era un campesino, sino un señor…, vestido como señor. Pero quién era y cómo era su cara, no me acuerdo.

—¿De qué color era su ropa?

—¡Quién sabe! Podía ser blanca y podía ser negra. Me acuerdo de que era un señor y nada más. Sí, me acuerdo de que se agachó, se limpió las manos y me dijo: «¡Chusma borracha!».

—¡Soñaste eso!

—No sé… Puede ser que sí… Pero ¿de dónde viene la sangre?

—El señor que viste, ¿se parecía a Piotre Iegorych?

—Creo que no… Aunque podía ser… Pero no me hubiera llamado «chusma».

—Trata de acordarte… Puede ser que se te ocurra algo. Ahora retírate, pero vuelve a verme si te acuerdas de algo más…

Esta inesperada irrupción de Kuzma en una novela casi terminada, causó una indescriptible confusión. Yo estaba positivamente admirado, y no podía comprender la historia de Kuzma. Negaba categóricamente su culpabilidad, la que, por otra parte, ya estaba descartada por el proceso anterior. Olga no había sido muerta por motivos crapulosos. Según el dictamen médico, no había habido «atentado contra su honor». ¿Era posible que Kuzma, habiéndola matado, hubiera perdido de vista sus móviles por el hecho de estar borracho? Nada de esto correspondía al cuadro general del crimen, tal como lo he descrito.

Pero si Kuzma era inocente, ¿cómo no explicaba la existencia de sangre en sus ropas y por qué iba a inventar sueños y alucinaciones? ¿Por qué complicaba a un señor a quien había visto y oído, pero del cual se acordaba tan poco que ni sabía cómo era el color de su ropa?

Polougradov regresó.

—¡Ya ve usted cómo son las cosas! Si hubiera examinado en seguida el lugar del hecho, todo sería muy claro. Si hubiera interrogado inmediatamente a los sirvientes, se sabría quién levantó y condujo a Olga. Ahora ni siquiera podemos saber a qué distancia del lugar del crimen estaba durmiendo ese borracho.

Estuvo después durante dos horas interrogando a Kuzma, pero el borracho no dijo nada de nuevo.

—¿Cuánto coñac habías bebido?

—Media botella.

—Probablemente no era coñac.

—Sí; verdadero *fine champagne*.

—¡Ah! —comentó el sustituto, riendo—, ¿conoces hasta el nombre de los alcoholes?

—¿Cómo no conocerlos? Hace treinta años que estoy con los señores. He tenido tiempo de aprender.

El sustituto encontró útil, no sé por qué, carear a Kuzma con Urbenín… Kuzma miró largamente a Urbenín, bajó la cabeza y dijo:

—No, no me acuerdo. Puede ser que fuera Piotre Iegorych y puede ser que no fuera.

Polougradov renunció con un gesto y partió, dejándome el encargo de elegir entre los dos sospechosos al verdadero asesino.

25

EL JUICIO fue largo. Urbenín y Kuzma fueron encerrados en la prisión del pueblo donde yo habitaba.

El pobre Piotre Iegorych, extremadamente descorazonado, enflaquecido, derivó hacia la religión. Me pidió dos veces que le mandara el código penal; se interesaba evidentemente en conocer la pena que podía tocarle.

—¿Qué será de mis hijos? —me preguntó un día, en el curso de un interrogatorio—. Si fuera solo no me importaría nada; pero necesito vivir, vivir para mis hijos. Sin mí, se perderán.

Cuando los guardianes empezaron a tutearlo y tuvo que ir a la ciudad a pie, a la vista de sus amigos, su desesperación aumentó y se volvió nervioso e irritable.

—¡Yo sé por qué me tienen aquí! —gritaba—. ¡Quieren ocultar al verdadero culpable! ¡El criminal es el conde, o si no es él, es un amigo!

Cuando supo el arresto de Kuzma se alegró mucho.

—¡Lo encontraron! —me dijo—. ¡Lo encontraron!

Pero cuando vio que no lo libertaban y supo la declaración de Kuzma, se entristeció de nuevo.

—Ahora —dijo— estoy perdido, definitivamente perdido. Para librarse, el tuerto dirá tarde o temprano que fui yo quien se limpió las manos en su ropa. Pero todos han visto que mis manos no habían sido limpiadas.

Tarde o temprano, en efecto, debían terminar nuestras vacilaciones.

A fin de noviembre, cuando desde las ventanas veíamos caer los copos de nieve y el lago parecía un desierto de infinita blancura, Kuzma solicitó verme. Mandó al guardián a decirme que había «reflexionado». Ordené que lo trajeran.

—Estoy contento de que hayas reflexionado —le dije.

De pie, en medio de la pieza, me miraba en silencio, fijamente. El terror se leía en su único ojo; estaba pálido y temblaba; gotas de sudor le corrían por la cara.

—¡Bien! —repetí—. ¿Qué has encontrado?

—Una cosa tan extraña, que es imposible imaginar algo peor… Ayer me acordé de la corbata que tenía ese señor y a la noche soñé y me acordé de la cara.

—¿Quién era?

—Es terrible decirlo, Excelencia. Permítame que no lo nombre; es tan extraordinario que me parece haberlo soñado.

—¿Qué has soñado?

—No; no me obligue a decirlo. Si lo digo, usted me castigará. Permítame reflexionar un poco más. Le contestaré mañana.

—¡Vaya! —grité enojado—. ¿Por qué me haces perder el tiempo si no quieres hablar? ¿Para qué has venido aquí?

—Me sentía animado para decirlo, pero ahora tengo miedo, Excelencia. Déjeme partir. Mejor será mañana. Si lo digo, usted se enojará tanto que lo que me sucederá será peor que Siberia…

Me enfurecí y ordené que se llevaran a Kuzma[15].

Esa misma tarde, para no perder el tiempo, y terminar este asunto que me tenía harto, pasé por la cárcel y falsamente dije a Urbenín que Kuzma lo acusaba.

—Lo esperaba —dijo Urbenín, dejando caer los brazos—. Cualquier cosa me da igual.

26

LA DETENCIÓN había operado un cambio en la salud del administrador; su cutis se había puesto amarillento, y perdió casi la mitad de su peso. Le prometí dar orden a los guardianes de que lo dejaran andar por los pasillos.

—No creo que trate usted de evadirse —le dije.

Urbenín me agradeció y desde ese momento su puerta permaneció abierta.

Al pasar por la celda de Kuzma le dije:

—¿Has reflexionado?

Oí una voz muy débil.

—No, señor. Si viene el señor procurador le hablaré a él; a usted no.

—Como quieras.

A la mañana siguiente se resolvió todo. El guardián Iegor vino a anunciarme que Kuzma había sido encontrado muerto en su cama. Fui a la cárcel y me convencí. Este hombre sano, robusto, que la víspera respiraba salud e inventaba diferentes historias para su liberación, estaba inerte y frío como la piedra.

No describiré mi disgusto y el de los guardianes. El lector comprenderá. Kuzma era precioso para mí como inculpado o como testigo, pero para los guardianes era un detenido cuya muerte o fuga podía costarles caro. Nuestro asombro fue aún más grande cuando la autopsia reveló que la muerte había sido violenta. Kuzma había

sido estrangulado. Cuando lo supe, me dediqué a buscar al culpable. Estaba cerca.

Entré en la celda de Urbenín y, no pudiendo contenerme, lo llamé asesino, de la manera más cruel y más ruda.

—¡No le basta, cobarde, con la muerte de su mujer! ¡Ahora ha asesinado al hombre que lo acusaba! ¿Es capaz todavía de continuar su comedia?

Urbenín, pálido, se tambaleó.

—¡Miente usted! —gritó golpeándose en el pecho con el puño.

—No; no miento. ¡Y usted era el que derramaba lágrimas de cocodrilo frente a todas nuestras pruebas, para después burlarse de ellas! En algunos momentos estuve tentado de creerle. ¡Ah! ¡Es usted un magnífico comediante! Pero ahora ya no le creeré nada, ni aunque brote sangre de sus ojos en lugar de lágrimas. ¡Confiese: usted mató a Kuzma!

—Toda paciencia y toda humildad tienen sus límites, Sergio Petrovich. ¡Usted está borracho o se burla de mí! ¡No lo aguantaré! —Y Urbenín, con los ojos brillantes, golpeó sobre la mesa.

—Ayer cometí la imprudencia de concederle cierta libertad —continué—; lo autoricé a hacer lo que se prohíbe a otros detenidos: pasear por el corredor. ¡Y como agradecimiento, usted ha estrangulado a un hombre dormido!

—Pero, por Dios, ¡qué habré hecho yo! ¿Por qué se ensañan tanto conmigo?

—¿Quiere la prueba? Aquí está. La puerta quedó abierta. Los guardianes olvidaron el candado y la llave. Todas las puertas se abren con la misma llave. Usted tomó la suya y abrió la puerta de la celda vecina. Después de haberlo estrangulado, usted cerró la puerta y volvió a poner la llave en su candado.

—Pero ¿qué razón tenía yo para matarlo?

—Él lo acusó. Si yo no se lo hubiera dicho a usted ayer, Kuzma estaría aún con vida. Es una vergüenza, un oprobio, Piotre Iegorych.

—Sergio Petrovich —me dijo de pronto el presunto asesino con voz dulce y acariciadora, tomándome de la mano—: usted es un

hombre honesto, usted es un hombre de bien. No se pierda, no manche su persona con estas sospechas injustas y absurdas. Usted no comprende cuánto me ha ofendido abrumándome con una nueva acusación. ¡Soy un mártir, Sergio Petrovich! ¿No teme usted ultrajar a un mártir? Algún día tendrá que pedirme perdón y ese día está cercano… Pero, veamos, ¡usted no puede acusarme! En lugar de encarnizarse conmigo y de injuriarme de una manera horrible, podría haberme interrogado humanamente. Yo hubiera sido más útil a la Justicia como testigo y como auxiliar que como sospechoso. En esta nueva acusación, por ejemplo, yo podría contarle algunas cosas. Anoche yo no dormí y oí todo.

—¿Qué oyó?

—A eso de las dos oí andar a alguien en la oscuridad; después tocaron mi puerta y la abrieron.

—¿Quién?

—No sé; estaba oscuro. Un hombre se quedó un minuto y salió justamente como usted dijo: retiró la llave de mi puerta y abrió la celda vecina. Dos minutos después escuché un estertor y luego ruidos. Pensé que era el guardián que revisaba algo y tomé el estertor por un ronquido.

—¡Fábulas! —dije—. No hay nadie aquí, salvo usted, capaz de matar a Kuzma. Los guardianes dormían. La mujer de uno de ellos, que no dormía, atestigua que los tres durmieron toda la noche. No podían sospechar que en esta miserable prisión podía haber semejantes brutos. Hace veinte años que trabajan aquí y no han visto una sola evasión, por no hablar de una atrocidad como un asesinato. Por su culpa la vida de esos infelices está trastornada y yo también recibiré una reprimenda por haberle permitido la libertad de pasear por el corredor.

Ésta fue la última conversación que tuve con Urbenín. Ya no tuve ocasión de hablar con él, salvo dos o tres preguntas que me hizo desde el banquillo de los acusados.

27

CALIFIQUÉ mi novela de «novela judicial»; ahora que el «caso del asesinato de Olga Urbenín» se complica con un nuevo suceso, oscuro y misterioso, el lector tiene derecho a esperar que mi libro entre en la fase más interesante. El descubrimiento del criminal y los móviles del crimen ofrecen un vasto campo a su ingenio. La astucia entabla con la inteligencia una guerra interesante.

He hecho esta guerra y el lector tiene derecho a esperar la descripción de los medios que me concedieron el triunfo; espera seguramente de mí la astucia de los *detectives* que se lucen en las obras de los modelos del género.

Uno de los principales personajes, sin embargo, deja el campo sin esperar el fin de la lucha; no se asocia a la victoria. Todo lo hizo a pura pérdida: ahora pasa a ser un espectador.

Ese personaje soy yo.

Al día siguiente de mi conversación con Urbenín, recibí la invitación o, mejor dicho, la orden, de presentar mi renuncia. Las habladurías de las mujeres de la ciudad habían producido su efecto. Mi retiro fue motivado por el asesinato en la cárcel y por las declaraciones de algunos sirvientes del conde, sin olvidar el golpe en la cabeza que apliqué a un campesino en el curso de una de nuestras fiestas. El golpeado hizo reabrir la causa y se produjo un revuelo enorme.

En menos de dos días tuve que desligarme de la causa de Olga Urbenín.

Las notas de los diarios y los rumores movilizaron todo el ministerio público. El procurador vino a la propiedad del conde y tomó personalmente nuevas declaraciones. Los informes de los médicos fueron estudiados y se habló de practicar una segunda autopsia, que por otra parte no hubiera dado nuevos resultados. Urbenín fue llevado dos veces a la ciudad para el examen de sus facultades mentales, y las dos fue declarado normal. Finalmente actué en el proceso sólo en calidad de testigo[16].

Los nuevos jueces emplearon tanto celo que hasta Policarpo fue llamado a declarar. Me alegré de volver a ver esos lugares. El conde, que vivía en Petersburgo, se abstuvo de concurrir y envió un certificado de enfermedad.

El caso fue juzgado en nuestra ciudad por una delegación de la Corte. Polougradov, el sustituto que cuatro veces por día se limpiaba los dientes con polvo rojo, inició la acusación. El defensor fue un tal Smirniaev, rubio, delgado, alto, de aspecto sentimental y cabellos lacios. El jurado estaba compuesto en gran parte por artesanos y paisanos; sólo cuatro sabían leer y escribir. El presidente del jurado resultó ser Iván Demianych, el almacenero que había dado su nombre a mi loro.

Al entrar en la sala no reconocí a Urbenín. Sus cabellos estaban blancos; había envejecido veinte años. Esperaba verlo apático e indiferente, pero se defendió con energía. Recusó tres jurados, dio largas explicaciones e hizo preguntas a los testigos. Negó categóricamente su culpabilidad e interrogó largamente a todo testigo que deponía contra él.

El testigo Chejosky declaró que yo había tenido relaciones con Olga.

—¡Es mentira! —gritó Urbenín—. ¡Miente usted! Mi mujer me engañaba, pero no con él.

Cuando declaré, el abogado me preguntó qué relaciones había tenido yo con Olga. Me leyó la declaración de Chejosky, donde

afirmaba que me había sorprendido en el bosque, con Olga. Decir la verdad era favorecer al acusado; mientras más depravada es una mujer, más indulgentes son los jurados con el marido celoso. Pero la verdad hubiera molestado a Urbenín. Hubiera experimentado un nuevo y profundo dolor… Preferí mentir y negué.

El procurador describió el asesinato con subidos colores, llamando particularmente la atención sobre la ferocidad del asesino, sobre su furia…

«Un viejo sensual encuentra a una joven hermosa. Conociendo el horror de la situación de la joven en casa de un padre loco, la atrae con promesas de una vida mejor, una casa, vestidos, joyas. Ella cede. Pero es joven, y la juventud, señores jurados, tiene derechos imprescriptibles… Una joven, llena de romanticismo, en medio de la naturaleza, tarde o temprano debía enamorarse». Etcétera.

Todo estaba en ese tono. El defensor no negó la culpabilidad de Urbenín. Pidió solamente que se reconociera que Urbenín había actuado impulsivamente; merecía indulgencia. Describiendo cómo el sentimiento de los celos puede ser vehemente invocó el Otelo de Shakespeare. Examinó en todos sus aspectos ese «tipo universal» y se extravió en tales laberintos que el presidente debió observarle que el conocimiento de la literatura extranjera no es obligatorio para los jurados.

Invitado a agregar lo que quisiera en su defensa, Urbenín tomó a Dios por testigo y juró que no era culpable ni de hecho ni de pensamiento.

—Me es personalmente indiferente el lugar de mi pena: aquí, donde todo me recuerda mi ignominia inmerecida, o en los trabajos forzados; pero me inquieta el destino de mis hijos.

Se volvió hacia el público y, llorando, pidió asilo para sus hijos.

—¡Cuídenlos! El conde querrá humillarlos con su generosidad, pero ellos no aceptarán de él ni un mendrugo de pan.

Después me miró con ojos suplicantes y me dijo:

—¡No permita que el conde se ocupe de ellos!

Olvidaba el inminente veredicto y pensaba solamente en el porvenir de sus hijos.

La detención del jurado fue corta. Urbenín fue declarado culpable, sin circunstancias atenuantes. El ex administrador fue condenado a la pérdida de sus derechos civiles y a quince años de trabajos forzados.

Ése fue el precio de su encuentro, en una mañana de mayo, con una hermosa «muchacha de rojo»…

* * *

Han pasado más de ocho años y muchas cosas han cambiado. El conde Karnieiev, que nunca cesó de testimoniarme una sincera amistad, se ha entregado irremisiblemente a la bebida. Su propiedad ha pasado a poder de su mujer y de su cuñado. Arruinado, vive a mis expensas. A veces, tirado en el sofá de mi cuarto del hotel evoca el pasado:

—¡Sería bueno, ahora, oír a los gitanos! —murmura—. ¡Serioja, manda buscar coñac!

Yo también he cambiado. Las fuerzas me abandonan poco a poco. Siento que se me escapa la juventud, y que mi cuerpo ya no tiene la agilidad y la resistencia de que tanto me envanecía antes, cuando pasaba bebiendo noches enteras. Mi rostro envejece y tengo muy poco cabello. Mi voz se ahueca y se debilita… La vida ha pasado.

Me parece que fue ayer. Veo, como envueltos en niebla, los lugares y las personas. Y ya no tengo fuerzas para tratar a los hombres con imparcialidad. Lleno de indignación y de rencor, encuentro de nuevo al conde repugnante, a Olga innoble, a Kalinin ridículo con su fatua presunción. Veo el mal en el mal y el pecado en el pecado.

Pero hay instantes en que, mirando un retrato que tengo sobre mi mesa, siento un indefinible deseo de pasear de nuevo por el bosque con «la muchacha de rojo», y apretarla muy fuerte contra mi pecho.

En esos momentos le perdono su ambición, sus mentiras, su caída en un abismo de fango. Le perdonaría todo por un minuto del tierno pasado.

Cansado y aburrido de la ciudad, quisiera escuchar una vez más el rugido del lago y cabalgar por sus orillas. Perdonaría y olvidaría todo por pasear otra vez por el camino de Tenieievo y encontrar al jardinero Franz, con su barril de vodka y su gorra de *jockey*… Hay momentos en que me siento dispuesto a estrechar la mano sangrienta del complaciente Piotre Iegorych, y discutir con él de religión, de agricultura o de instrucción del pueblo. Quisiera ver al doctor con su dulce Nadennka…

¡Vida frenética, desencadenada, inquieta como el lago en una noche de agosto! ¡Cuántas vidas han desaparecido en sus olas oscuras!

¿Por qué, en ciertos instantes, amé esa vida? ¿Por qué le perdoné todo y me precipité hacia ella con toda mi alma, como un pájaro escapado de su jaula?

La existencia que percibo desde la ventana de mi cuarto de hotel me parece un círculo gris; totalmente gris, sin ningún rayo de luz clara… Pero cerrando los ojos y recordando el pasado, veo el arco iris que forma el espectro solar.

Sí. Allí hubo tormenta, pero también hubo más luz.

* * *

En la parte inferior de la última página estaba escrito:

Señor Director:

Le solicito que publique esta novela sin cortes ni intercalaciones. Se puede, por supuesto, hacer modificaciones de acuerdo con el autor. En caso de que no le convenga la obra, le pido que guarde el manuscrito para devolvérmelo. Vivo momentáneamente en Moscú, en el hotel «Anglia».

IVÁN PETROVICH KAMYCHOV

P. S. Estoy de acuerdo con los honorarios que disponga la dirección.

(Fecha y año)

* * *

El lector conoce ya la novela de Kamychov; reanudo ahora la conversación que tuve con él.

Por lo pronto, debo hacer notar que no pude mantener la promesa hecha al lector en la introducción: la novela de Kamychov no ha sido publicada entera, sino con algunos cortes.

Resultó que Un drama en la cacería no pudo aparecer en el diario al que fue entregada; éste había dejado de aparecer cuando se ordenó la composición del manuscrito.

La nueva dirección aceptó la novela, pero no creyó posible publicarla sin omisiones. Me mandaron las pruebas de diferentes pasajes y me pidieron que las modificara. No me pareció correcto y preferí suprimir algunos pasajes que estimé superfluos. La dirección estuvo de acuerdo conmigo en la necesidad de suprimir algunas partes que desconcertaban por su cinismo. Estos cortes requirieron precauciones y tiempo; por esa razón muchos capítulos aparecieron con retardo. Fueron suprimidas, entre otras, dos descripciones de orgías nocturnas. Una se había realizado en la casa del conde; la otra en el lago. Corté una descripción de la biblioteca de Policarpo y de su original manera de leer. Defendí sin éxito, pues me ordenaron cortarlas, unas furiosas partidas de stoss *entre los sirvientes del conde. Un día, durante el juicio, Kamychov sorprendió una fuerte partida entre Franzy… Chejosky. Las apuestas subieron hasta treinta rublos, y Kamychov, que se mezcló entre los jugadores, los «desplumó como perdices». Franz, que perdía, quiso desquitarse y fue a buscar más dinero a su escondrijo del lago. Kamychov lo siguió y lo* robó, *sin dejarle un* kopek. *Luego*

entregó el dinero al pescador Michey. Esta extraña beneficencia caracteriza con mucha justeza al fantástico juez de instrucción, pero las groserías empleadas en la descripción de este pasaje eran tales, que la dirección no lo aceptó, ni aun modificado.

Fueron suprimidos también algunos encuentros de Olga con Kamychov y una explicación de éste con Nadennka. Sin embargo, creo que lo que queda basta para caracterizar al héroe.

Exactamente al cabo de tres meses, el ordenanza me anunció la visita de Kamychov.

—Hágalo entrar —le dije.

Entró tan reluciente, sano y buen mozo como la primera vez. Depositó con tanto cuidado su sombrero, que se hubiera creído que era un objeto precioso. Algo de infantil, de buen muchacho, brillaba como antes en sus ojos azules.

—Lo molesto de nuevo —dijo sentándose tímidamente—. Respecto de mi obra, ¿cuál es el veredicto?

—Culpable —contesté—, pero con circunstancias atenuantes.

Kamychov exhibió una amplia sonrisa y sacó un pañuelo perfumado.

—En consecuencia, ¿su destino es el fuego de la chimenea?

—No. ¿Por qué tan severo? No se trata de eso.

—Entonces, ¿hay que corregir?

—Sí; algunas cosas… En general, está bien.

Durante unos minutos quedamos en silencio. Mi corazón saltaba atrozmente y mis sienes latían. Pero no estaba en mis planes mostrarme emocionado.

—Usted me dijo la vez pasada que el tema de su relato era un suceso cierto.

—Sí —contestó el juez de instrucción—. Se lo aseguro y, como le dije, yo soy Zinoviev.

—¿Entonces usted fue el padrino de Olga Nicolaevna?

—Sí; y el amigo de la casa. ¿No es verdad que estoy simpático en el manuscrito? —dijo Kamychov, riendo—. ¡Un demonio! ¡Merecía que me mataran, pero no había quien lo hiciera!

—Exactamente. Su relato me gusta. Pero habría que hacerle algunas correcciones esenciales.

—¿Qué encuentra usted necesario cambiar?

—El sentido, la fisonomía general de la novela. Están todos los ingredientes de la novela policial: un crimen, las pruebas, el juicio y, además, como regalo, quince años de trabajos forzados a un personaje; pero falta lo principal…

—¿Qué?

—No se descubre al verdadero culpable…

Kamychov abrió los ojos con asombro y se levantó.

—Francamente, no lo comprendo —dijo después de un corto silencio—. Si usted no considera culpable al hombre que mata atrozmente a su mujer, y estrangula a un detenido que puede acusarlo, no sé a quién hay que considerar culpable… Naturalmente, el criminal es un producto de la sociedad y es a ella a quien hay que considerar culpable. Pero si se entra en estas consideraciones no hay para qué escribir novelas: hay que dedicarse a la ciencia.

—¡No hay que entrar en estas consideraciones; lo que pasa es que Urbenín no mató a nadie!

—¿Cómo? ¿No mató a nadie?

—No; no fue Urbenín.

—Puede ser… Errare humanum est*, y los jueces de instrucción no son perfectos. Los errores judiciales son frecuentes. ¿Así que usted encuentra que nos equivocamos?*

—Usted no se equivocó. Usted lo hizo intencionalmente.

—Perdón…, de nuevo no lo comprendo —dijo Kamychov, sonriendo—. Si usted encuentra que la instrucción del juicio condujo a un error judicial, nada menos que premeditado, me gustaría saber su punto de vista. ¿Quién, según usted, fue el asesino?

—¡Usted!

Kamychov me miró con asombro, casi con terror, enrojeció y dio un paso atrás. Después se volvió hacia la ventana y se echó a reír.

—¡Está bueno esto! —murmuró.

Sopló sobre el vidrio para empañarlo y dibujó sus iniciales.

Miré la mano que dibujaba; era la mano, la musculosa mano de hierro que había podido, de un solo apretón, estrangular a Kuzma y lacerar el cuerpo frágil de Olga.

La idea de que tenía al asesino ante mí me llenó de un insólito sentimiento de asombro y de miedo. Pero no era por mí, sino por él, por ese joven hermoso y elegante, por el hombre en general…

—Usted los mató —repetí.

—Si no es una broma —dijo Kamychov sin mirarme—, lo felicito por el descubrimiento. Por otra parte, a juzgar por el temblor de su voz, es difícil que bromee. ¡Qué nervioso está usted!

Kamychov volvió hacia mí su cara roja y tratando de sonreír continuó:

—¡Sería curioso saber de dónde le ha salido a usted esa idea! ¿He escrito algo por el estilo en mi relato? ¡Es curioso, palabra de honor! ¡Cuénteme sus deducciones, se lo ruego! Una vez en la vida vale la pena ser mirado como asesino.

—Ustedes el asesino y no puede ya ni siquiera negarlo. Usted habló demasiado en su relato y ahora está representando mal su papel.

—Es interesante, realmente. ¡Muy curioso, créalo usted!

—Si lo encuentra curioso, escúcheme.

Me levanté, y algo turbado empecé a andar de un lado a otro. Kamychov lanzó un vistazo a la puerta y la cerró del todo. Esta precaución lo traicionó.

—¿Qué teme? —le pregunté.

Tosió con aire molesto e hizo un gesto vago.

—No temo nada. Cerré la puerta, simplemente. Es mejor para usted también. ¡Bueno, hable!

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Todas las que quiera.

—Le advierto que no soy un juez de instrucción ni abogado. No espere un orden sistemático; no trate de confundirme ni

desconcertarme. Por lo pronto, dígame: ¿adónde fue después de salir del sitio en que habían hecho alto los cazadores?

—En el relato está que partí para mi casa.

—La indicación del camino tomado por usted está en el relato cuidadosamente borrada. ¿Usted tomó por el bosque?

—Sí.

—Por lo tanto podía encontrar a Olga.

—Sí, podía —dijo Kamychov, sonriente.

—Y usted la encontró.

—No; no la encontré.

—En el juicio, usted olvidó interrogar a un testigo muy importante: usted mismo. ¿Oyó el grito de la víctima?

—No. Pero ¿adónde quiere llegar, mi querido señor? ¡Usted no domina el arte de interrogar!

Ese familiar «mi querido señor» me molestó; no estaba de acuerdo con las excusas y con el tono de humildad que había empleado al principio de nuestra conversación.

—Admitamos que usted no encontró a Olga en el bosque. Pero admitamos también que, entre usted y Urbenín, era más difícil que la encontrara Urbenín. Él no la buscaba; usted, borracho y, furioso, no podía no buscarla. Probablemente, la buscaba; de otro modo: ¿por qué volvió por el bosque en lugar de seguir el camino? Pero admitamos que no la haya visto. ¿Cómo explica su humor sombrío, casi frenético, la noche de ese día fatal? ¿Qué lo llevó a matar al loro que gritaba «El marido ha matado a su mujer»? Me parece que le recordaba su crimen… Durante la noche, lo llaman de la casa del conde y usted deja pasar casi un día, como sin darse cuenta. Sólo un juez de instrucción que conoce al culpable actúa de esta manera. Sigamos. Olga no nombra al asesino porque era alguien a quien ella amaba. En caso de ser su marido, lo hubiera nombrado. Si era capaz de denunciarlo ante su amante el conde, no le hubiera costado nada acusarlo de asesinato. De todos modos no lo quería. Pero a usted sí lo quería y a usted lo encubrió. ¿Por qué, cuando ella volvió en sí, usted no le planteó una pregunta directa? ¿Por qué

le preguntó cosas que no tenían nada que ver con el asunto? Usted hizo todo lo posible por ganar tiempo y no dejarle la posibilidad de que lo nombrara. Después de esto, Olga murió. Y usted no dice una palabra sobre la impresión que eso le produjo. Yo veo en ese detalle una precaución. Usted no olvida en su relato ni los vasos de vodka que bebía; en cambio, un hecho tan importante como la «muerte de la muchacha de rojo» pasa casi inadvertido. ¿Por qué?

—Continúe…, continúe.

—Usted instruyó un sumario escandaloso. No puede admitirse que un hombre inteligente y astuto lo haya hecho tan a la ligera. Todo el sumario hace pensar en una carta llena de deliberadas faltas de ortografía. Esta manera de actuar lo denuncia. ¿Por qué no visitó el lugar del crimen? No lo olvidó ni lo creyó inútil; esperó, para que la lluvia borrara los rastros. Además, habla usted muy poco del interrogatorio de los sirvientes. La verdad es que a Kuzma no lo interroga sino después que los demás lo encuentran lavando sus ropas. Es que usted creía inútil mezclarlo en el asunto. ¿Por qué no interrogó a los invitados a la cacería? Ellos oyeron el grito de Olga y vieron a Urbenín ensangrentado; había que interrogarlos. Pero usted no lo hizo porque cualquiera de ellos podía acordarse de que, antes del asesinato, usted entró en el bosque y desapareció.

—¡Muy sutil! —dijo Kamychov frotándose las manos—. Continúe…

—¿No le basta? ¿Quiere que le recuerde que usted era un amante reemplazado? Y reemplazado por un hombre que usted desprecia. Un marido puede matar por celos; un amante también. Pasemos a Kuzma. En su último interrogatorio, la víspera de su muerte, estuvo por referirse a usted, como al hombre que se limpió las manos en su ropa. Si no era usted, ¿por qué suspendió el interrogatorio en el momento más interesante? ¿Por qué dio cierta libertad a Urbenín en el momento en que Kuzma se acordó del nombre del asesino? Porque usted necesitaba un hombre que pudiera andar por los corredores de la cárcel; un hombre a quien

poder acusar. Luego, usted mató a Kuzma, antes de que él lo denunciara.

—¡Basta! —cortó Kamychov, riendo—. Basta. No se agite tanto que va a descomponerse. No, continúe. Usted tiene razón: yo los maté.

Hubo un silencio. Me puse a andar de un lado a otro; Kamychov hizo lo mismo.

Luego dijo:

—Usted es un hombre de suerte; adivinó el secreto. Pocas personas podrían hacer lo mismo. Más de la mitad de sus lectores odiarán a Urbenín y admirarán mi olfato.

En ese momento, uno de nuestros redactores entró en mi despacho. Viéndome ocupado y silencioso dio unas vueltas, miró con curiosidad a Kamychov y salió. Kamychov se acercó entonces a la ventana y empezó a soplar en el vidrio.

—Han pasado ocho años —dijo después de un corto silencio—; he llevado durante ocho años este secreto. Pero un secreto y una sangre ardiente no andan bien. No puede impunemente conocerse un secreto que ignora el resto de la humanidad. Ha sido un suplicio de ocho años. Y no era que me atormentara la conciencia. A la conciencia se la silencia con el razonamiento. Y cuando éste no sirve, se la ahoga con el vino o las mujeres. De paso, tengo siempre el mismo éxito con las mujeres. Lo que me atormentaba era que me miraran como a un hombre vulgar. Nadie, en ocho años, me ha mirado con curiosidad. Me parecía extraño no tener que ocultarme. Me paseaba con un terrible secreto, tomaba parte en comidas, cortejaba mujeres. Para un criminal esta situación es ofensiva; no me habría atormentado tanto si hubiera tenido que esconderme. ¡Ahí está la psicosis, querido señor! Finalmente, sentí deseos de desahogarme de alguna manera, de burlarme de la gente, de revelarle a quemarropa mi secreto, de hacer algo… excepcional. Escribí este relato. Sólo un hombre mediocre no ve en él que soy un hombre misterioso. Cada página es una llave del

enigma, ¿no es así? Usted se percató en seguida que yo escribía para el lector común.

Alguien entró nuevamente: el ordenanza, con dos tazas de té. Lo despedí de inmediato. Kamychov continuó:

—Ahora me siento como aliviado. Usted me ve como a un hombre extraordinario; yo, en cambio, ya estoy tranquilo. Pero ya son las tres; un coche me espera.

—Aguarde, deje su sombrero. Usted me ha contado por qué escribió el relato; ahora dígame cómo mató…

—Maté en un arrebato. En arrebato se fuma, se toma el té. Usted, en su emoción, ha tomado mi vaso en lugar del suyo y está fumando cigarrillo tras cigarrillo. Cuando entré en el bosque estaba lejos de la idea de un crimen. Quería encontrar a Olga para hostigarla. Cuando estoy borracho siempre tengo deseos de molestar a alguien. La encontré a doscientos pasos de la orilla del bosque. Estaba bajo un árbol, mirando el cielo. La llamé. Me sonrió y me tendió las manos. «No me reprendas», me dijo; «soy muy desgraciada». ¡Estaba tan hermosa y yo estaba tan borracho! Olvidé todo y la apreté en mis brazos. Me juró que yo era su único amor. Y era verdad; me amaba. Pero en el momento más dulce de ese juramento, algo la impulsó a decir una frase innoble. «¡Qué desgraciada soy! Si no me hubiera casado con Urbenín, ahora podría casarme con el conde». Esa frase fue como una ducha fría. Todo lo que hervía en mi pecho estalló. Un sentimiento de repugnancia y de disgusto se apoderó de mí. La tomé por la espalda y la arrojé a tierra. Mi furor llegó al paroxismo. La ultimé… La historia de Kuzma no necesita explicación.

Miré a Kamychov. No vi en su rostro ni arrepentimiento ni pena. «La ultimé» fue dicho con tanta soltura como si dijera de un cigarrillo: «Lo tomé y lo fumé». Le volví la espalda.

—Y Urbenín —pregunté lentamente—, ¿cumple aún su pena?

—Dicen que murió en el camino, pero no es seguro. ¿Qué hay con eso?

—¡Cómo que qué hay! Un inocente sufre un castigo y usted pregunta: «¿Qué hay?».

—¿Qué quiere que haga? ¿Confesar?

—Me parece que sí.

—Bueno; no me opongo a reemplazar a Urbenín; pero no me rendiré sin lucha. Que me detengan. Yo no me entregaré. ¿Por qué no me detuvieron cuando estaba en sus manos? En el entierro de Olga lloré amargamente; mis nervios estaban tan deshechos que hasta un ciego hubiera comprendido. ¿Tengo yo la culpa si son idiotas?

—Es usted odioso —le dije.

—Sí; yo también me odio.

Nos callamos. Maquinalmente empecé a hojear un libro. Kamychov tomó su sombrero.

—Veo que le molesta mi compañía —dijo—. A propósito, ¿no quiere ver al conde Karnieiev? Está abajo, en un coche.

Me acerqué a la ventana y miré. Cubierto con un viejo sombrero, el cuello de la chaqueta raído, estaba, vuelto de espaldas, un pequeño ser encorvado y lastimoso. Costaba trabajo reconocer en él a uno de los principales personajes del drama.

—He sabido —dijo Kamychov— que aquí en Moscú vive en el hotel de Andreiev el hijo de Urbenín. Trataré de que ayude al conde… Por lo menos, que solamente yo resulte castigado. ¡Adiós!

Kamychov hizo un gesto de cabeza y salió rápidamente. Yo, asido a la mesa, me dejé llevar por amargas reflexiones. Sentía que me ahogaba.

1884-1885.

FIN



ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV (Taganrog, 1860 — Baden-Wurtemberg, 1904) fue un médico, escritor y dramaturgo ruso. Era el tercero de seis hermanos. Su padre, Pável Yegórovich Chéjov, director del coro de la parroquia y devoto cristiano ortodoxo, les impartió una disciplina estricta y muy religiosa, que a veces adquiría rasgos despóticos. Ése es uno de los motivos por los que siempre fue un amante de la libertad y de la independencia. Su madre, Yevguéniya, era una gran cuentacuentos, y entretenía a sus hijos con historias de sus viajes junto a su padre por toda Rusia.

El padre de Chéjov empezó a tener serias dificultades económicas en 1875; su negocio quebró y se vio forzado a escapar a Moscú para evitar que lo encarcelaran. Hasta que no finalizó sus estudios de bachillerato en 1879, Antón no se reunió con su familia. Comenzó a estudiar Medicina en la Universidad de Moscú.

En un intento de ayudar a su familia, comenzó a escribir relatos humorísticos cortos y caricaturas de la vida en Rusia bajo el seudónimo de «Antosha Chejonté». Se desconoce cuántas historias escribió durante este periodo, pero se sabe que se ganó con rapidez fama de buen cronista de la vida rusa. Se hizo médico en 1884 pero

siguió escribiendo para diferentes semanarios. En 1885 comenzó a colaborar con la *Peterbúrgskaya*, gazeta con artículos más elaborados que los que había redactado hasta entonces. En diciembre de ese mismo año, fue invitado a colaborar en uno de los periódicos más respetados de San Petersburgo, el *Nóvoye Vremia*. En 1886 se había convertido ya en un escritor de renombre. Ese mismo año publicó su primer libro de relatos, *Cuentos de Melpómene*; al año siguiente ganó el Premio Pushkin gracias a la colección de relatos cortos *Al anochecer*.

En 1887 a causa de una debilitación de su salud viajó hasta Ucrania. A su regreso se estrenó su obra *La Gaviota*, un éxito que interpretó la compañía del Teatro de Arte de Moscú, tras una primera interpretación absolutamente desastrosa en el teatro Alexandrinski de San Petersburgo un año antes. Chéjov escribió tres obras más para esta compañía: *Tío Vania* (1897), *Las tres hermanas* (1901) y *El Jardín de los Cerezos* (1904).

Aparte de su faceta como autor teatral, destacó como autor de relatos, creando unos personajes atribulados por sus propios sentimientos que constituyen una de las más acertadas descripciones del abanico de variopintas personas de la Rusia zarista de finales del siglo XIX y principios del XX. Destacar el relato *Campesinos* de 1897, el inquietante *La sala n.º 6* de 1892 y el apasionado *La dama del perrito* publicado en 1899.

Pasó gran parte de sus 44 años gravemente enfermo a causa de la tuberculosis que contrajo de sus pacientes a finales de 1880. La enfermedad lo obligó a pasar largas temporadas en Niza (Francia) y posteriormente en Yalta (Crimea), ya que el clima templado de estas zonas era preferible a los crueles inviernos rusos. En mayo de 1904 ya se encontraba gravemente enfermo, por lo que el 3 de junio se trasladó junto con su mujer Olga al *spa* alemán de Badenweiler, en la Selva Negra. Desde allí escribió cartas a su hermana Masha, en las que se podía apreciar que estaba animado. En ellas describía las

comidas que le servían y los alrededores, y aseguraba que se estaba recuperando. En su última carta, se quejaba del modo de vestir de las mujeres alemanas. Fallece el 2 de julio.

Aunque ya era conocido en Rusia antes de su muerte, no se hizo internacionalmente famoso hasta los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando las traducciones de Constance Garnett al inglés ayudaron a popularizar su obra. Las obras de Chéjov se hicieron tremendamente famosas en Inglaterra en la década de los 20 y se han convertido en todo un clásico de la escena británica. En Estados Unidos, autores como Tennessee Williams, Raymond Carver o Arthur Miller algunas de sus técnicas para escribir algunas de sus obras.

Notas

[1] Campesino ruso. (*N. de la E.*) <<

[2] Medida itineraria rusa, equivalente a 1.067 metros. (*N. de la E.*)
<<

[3] Juego de naipes parecido al monte. (*N. del T.*) <<

[4] Moneda rusa, equivalente a la centésima parte de un rublo. (*N. de la E.*) <<

[5] Forma más familiar que Fiodorovich. (*N. del T.*) <<

[6] Héroe de un poema de Puchkin. (*N. del T.*) <<

[7] Expresión empleada para hacer que una pareja se bese. <<

[8] En *Euguenii Onieguin*. (*N. del T.*) <<

[9] Médicos dependientes de las asambleas provinciales. (*N. del T.*)
<<

[10] Llamo la atención del lector sobre un detalle. Kamychov, que habla en todo momento (aun en sus discusiones con Policarpo) de su estado de ánimo, no dice nada de la impresión que le causa la vista de Olga en trance de muerte. Creo que esta omisión es intencional. (*A. CH.*) <<

[11] Debo llamar la atención del lector sobre una circunstancia muy grave. Durante dos o tres horas Kamychov se ocupa solamente en errar de una pieza a otra, se indigna con los sirvientes, conversa con los médicos, distribuye generosamente bofetadas, etc. ¿Qué juez de instrucción es ése? Evidentemente, no se apresura; trata, de una manera u otra, de ganar tiempo. Manifiestamente, conoce al asesino. Además, la pesquisa inútil en la pieza de la Lechuza, como se verá después, y el interrogatorio de los gitanos, que más bien parece una burla, no son otra cosa que dilaciones. (*A. CH.*) <<

[12] Si el dato era útil a Kamychov, ¿no era más fácil interrogar a los carreros que habían conducido a los gitanos? (*A. CH.*) <<

[13] ¿Para qué? Aunque lo haya hecho a consecuencia del alcohol o medio dormido, ¿para qué escribirlo? ¿No sería mejor ocultar al lector esa pesquisa inútil? (*A. CH.*) <<

[14] Kamychov se queja vanamente del sustituto. El único argumento es que su cara no le gustaba. Sería más honesto confesar inexperiencia o errores deliberados. (*A. CH.*) <<

[15] Obsérvese que, en lugar de continuar el interrogatorio, el juez se enfurece, lo que no puede admitirse en un magistrado. Aun por simple curiosidad debía haber continuado el interrogatorio. (*A. CH.*) <<

[16] Este papel convenía más a Kamychov, que el de juez de instrucción. En el caso Urbenín no debió actuar como juez. (*A. CH.*) <<